

La lectura vertical

Operaciones de restricción de
sentido en revistas semanales
informativas

Hernán Toro



Programa Editorial

LA LECTURA VERTICAL



Colección Artes y Humanidades

Si algo tiene este texto, además de su carácter provocador (en tanto suma de ensayos), es su pertinencia; es decir, el texto es oportuno y “viene a propósito”. No es para nada frecuente en nuestro medio toparse con una colección de textos heterodoxos que cuestionan de manera singular y crítica, la naturaleza e ideología misma de los discursos de información y su incidencia en la manera como se lee, ve y escucha “la realidad” a través de los medios de comunicación. Anclados en el aquí y en el ahora, en la inmediatez de la agenda noticiosa, quizá podamos confundirnos pensando que “La lectura vertical” se agota en una lectura de la actual coyuntura colombiana. Nada más falso: esta lectura permite familiarizarse con herramientas y pistas que son válidas esta noche y mañana, en Bogotá y París, para el lector lego y el acucioso. Me atrevo a decir que esta serie de reflexiones alrededor de los discursos informativos es novedosa en el medio local, nacional y latinoamericano. Y es novedosa no porque “diga algo nuevo” sino porque piensa los discursos desde otro(s) lugar(es). Toro demuestra, con creces, cómo se articulan los discursos informativos, los acontecimientos sociales y el sentido buscado por los medios de manera implícita y explícita, cómo a la univocidad propuesta se opone la irrupción de cierta actitud lectora, cómo –a pesar de la búsqueda de consensos acomodados– se logran radiar, a través de la lectura, las asociaciones en todas las direcciones posibles. Frente a la lectura vertical, orientada, dominante, se propone otra, liberadora e inasible.

Carlos Patiño Millán



HERNÁN TORO

LA LECTURA VERTICAL

**(OPERACIONES DE RESTRICCIÓN DE SENTIDO
EN REVISTAS SEMANALES INFORMATIVAS)**



Colección Artes y Humanidades

Toro, Hernán, 1948-

La lectura vertical (Operaciones de restricción de sentido en revistas semanales) / Hernán Toro. -- Santiago de Cali: Programa Editorial Universidad del Valle, 2009.

164 p.; 24 cm. -- (Colección libro de investigación)

Incluye bibliografías e índice.

1. Crítica textual. 2. Análisis del discurso. 3. Comunicación escrita. 4. Lectura - Análisis e interpretación. 5. Estilo literario. 6. Arte de escribir. I. Tít. II. Serie.

801.959 cd 21 ed.

A1216369

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: *La lectura vertical*

Autor: Hernán Toro

ISBN: 978-958-670-721-3

ISBN PDF: 978-958-765-750-0

DOI: 10.25100/peu.256

Colección: Artes y Humanidades - Comunicación Social

Primera Edición Impresa **abril 2009**

Edición Digital **junio 2018**

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Jaime R. Cantera Kintz

Director del Programa Editorial: Omar Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Hernán Toro

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación (fotografías, ilustraciones, tablas, etc.), razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, junio de 2018

Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo, pese a que nunca daremos con éste; acaso lo encontramos y lo perdemos en un acto de fe, en una cadencia, en el sueño, en las palabras que se llaman filosofía o en la mera y sencilla felicidad.

JORGE LUIS BORGES

No diré que se trata de una transcripción de la realidad, porque la realidad no es verbal...

JORGE LUIS BORGES

Y en sus ojos no se leía nada. Es decir, se leía la nada.

MANUEL VÁSQUEZ MONTALBÁN

« ...todo eso (la memoria del desembarco en Normandía) va a desaparecer, ya desapareció en la industrialización del olvido, cuya máquina-instrumento es la pantalla”.

PAUL VIRILIO

El postulado normativo que asocia el periodismo a la idea de democracia puede condensarse en un silogismo. Una sociedad política no está hecha de consumidores sino de ciudadanos. La ciudadanía consiste en tomar parte en un debate permanente, puntuado por momentos de participación, sobre los asuntos que se ponen en juego en la vida en común y sus soluciones. Este rol ciudadano requiere que una información inteligible, completa y contradictoria, dé sentido a un máximo de dimensiones de la vida social, y que, en consecuencia, no se polarice únicamente en los discursos institucionales, ni identifique las vidas comunes y corrientes con lo trivial o lo subalterno, ni reduzca las sociedades a sus representantes más cimeros. Si estos a priori normativos son aceptados, la concepción del periodismo y de la prensa como una actividad económica entre otras, la visión de las audiencias como colecciones de consumidores constituyen obstáculos al cumplimiento de una misión democrática del periodismo.

ÉRIK NEVEU.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

PRÓLOGO

El profesor Hernán Toro adelanta desde hace varios años una minuciosa y necesaria investigación acerca de los discursos informativos. La claridad y la constancia de su búsqueda lo han llevado no a repetirse, como podría pensarse, sino a la concreción de una obra que se abre y se cierra alrededor de idénticos intereses, siempre renovando la perspectiva crítica. Ese afán y ese celo investigativo, que ya se lee como un gran corpus de inquietudes y reflexiones, bien puede llamarse, indistintamente, “variaciones alrededor del mismo tema”, “el mismo camino en distintas direcciones”, “textos autónomos y a la vez indisolubles entre sí”. Agregue el atento lector palabras semejantes. Así las cosas, el texto “La lectura vertical” se sumerge, de nuevo, en algunas preguntas acaso ya formuladas por él pero abre, sin duda, inéditas perspectivas de abordar dichas preguntas. Leídos así, los distintos capítulos de esta gran investigación (me refiero a todo el corpus construido en años y no puntualmente a la “La lectura vertical”), conforman una obra coherente y decantada, pero a la vez, fresca y renovada. Pensar “lo mismo” no significa, por supuesto, pensar siempre “de la misma manera”. Por lo tanto, los resultados obtenidos, que no son meros lugares de llegada sino otros puntos de partida, se cumplen cabalmente.

Si algo tiene este texto, además de su carácter provocador (en tanto suma de ensayos), es su pertinencia; es decir, el texto es oportuno y “viene a propósito”. No es para nada frecuente —en nuestro medio— toparse con una colección de textos heterodoxos que cuestionan, de forma singular y crítica, la naturaleza e ideología misma de los discursos de información y su incidencia en la manera como se lee, ve y escucha “la realidad” a través

de los medios de comunicación. Anclados en el aquí y en el ahora, en la inmediatez de la agenda noticiosa, quizá podamos confundirnos pensando que “La lectura vertical” se agota en una lectura de la actual coyuntura colombiana. Nada más falso: esta lectura permite familiarizarse con herramientas y pistas que son válidas esta noche y mañana, en Bogotá y París, para el lector lego y el acucioso.

Me atrevo a decir que esta serie de reflexiones alrededor de los discursos informativos es novedosa en el medio local, nacional y latinoamericano. Y es novedosa no porque “diga algo nuevo” sino porque piensa los discursos desde otro(s) lugar(es). Toro demuestra, con creces, cómo se articulan los discursos informativos, los acontecimientos sociales y el sentido buscado por los medios de manera implícita y explícita, cómo a la univocidad propuesta se opone la irrupción de cierta actitud lectora, cómo –a pesar de la búsqueda de consensos acomodados- se logran radiar, a través de la lectura, las asociaciones en todas las direcciones posibles. Frente a la lectura vertical, orientada, dominante, se propone otra, liberadora e inasible.

Valoro, igualmente, la escritura de un libro altamente especializado que liga, con acierto, unas muy personales reflexiones sobre los discursos informativos y las ideologías en permanente juego de intereses con una avezada lectura de nuestra realidad social y mediática. Los ensayos visibilizan algunos quiebres de sentido muy poco abordados en los medios de comunicación, ya sean estos nacionales o internacionales, y si bien uno puede estar de acuerdo o no con algunas de las interpretaciones planteadas, no hay duda de que se trata de un ejercicio intelectual honesto y original.

Destaco la apuesta por una noción como la de *azimutalidad*, opción sin duda polémica, que enriquecerá la construcción de una perspectiva crítica por parte de los estudiantes de Comunicación Social y, ojalá, de otras unidades académicas. Así mismo, el cuestionamiento de otras nociones como verdad, univocidad, objetividad, realidad e incluso de la “lectura” como tal, son saludadas positivamente pues desnudan intereses, ideologías, afanes de homogeneizar significados y diferencias. Cabe aclarar que no es aquí donde por primera vez se cuestionan dichas nociones pero este sí es el lugar donde se unen una prosa refinada, unas “pruebas” finamente escogidas y un contundente respaldo teórico para así buscar decir “otra cosa más sobre lo mismo”, por supuesto, en el mejor sentido de la expresión.

CARLOS PATIÑO MILLÁN

CONTENIDO

Presentación	11
Introducción	15
El problema.....	15
Objetivos	16
Metodología	17
1. Restricciones contextuales	19
2. Azimutalidad	36
3. Procesos de producción de sentido.....	57
Primera estrategia: la desaparición del sujeto.....	60
Segunda estrategia: neutralización de la polisemia.....	78
Listado y definición de las operaciones	80
Operaciones en acto	81
Selección.....	82
Combinación	84
Jerarquización	85
Clasificación.....	86
Interdeterminación	90
Temporalización.....	93
Espacialización	95
Explicación (primera aproximación)	96
Circunstancialización y contextualización.....	97

Acreditación.....	98
Explicación (segunda aproximación).....	111
Persuasión	116
Nominación.....	125
4. Estrellas fugaces.....	139
Bibliografía.....	142

ANEXOS

1. Artículo “Competencia de camboyanos discapacitados es un triunfo” (tomado de The New York Times).
2. Carátula de la edición 775 de la revista *Cambio*.
3. Carátula de la edición 1.358 de la revista *Semana*.
4. Carátula de la edición 980 de la revista *Semana*.
5. Carátula de la edición 399 de la revista *Cambio*.
6. Carátula de la edición 1.293 de la revista *Semana*.
7. Carátula de la edición 716 de la revista *Cambio*.
8. Artículo “Vida más larga, salud hasta el final” (tomado de *El Espectador*).
9. Carátula de la edición 1.373 de la revista *Semana*.
10. Artículo “Sí hay guerra, señor presidente” (tomado de la edición 1.188 de la revista *Semana*)
11. Carátula de la edición 1.345 de la revista *Semana*.
12. Carátula de la edición 1.342 de la revista *Semana*.

PRESENTACIÓN

El presente texto es, con algunos ajustes, el resultado de la investigación de título homónimo que desarrollé entre los años 2006 y 2008 como profesor de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle en el marco de la convocatoria adelantada por la Vicerrectoría de Investigaciones de esta universidad. A esta institución doy las gracias por su apoyo, así como a mis colegas de la Escuela a la que pertenezco.

Este trabajo se ubica en una línea de continuidad con todas las anteriores investigaciones que he adelantado. Cronológicamente, esas investigaciones son: *El efecto de objetividad en los noticieros de televisión*, *La ilusión informativa*, *Las figuras retóricas y los discursos de la información*, *Los discursos de la información*, *La dimensión temporal en los discursos informativos*, *El reportaje: un género estallado*. Sus títulos son ya indicativos de la preocupación básica que ha animado su desarrollo y que, de alguna manera, constituye el hilo conductor de todo este programa de investigación: el discurso informativo. Tal ha sido el objeto de cada una de ellas; tal es el objeto del presente texto. Tomo el término “objeto” en el sentido epistemológico: una construcción conceptual; en la realidad no existe el discurso informativo; existen discursos singulares. Cada una de las investigaciones aborda aspectos parciales de ese gran poliedro de lenguaje que es el discurso informativo; no habría ningún error en considerarlas complementarias, o como piezas de un gran *puzzle* remota o ilusoriamente acabable: habría allí un proyecto infinito. Tampoco es descartable que, dado que el retorno acaso obsesivo a ciertos temas sea en espiral, no tenga posibilidad alguna distinta a “re-escribirme” (tal como Roland Barthes lo

decía de su propio trabajo: “No me quedaba otra solución que la de re-escribirme —de lejos, de muy lejos— ahora: añadir a los libros, los temas, los recuerdos, los textos, otra enunciación, sin llegar a saber nunca si es de mi pasado o de mi presente de lo que hablo”). (Roland Barthes, 1978 : 155-156)¹, pero, se espera, cada vez de forma más cualificada: los puntos de la espiral coinciden en profundidad sobre planos distintos.

En un folleto sin referencias editoriales se atribuye (¿apócrifamente?) a Estanislao Zuleta una evocación a Federico Nietzsche según la cual “un pensamiento viene cuando ‘él’ quiere, y no cuando ‘yo’ quiero”; y otra a W. Goethe, para quien “para pensar de nada sirve ponerse a pensar; las ideas más luminosas se nos aparecen como creaturas libres de Dios y nos gritan ¡aquí estamos!”. En un terreno menos académico pero igualmente válido, Joan Manuel Serrat no dice cosa distinta en su bella canción *No hago otra cosa que pensar en ti*: “No hago otra cosa que pensar en ti/ y no se me ocurre nada”. Probablemente, el presente texto sea un caso particular (modesto, sí, pero caso al fin y al cabo) de las aserciones de los dos autores alemanes, por más apócrifas que sean las citaciones, y de la letra de la canción del cantante catalán: el resultado de un trabajo acumulado durante varios años y no la consecuencia de una iluminación momentánea, pues quizás así haya que entender las citas acabadas de hacer: todo pensamiento evoluciona hasta el momento propicio en el que su propia madurez le infunde las fuerzas mágicas de la eclosión, imponiéndose en la lógica discursiva y analítica más allá de las predisposiciones de su propio autor. O acaso sea el *kayrós* griego, el momento propicio, la conjunción favorable de las oportunidades. Pues como ha sido dicho, durante varios años he estado estudiando la naturaleza de los discursos de la información, y sólo ahora se me “apareció” la imagen de la azimutalidad² como aquella que mejor puede definir la explosión generalizada de sentidos que se en-

¹ Debo al trabajo de Carlos Patiño (“Génesis y escritura del libro de poemas *Hotel Amén*”, tesis de grado de su maestría en Literatura en la Universidad del Valle) una lectura *in fine* de Roland Barthes por Roland Barthes (*Kayrós*, Barcelona, 1978) lo que, aparte del placer de la lectura, me proporcionó dos o tres matices suplementarios muy útiles, entre ellos éste de re-escribirse.

² El concepto de “azimutalidad” cruza transversalmente este trabajo; su desarrollo más extenso se encuentra en el numeral 2.

cuentra en el trasfondo de todo acto de escritura y de lectura. Más que eso, el concepto de azimutalidad es un verdadero principio de inteligibilidad de los procesos de escritura y de lectura.

El método de escritura que he adoptado en esta investigación (y que he asumido también en las señaladas arriba) acude como recurso significativo al uso intenso de la metonimia, o más exactamente, a una de las dimensiones de esta espléndida figura retórica: la contigüidad. A veces también la asíndeton, una de las hijas menores de la metonimia. No ha sido una elección fortuita, anodina o gratuita. A mi entender, las posibilidades significativas del lenguaje se ven incrementadas a niveles superiores gracias a su naturaleza, mucho más altos, por ejemplo, que los alcanzados con la metáfora —la otra gran figura sobre la que se levanta todo el edificio retórico—, base de toda la auténtica poesía. Es ya decir mucho. Cuando los surrealistas (en boca del Conde de Lautréamont, montevideano) definían la poesía como “el encuentro al azar de un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de disección”, no hacían otra cosa que atribuir lo constitutivo de lo poético a las virtudes de la metonimia (relegando por lo mismo a un segundo plano nada menos que el papel de la metáfora, la otra gran majestad de la retórica). Pues, en efecto, la contigüidad (como la del paraguas, la máquina de coser y la mesa de disección) crea un campo de fuerzas magnéticas de significación entre los elementos contiguos que no se daría si ella se disolviera a través de los conectores. El conector es un puente (lógico, temporal, causal, etc.) que tiene como función hacer explícita la relación entre dos elementos; impide así que el lector intervenga creando él mismo el vínculo o le salva de una caída en el abismo; la contigüidad —que, lo hemos dicho, es uno de los rasgos distintivos de la metonimia— hace caso omiso de él. Por tal razón el lector encontrará que el texto avanza por grandes bloques puestos uno al lado de otro. Por supuesto, los conectores no pueden ser eliminados del todo: caeríamos en la ilegibilidad total. La presencia del “Por tal razón” y del “Por supuesto” de las dos frases anteriores es una prueba *a contrario*. Los lectores de este trabajo deben tener bien presente esta característica pues está claro que va en contravía de una cierta lógica predominante discursiva, fuertemente identificada con los discursos expositivos y la retórica académica; tratándose de un trabajo nacido de un informe de investigación, algunos lectores probablemente sean proclives a ver en ello un defecto, justamente allí donde el autor sólo ve riqueza.

Este aspecto salvaje de la escritura probablemente sería aceptado por Milan Kundera, para quien “el pensamiento crítico no es metódico”. Pues, en efecto, si la realidad no puede ser explicada de manera lineal, la escritura que la representa, expresión de ese pensamiento crítico, debe reflejar su naturaleza fragmentada. Para Lamoure, “el pensamiento no es ortodoxo” (Christophe Lamoure, 2006 : 90), (...), “no busca la aprobación y le tiene sin cuidado la satisfacción de las supuestas expectativas del público. Sigue su camino según exclusivamente las exigencias de verdad o de justicia” (Christophe Lamoure, 2006 : 91). La consecuencia del ejercicio del pensamiento es la heterodoxia: es decir, el encuentro con una doxa distinta. La confirmación de las ideas es pura ortodoxia, la producción de nuevas ideas es heterodoxia.

Este texto debe mucho a algunos aspectos de la metodología de trabajo desarrollada por Eliseo Verón en los años setenta³. Algunas de sus ideas (no escritas, hasta donde sé) han sido retomadas aquí (en particular las que tienen que ver con el análisis de los titulares y con el concepto de operación); otras cruzan transversalmente su obra (Eliseo Verón, 1970, 1977, 1983a, 1983b) y bañan, en mayor o menor grado, el presente informe. Algo debe también al esfuerzo sistematizador de Manuel Martín Serrano⁴.

Debo decir, finalmente, que el proyecto de esta investigación, embrión de este libro, fue presentado institucionalmente en el marco de las actividades adelantadas por el Grupo de Investigación en Periodismo e Información, del que hago parte y dirijo, clasificado (al menos hasta mayo de 2009) en la categoría A por Colciencias. El grupo, del cual hacen parte además los profesores Patricia Alzate y Julián González, se encuentra adscrito a la Escuela de Comunicación Social de la Facultad de Artes Integradas de la Universidad del Valle.

3 Tuve la fortuna de ser su alumno por varios años, en el seminario que dictaba en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, en París.

4 Ver sobre todo Manuel Martín Serrano, 1985.

INTRODUCCIÓN

EL PROBLEMA

En el artículo titulado “La cocina del sentido”, Barthes (Roland Barthes, 1990 : 224) consideraba que era necesaria “una sacudida incesante de la observación para adaptarse no al contenido de los mensajes sino a su hechura: dicho brevemente: el semiólogo, como el lingüista, debe entrar en la “cocina del sentido”. Este llamado de Barthes era una incitación, como acaso se colija de su cita, para que los investigadores de los hechos de la lengua se preocuparan más no tanto de los efectos de su uso como de los mecanismos de su producción. La metáfora de la “cocina del sentido” pretendía entonces describir esa etapa en la que los mensajes son contruidos (cocinados, podríamos decir, para mantener la simetría de la cita), de acuerdo con (es previsible) estrategias comunicativas cuyo sabor y textura de sentido prefigurarán el efecto en sus consumidores. El lector de informaciones (y en este caso es predominantemente un lector de discursos informativos bajo la forma de “discursos analíticos”) de alguna manera se enfrenta a un plato ya preparado, y sus reacciones estarían escritas en las determinaciones del texto.

El implícito de nuestra argumentación muestra ya las dos realidades irreductibles de todo texto: su escritura y su lectura. Como las dos caras de una misma hoja de papel, la una no puede existir sin la otra. Son, sin embargo, dos momentos distintos, separados, específicos. Escribir no es lo mismo que leer, aunque el objeto de ambas atenciones sea el mismo. Pero los dos momentos acompañan solidariamente a todo texto. En nuestra

hipótesis de trabajo, la escritura está sometida a normas restrictivas que aspiran a la univocidad del texto, mientras que la lectura, actuando en sentido contrario, lo hace reventar. Tal es el avatar, escuetamente simplificado, que sufre todo texto, cualquier texto, que pertenezca a los discursos informativos. Este texto reconoce ese estado y lo asume al pretender la determinación de las operaciones discursivas por medio de las cuales se busca y se produce una reducción de los sentidos posibles (es decir, los permitidos potencialmente por los discursos informativos) hasta los límites de la univocidad, pero muestra cómo el encadenamiento de los sentidos es roto por la actitud lectora. Las caras de la escritura y de la lectura se enfrentan en un conflicto diferido (puesto que, aunque solidarios, no son coetáneos). ¿Para arriesgar una paradoja podríamos decir que las dos caras de la misma hoja existen no en un mismo plano sino en planos enfrentados? Esta posibilidad de sentidos es considerada casi infinita en virtud de las asociaciones de todo tipo que suscita una lectura, lo que corresponde a la idea de azimutalidad: radiación en todas las direcciones. El título “La lectura vertical” es una metáfora topográfica de la orientación a la que es sometido el lector gracias a la aplicación de las operaciones en la producción (en la escritura): se asfixia la lectura azimutal, que busca ramificarse “espontáneamente”, en beneficio de una lectura que avanza verticalmente (de la carátula al sumario, del sumario al artículo).

Teóricamente se parte de la idea de que la búsqueda de reducción es consecuencia, en los discursos informativos, de enfrentamientos que ocurren en la sociedad en niveles superiores, más amplios y más complejos, enfrentamientos en los que se consume una lucha por el poder materializada en las visiones ideológicas sobre los acontecimientos sociales.

El texto se ubica en un lugar probablemente equidistante entre algunos principios teóricos que presumen la existencia material del problema y hallazgos empíricos que parecen confirmar la presunción. No es, pues, un trabajo puramente abstracto, pero tampoco sólo empírico: hay allí un mestizaje.

OBJETIVOS

Teniendo como marco general de referencia las anteriores consideraciones, este trabajo de una parte, se ha propuesto, con el apoyo de un cuerpo conceptual básicamente derivado de la semiología, estudiar los procesos

de producción de sentido al describir las estrategias discursivas que inciden en ellos y las operaciones textuales a través de las cuales se recorta la azimutalidad de las informaciones en provecho de lecturas restrictivas que conducen al consumidor de estas informaciones hacia sentidos limitados y tendencialmente unívocos, y, de otra, explorar los modos de inserción de este problema de producción y consumo de las informaciones en estrategias sociales de signos opuestos.

En términos particulares, este trabajo se ha propuesto analizar discursos informativos realmente existentes y tratará de reconocer en ellos las operaciones por medio de las cuales se produce el recorte de sentido.

El objetivo general, pues, consiste en el estudio de los mecanismos de producción de sentido en los discursos informativos y en la exploración de sus repercusiones en las estrategias de lucha social. En cuanto a los objetivos particulares, se trata de desglosar y analizar los elementos discursivos que encuentra el lector en la lectura vertical por donde es orientado; o, lo que sería lo mismo, estudiar de qué manera se produce el cierre de campo de las lecturas en principio acimutales; examinar el papel de los elementos discursivos estructurales de revistas informativas semanales en la formación del sentido; estudiar la composición estructural dominante en los discursos de revistas informativas semanales; estudiar los procedimientos propios de los discursos informativos por medio de los cuales se busca producir un efecto de cohesión social con base en las dimensiones ideológicas de la información.

METODOLOGÍA

A partir de un *corpus* constituido por artículos aparecidos en las revistas *Semana* y *Cambio* –prototipos en Colombia de las revistas informativas semanales–, y de otras que hibridan la información con otras dimensiones, ha sido hecho un seguimiento a las informaciones que aparecen en las carátulas respectivas y se prolongan en profundidad y verticalmente hacia el sumario y hacia las páginas interiores. Este material ha sido elegido de manera aleatoria. El seguimiento ha permitido levantar un mapa de los accidentes discursivos y de los componentes estructurales que, a la luz de una visión crítica (por lo tanto, a la luz de consideraciones teóricas), facilitan poner de presente las modalidades como se producen las reducciones de sentido. Aunque fue de interés que las publicaciones examinadas hubiesen

sido editadas en la misma semana (puesto que eventualmente podían dar lugar a comparaciones homogéneas sobre procedimientos discursivos en torno a un mismo hecho), nada ha impedido acudir a artículos aparecidos en periodos distintos (y en distintas publicaciones) ya que se ha tratado de describir en acto el funcionamiento de las operaciones discursivas de sentido –hecho que puede realizarse con independencia de una cronología particular–, o a revistas distintas a las dos explícitamente mencionadas puesto que es de interés del trabajo tender pasarelas con publicaciones que no se asumen como puramente informativas.

Metodológicamente, esta ruta, como ha querido hacerse manifiesto en las páginas siguientes, ha debido sustentarse en consideraciones teóricas sobre la evolución de la escritura y de la lectura, y sobre su estado actual, aplicadas ante todo al campo de las informaciones periodísticas aunque con puentes tendidos hacia otras modalidades de escritura.

CAPÍTULO 1

RESTRICCIONES CONTEXTUALES

Las implicaciones de este trabajo no podrían ser apropiadamente entendidas si no se tienen en cuenta algunas restricciones provenientes del contexto social en el cual circulan los discursos informativos y de las condiciones de la propia existencia de los discursos. Estas restricciones operan de manera transversal (es decir, no impactan frontalmente) y en su mayoría emanan del inconsciente (no hay una consciencia plena de su intervención) tanto en el momento de la escritura como en el de la lectura. Su papel es, pues, determinante. Los siguientes puntos resumen esas restricciones.

1.1. Los aspectos teóricos de este trabajo parten (parcialmente) y buscan ser mostrados tomando principalmente como referentes a las revistas *Semana* (ante todo), *Cambio* (de manera subsidiaria), ambas colombianas, y, (en ocasiones) otras publicaciones informativas. El uso del adverbio “parcialmente” no requiere una justificación demasiado extensa: todo trabajo investigativo avanza en dos dimensiones, una abstracta y otra factual, y una fuerte corriente de interdependencia, de aliento y de diálogo mutuo debe circular permanentemente entre ambas. Una no puede existir sin la otra. “Parcialmente” se refiere a lo factual. Al menos en este campo investigativo, la mera abstracción es una pirotecnia retórica, la sola exhibición de lo factual es una prueba de ilusionismo cognitivo. Pero lo abstracto se enriquece no solamente con la matización de la realidad (que es el equivalente de su comprensión) sino también con la forma de interpelar otros elementos abstractos cuya relación previa no se presenta de manera

evidente. En la generación de conocimiento hay, de parte de quienes lo producen, una capacidad de unir con recursos argumentativos entidades abstractas cuya relación era anteriormente insospechada, o al menos desconocida.

Si lo que este trabajo se propone es, *grosso modo*, explorar una de las formas de lectura a la que los lectores de revistas informativas son impecados, hay que tener presente que esa inducción se da en circunstancias concretas: las que corresponden a la sociedad colombiana tal como ella opera en esta época. Las revistas estudiadas no son abstracciones: son casos particulares, realizaciones prácticas de una manera de entender el funcionamiento de la información en Colombia. Si bien esas publicaciones participan de características comunes a las revistas que en los países del primer mundo pueden ser catalogadas como “Semanarios de información” (y en tal sentido son un caso más en la serie donde también se encuentran entonces *Time*, *Newsweek*, *Le Nouvel Observateur*; etc.), sus singularidades permiten aislarlas como casos aparte: en efecto, nada más parecido a *Time* que *Semana*; pero nada más distinto a *Time* que *Semana*.

La idea anterior responde a la preocupación por situar *hic et hunc* el análisis que será desplegado en este trabajo. En circunstancias distintas (otra sociedad, otra época –inclusive si éstas también hacen referencia a Colombia–), el análisis no podría ser el mismo. Estamos pues en la Colombia de comienzos del siglo XXI, en el segundo mandato del presidente Uribe, bajo el influjo irrefrenable de las políticas neoliberales. Todo lo que entonces sea dicho aquí debe ser mirado según este condicionamiento de lugar y de época.

1.2. El ejercicio del periodismo en Colombia adolece de fallas (un leve brillo de esperanza o acaso una ingenuidad irremediable inhibe el uso del calificativo “estructurales”) que le impiden tomar una actitud distanciada y crítica de los acontecimientos que los periodistas informan. No se trata de imponerle a esta profesión obligaciones *ex nihilo*, artificiosas o gratuitas, sino de recordarle las trazas más notables de su mapa genético, entre cuyos fundamentos se encuentra la de ser una institución de control social y no un poder agregado o legitimador de otros socialmente existentes (cf. Julián González, 2004). Tal ha sido la marca derivada de su propia historia, tal la fuente de su legitimidad, tal su deber. Ser infiel a estos principios significa

renunciar a su naturaleza y, por lo tanto, abdicar de sus obligaciones éticas y deontológicas. Hablar de un “cuarto poder” en referencia al periodismo, dando a entender que se agrega al ejecutivo, al legislativo y al judicial, significa por omisión el desconocimiento de otros poderes, como el económico (y los grupos de presión) (Érik Neveu, 2004:110), pero conlleva igualmente la idea de un poder que, separado, con identidad propia, se agregaría a los preexistentes y no, como en realidad ocurre, un poder que se superpone, que refuerza, que desarrolla, que suplanta, que usurpa los otros. Hay entre todos los poderes y el del periodismo un juego permanente de soportes y legitimaciones mutuos cuya finalidad a ultranza es su propia perpetuación. La red de interdependencias entre lo político, lo económico y lo periodístico ha llevado a una intrincada fusión de intereses en los que las distinciones son casi imposibles. Los recientes acontecimientos⁵ que han enfrentado a los gobiernos de Colombia, Venezuela y Ecuador son una prueba flagrante de ello: los medios de mayor incidencia en la opinión pública, propiedad de poderosísimos grupos económicos con intereses y representantes en el campo político, han renunciado, celebrativos, ruidosos y ostentadamente sumisos, a toda actitud crítica al llamar “a rodear al presidente Uribe deponiendo las diferencias”, como, palabras más, palabras menos (y hasta literalmente, parece), sostuvieron en lo más ardiente de la crisis política originada por la intromisión del ejército colombiano en el territorio del Ecuador. Ha sido en la televisión, medio en el que esta imbricación económico-político-informativa es más fuerte y evidente, donde, a través de los noticieros, se ha glorificado con más cinismo, emotividad y arrogancia esta indignidad profesional.

La evolución del periodismo, sobre todo en los últimos años, que llevan la marca de fuego de las políticas neoliberales, ha derivado hacia formas en las que la racionalidad económica ha terminado por primar sobre las funciones “nobles” que habían sido su distintivo histórico, todas ellas marcadas por la voluntad (o por la apariencia, al menos) de servir a la sociedad dando satisfacción (o pretender, o fingir hacerlo) al derecho de

⁵ La escritura de este material se produce en la segunda mitad del año 2008.

los ciudadanos de ser (bien) informados. No se afirma con ello que antes de la aparición e implante de los criterios neoliberales las empresas periodísticas fueran entidades desinteresadas económicamente o motivadas por una voluntad altruista; no, se quiere sugerir que regía el primado de otros objetivos (políticos, ideológicos) por encima del puramente económico, aunque, desde luego, tratándose de agentes y propietarios de medios que se desplazaban (y se siguen desplazando) simultáneamente en varios terrenos, los intereses particulares referidos a un sector específico se complementaban con los de otros de tal forma que, finalmente, importaba el balance general (pérdidas y ganancias) del cruce de esos intereses. En tal sentido, no es disfuncional hoy en día (¡al contrario!) a los postulados neoliberales la constitución de empresas, por más que ellas sean periodísticas, cuya búsqueda esté orientada ante todo al logro de los máximos beneficios económicos contra los menores costos posibles (inclusive si para el éxito de esa ecuación inhumana se sacrifican principios de orden moral o ético, de servicio a la sociedad, de respeto a los grandes referentes deontológicos de su misma profesión). Es cada vez más evidente que el poder del periodismo tiende a asemejarse más a cualquier otro poder, inclusive autonomizándose de aquéllos, como el político o el económico, a cuya tolerante sombra han prosperado por décadas, para erigirse en instituciones con identidades y dinámicas económicas propias y con intereses singulares que las diferencian tajantemente de otras. En otros términos, las empresas periodísticas son cada vez más empresas cuya lógica no reconoce a otro dios supremo que el del beneficio económico. La venta al Grupo Planeta del conglomerado de medios a cuya cabeza se destaca el periódico *El Tiempo* debe ser entendida también como parte de este desplazamiento hacia otras lógicas en las que los principios de orden ético han sufrido una fuerte mutación; de la misma manera la transformación de pagado a gratuito del diario *Occidente* de Cali⁶. En este nuevo contexto, las lógicas del mercado, entre las cuales la del mercadeo, la venta de publicidad y la incidencia del rating, ganan un peso enorme, y no sólo en los aspectos puramente administrativos sino también en las estructuras redaccionales y de contenido: hay que escribir para satisfacción de ciertas capas poblacionales,

⁶ Proyecciones: estudiar la dinámica de los periódicos gratuitos, cuya fuerza, sobre todo en algunos países europeos, es creciente. Estudiar también las relaciones de esta gratuidad con esa otra *gratuidad* que son las versiones digitales de los diarios.

hay que dotar de rasgos cívicos al periodismo producido, hay que evocar problemáticas no enojosas para los anunciantes, etc. El mercadeo rige lo administrativo, marca los contenidos. Como consecuencia de estos nuevos equilibrios, entre las estructuras y las prácticas de producción informativa se desarrollan adecuaciones que, en este caso particular, afectan de manera negativa la poca o mucha eficiencia informativa anteriormente existente (cf. Érik Neveu, 2004).

Nada de lo anterior debe dar a entender, así se piense, que sea una lástima lo que esté ocurriendo; se trata de una simple comprobación de hechos (feliz o infeliz, según), cuya caracterización debería permitir entender mejor las fuerzas que tensionan la vida social.

Todas esas legitimaciones que los poderes se reenvían entre sí como en un juego de espejos enfrentados adquieren muchas caras. La connivencia con las fuentes, entre varios otros factores, le da cuerpo de manera ejemplar a esos males mayores. El tuteo entre el periodista y su fuente (sobre todo cuando ésta pertenece a esferas altas del poder político o económico –por lo demás, síntoma revelador, el tuteo poco se utiliza cuando la fuente es de “bajos” estratos sociales–), o la mutua interpelación por el nombre propio (bien notoria en las entrevistas radiales y de televisión), o el cotilleo lateral antes de abordar los temas llamados “serios”, traducen una familiaridad que enrarece de desconfianza la lectura, introduce dudas que interrogan la esperada independencia del periodista y, por extensión, fisura la credibilidad informativa. Otra cara, no menos importante que esta relación indigna entre periodistas y fuentes, es la dependencia clara y aceptada, a veces de una forma abiertamente cínica, de los medios hacia los anunciantes publicitarios (o, caso extremo pero no por lo mismo infrecuente, cuando propietarios de medios y anunciantes se confunden en una misma entidad) y, en lo político, la defensa doctrinaria mediática de los intereses de los gobiernos de ocasión⁷.

⁷ En la emisión de las 7 de la noche del 26 de agosto de 2008 del noticiero RCN televisión, una presentadora (de apellido Ávila, me parece) informó, en el más tradicional formato de noticia, la aparición de una nueva gaseosa (“Windsor”). No se trataba de esas secciones que se autodenominan “de entretenimiento”, donde esa práctica es corriente (y de cierta forma disculpada por el carácter con que se conciben) sino en el curso de un segmento de noticias “serias”. En este caso, la flagrancia de la cohabitación entre comercialización e indignidad es evidente: el señor Ardila Lulle, propietario del noticiero, es al mismo tiempo propietario de la fábrica de bebidas gaseosas, entre las cuales “Windsor”...

No hay que esperar, por supuesto, que estas prácticas aberradas –no mencionamos otras: esa relación está superpoblada– sean reveladas a través de los mismos medios. Pensarlo así equivaldría a compartir una de las tantas mitologías que animan la profesión de los periodistas. Las diferencias que ocasionalmente se presentan entre ellos son de grado pero no de naturaleza: hay desacuerdo en la táctica, acuerdo en la estrategia. Con mucha dificultad, los colegas de los periodistas que cometen faltas contra la ética infringen esa especie de ley implícita del silencio, esa *omertá* que los protege de las consecuencias de sus propios errores, como si se temiera que el reconocimiento de las equivocaciones afectara no al individuo responsable de ellas sino a la corporación entera de profesionales afines. Pura reacción de cuerpo.

1.3. Visto desde la orilla de los intereses del público, el gran problema de los medios informativos colombianos radica en sus relaciones con el poder económico y político del país. Mientras que en las democracias liberales maduras se ha decantado a través de décadas una relación de relativa independencia de los medios con respecto a las distintas formas del poder, en la sociedad colombiana éstos han renegado de su vocación original de contrapoder y de control social para convertirse en un poder más (algunos lo llaman “el cuarto poder”) o en un poder endosado o adosado a los ya existentes. Partícipes de una misma estrategia, esta actitud los vuelve acríticos, serviciales y celebrativos, y aunque esta posición les genera grandes dividendos en todos los campos, sobre todo en el económico (para no hablar del político), los grandes perdedores son los ciudadanos, a quienes de esa manera se les escamotea uno de los derechos fundamentales en la sociedad: el de ser informados correctamente. Claro, no hay que mistificar tampoco: una sociedad como la francesa, por ejemplo, que la gente toma casi siempre como referencia de ejemplo de la libre expresión, tiene periódicos y canales de televisión ligados a través de distintos tipos de alianza a grandes grupos económicos; el ejemplo emblemático de esta cooptación económica quizás está representado en el periódico *Libération*, que después de haber sido fundado por Jean Paul Sartre a comienzos de la década de los setenta y haberse caracterizado durante un buen tiempo por gestos que translucían una sensibilidad de izquierda, pasó recientemente a ser propiedad mayoritaria del Barón Édouard de Rothschild, un individuo perteneciente a una de

las familias de más antigua tradición aristocrática francesa (cf. Pierre Rimbert, 2005). Sin hablar de Italia, donde la colusión entre poder económico, poder mediático y poder político, encarnada en la figura de Silvio Berlusconi, alcanza las más altas cimas del cinismo.

A menudo, los efectos de esta cooptación económica sobre la naturaleza de las percepciones sociales y el consecuente control ideológico que a través de ellas se ejerce tratan de ser ideológicamente neutralizados al argumentar a su favor la diversidad de medios informativos que circulan en la sociedad como prueba y garantía de una variedad equivalente de percepciones. En realidad, lo que tiene lugar es una redundancia en virtud de la cual todos los medios terminan no sólo informando de lo mismo sino también dándoles a esos mismos acontecimientos una interpretación semejante. Muchas voces diciendo lo mismo, aunque en tonos y registros distintos. Cacofonía pura. El desarrollo de las nuevas tecnologías y su implantación cada vez más creciente en las sociedades no ha hecho sino acentuar este fenómeno, de tal forma que si antes del auge arrollador de internet los medios se interdeterminaban, la escala en que ese hecho ocurría era relativamente restringida (noticieros radiales que se limitaban a leer las informaciones de los diarios, noticieros televisivos de la noche que reproducían en altísimo porcentaje las noticias dadas por los del mediodía, debates nocturnos radiales en torno a las informaciones aparecidas matutinemente en los periódicos, semanarios que hacían propia la importancia atribuida por los diarios a los acontecimientos acontecidos durante la semana, etc.), en tanto que, hoy en día, todos estos medios nacionales dependen en primera y casi única instancia de las grandes cadenas mundiales de información y de las informaciones que se desgranán incesantemente en línea a través de internet. La interdeterminación ha cambiado de niveles.

Este hecho es quizás mucho más dramático y agudo en el caso de la televisión: la explosión del número de canales disponibles a través de las grandes empresas mundiales, que ha generado el fuego fatuo de la multiplicidad de la oferta, está conduciendo a la televisión a una tendencia en aparente sentido inverso, su encogimiento, después de haber transitado ya por la saturación, que es la mayor prueba de la ilusión de la diversidad (cf. Jean-Louis Missika, 2006). Este encogimiento no es otro que el de “hipersegmentación”: un movimiento de multiplicación (de canales), nacido de la fragmentación, tiende a ser suplantado por un movimiento de hipersegmentación, nacido del encogimiento: “Las cadenas especializadas

(cadenas para niños, cadenas consagradas al deporte o a la actualidad) que habían nacido del primer movimiento de fragmentación son ahora subsegmentadas, ya sea por clase de edad, de sexo, por géneros o por temas. Las cadenas de información se subdividen en cadenas de información económica o internacional; las cadenas documentales se presentan por disciplinas (historia, geografía, documentales de animales...); las cadenas consagradas a las series se clasifican por género (serie policial, comedia...). Ya no hay sólo una cadena deportiva sino una constelación de cadenas especializadas (para los deportes extremos, el fútbol o el basquetbol americano...), para las cadenas destinadas a los niños igualmente los nichos se precisan cada vez más. Va de suyo que las niñas y los niños no consumen la misma televisión, o que a los de 2 a 6 años no les gusta lo mismo que a los de 6 a 10 años. De ahí que las cadenas combinan clase de edad y sexo. Estas diferencias existen y los programadores las explotan para afinar sus blancos y construir nichos. Las cadenas temáticas son objeto de *spin-off*—creación de una nueva cadena a partir de otra ya existente (...)—, y de esa manera se pasa de una televisión fragmentada a una televisión atomizada” (Jean-Louis Missika, 2006:40). Como consecuencia, el *zapping* es presentado como el símbolo de la libertad de elección; el control a distancia como el cetro de ese pequeño emperador que ejerce su poder en el reducido y oscuro reino de su habitación solitaria.

La comparación con el fenómeno televisivo es pertinente en la medida en que la prensa escrita (diarios y semanarios) ha encontrado a su manera la forma de multiplicar por extensión (fragmentación) y en abismo (hipersegmentación) sus productos en función, tal como en la televisión, de clases diversas: la base es el conocimiento del mercado. Hoy en día, en efecto, se encuentran semanarios para adolescentes, para adultos, para roqueros, para aficionados a la cocina, etc.

- 1.4. El problema de los textos que en las revistas informativas son presentados bajo la etiqueta de “artículos analíticos” radica en que mistifican su identidad al querer hacer pasar como “analítico” lo que, por lo general, no es más que una “opinión”. Pero un análisis no es una opinión; ni la simétrica. El análisis debe distinguirse por su carácter demostrativo, independientemente entonces de la autoridad que lo profiera, mientras que la opinión es la percepción ideológica que un individuo tiene en torno a un hecho determinado, un punto de vista. Como lo sugiere esta misma expresión, el punto de vista depende

del lugar desde donde un observador mira los fenómenos sociales, y la ubicación singular y única del que mira determina que la vista nunca sea igual si se comparan las “vistas” de dos personas. Y aunque este punto de vista sostiene relaciones con la realidad (habla de la realidad, alude a ella), la transfigura al retener de ella no lo que objetivamente sea sino lo que le dice el punto desde el cual se mira. Jorge Luis Borges: “El perro de las tres y catorce visto de perfil no es el mismo perro visto de frente a las tres y quince”. El perro de perfil no es el mismo perro de frente; el perro de las tres y catorce no es el mismo de las tres y quince. Cómo decirlo: sí, es el mismo perro, pero cuando se ve de perfil o de frente, y a las tres y catorce o a las tres y quince, ese perro no es el mismo pues se modifica, ya no sólo porque él cambia, por más ínfima que sea la modificación dado el tiempo tan breve, sino además según el punto espacial desde donde es mirado y también el punto temporal por donde atraviesa: el punto de vista. Y en todos los casos se habla de esa realidad que hemos convenido en llamar “perro”. Cuando Virilio diferencia el cine del teatro (cf. Paul Virilio, 1993), no hace más que apoyarse en esta precisión sobre el punto de vista; en el cine, el punto de vista de todos los espectadores es el de la cámara; no existe sino un punto de vista, por más que haya un número plural de espectadores. En el teatro, en cambio, el punto de vista es singular, el de cada espectador según el sitio desde donde observa la representación de la obra: hay tantos puntos de vista como espectadores en la sala. Es la misma razón por la cual Paul Virilio afirma que “...hay tantas *Madames Bovary* como lectores de la novela de Flaubert...” (Paul Virilio, 1991 : 37), aunque, por supuesto, aquí se trata de un punto de vista mental. El análisis, en cambio, y a diferencia de la opinión, exige una congruencia entre el discurso y la realidad. Es el principio mismo de la demostración: todo lo que se afirme a propósito de una determinada realidad debe ser susceptible de verificación a través de la confrontación irrefutable con los hechos mismos, debe ser sometible a la prueba de verdad o falsedad, debe ser sostenido de manera argumentada. El análisis no admite la opinión, ni el sesgo de la subjetividad, ni la idea que cada cual pueda tener caprichosamente de la realidad a la cual hace referencia. En otras palabras, el análisis no acepta, porque le es incompatible por definición, el punto de vista. Y el punto de vista es

ideológico al ser una opinión. Ahora bien, la ideología, como lo dice Estanislao Zuleta, “se funda siempre en las tradiciones, en los modos de vida, en una autoridad de cualquier tipo que sea, y deja de lado la demostración como fundamento de su validez” (Estanislao Zuleta, 1994c : 169). Hay que subrayar de la frase anterior el abandono de la demostración, lo que priva a la ideología de cualquier pretensión analítica. De alguna manera, el análisis se sostiene por sí mismo, y en su confrontación con la realidad de la cual se deriva debe haber una congruencia. El desfase, la distancia, la separación entre ambos sólo pondrían de presente la diferencia radical entre la palabra y los hechos. No se trata de una diferencia relativa a su naturaleza puesto que, como dice Jorge Luis Borges, “la realidad no es verbal” (Jorge Luis Borges, 1960:61)⁸, y en tal sentido la diferencia es inexorable, sino a la significación del lenguaje y de la realidad. Todo análisis, por materializarse a través de la palabra, es de condición estrictamente diferente a la de la realidad sobre la cual él se erige; sin embargo, el mundo de la significación a la que cada uno de esos dos aspectos remite debe ser coincidente. Por lo demás, el análisis, cuya misma naturaleza le hace asimilable a la crítica, es casi imposible en los tiempos actuales regidos por el predominio de las nuevas tecnologías, como se infiere de la siguiente cita de Paul Virilio: “Si el régimen temporal de las actualidades (las informaciones) Fox Movietone o Pathé-Journal era el tiempo diferido, análogo al de la prensa de opinión, con la liberación de los medios, la llegada de redes como CNN, el tiempo dominante es el tiempo real. Una duración práctica que no permite ninguna mirada retrospectiva, ninguna distancia crítica, lapso que ya no distingue el antes del después...” (Paul Virilio, 1991: 41). El tiempo real, es decir, el tiempo en línea, el omnipresente presente, no admite “ninguna distancia crítica”.

Para acentuar su diferencia con el análisis, no sobraría agregar que la opinión es, en términos de Gaston Bachelard (Kunzmann *et al.*, 1999 : 233),

⁸ En referencia a los sonetos de Francisco de Quevedo, Borges dice: “No diré que se trata de una transcripción de la realidad, porque la realidad no es verbal...” (Jorge Luis Borges, 1960 : 61)

un “obstáculo epistemológico”, es decir, “trabas y resistencias internas al acto mismo de conocer”. “Es en el acto mismo de conocer, íntimamente, donde aparecen por una suerte de necesidad funcional, lentitudes y tropiezos. (...) Es allí donde percibiremos causas de inercia que llamaremos obstáculos epistemológicos”⁹.

Los discursos de las revistas *Semana* y *Cambio* se expresan a través de seis modalidades de escritura propias de la tradición informativa, tal como ella se forjó desde los orígenes del periodismo o adoptó en su evolución: la noticia, la entrevista, el reportaje, la crónica, el artículo analítico y la columna de opinión. Este trabajo asume esta clasificación aun sabiendo que es discutible. Nadie puede afirmar de manera categórica, por ejemplo, dónde nace la crónica y termina el reportaje, o qué tanto de reportaje hay en una entrevista que no se limita a la sola enunciación de preguntas y respuestas, es decir, a un interrogatorio¹⁰, o cuál es la participación de la entrevista en un reportaje; acaso la noticia y la columna de opinión puedan ser objeto de una diferenciación más o menos nítida con respecto a los otros géneros mencionados, dado el carácter escueto y la aparente referencialidad de la primera, y la primacía de la subjetividad en la segunda. Pero aún así...

En verdad, en la realidad empírica se encuentran textos híbridos y mestizos, de los que, en consecuencia, se excluye la pureza, y en los que, por lo tanto, no puede hacerse una aplicación que separe quirúrgicamente las distintas dimensiones genéricas que en ellos se entremezclan. El gran escritor iraní Sadeq Hedayat dice: “Amor y odio formaban un todo” (Hedayat, 2003). Estamos de nuevo aquí ante términos falsamente antinómicos pues más que darse entre ellos una contradicción insalvable y destructiva, que es lo propio de la antinomia, en realidad los une la necesidad de complemento: el amor sin el odio no existe, y viceversa. “Unidad de los contrarios”, en la filosofía marxista. Hedayat tiene razón: “Amor y odio formaban un todo”.

⁹ La cita de Gaston Bachelard es tomada por Kunzmann de *La formación del espíritu científico*.

¹⁰ El interrogatorio es también, curiosamente, la base de la “relación” entre policías y delincuentes, y, no se sabe si más o menos brutalmente, entre sacerdotes y creyentes durante la “confesión”. Curiosamente de nuevo, la gente se confiesa ante un sacerdote, pero también ante un policía y ante un psicoanalista. (Esta observación proviene de una fuente imprecisable)

Lo que es posible constatar en la lectura de las revistas de información *Semana* y *Cambio* es la asunción de modelos de representación mediática que rebasan de lejos las formas canónicas de la información. No hablo de los textos inscritos en una vertiente que podríamos llamar “comercial”, constituidos por avisos publicitarios o por publi-reportajes, cuya identidad, sobre todo la de estos últimos, no siempre se encuentra claramente delimitada y cuya incidencia en los otros textos informativos parecería inexistente (esta es una interpretación que merecería ser repensada: ¿existen realmente dos mundos en estas revistas, el de lo comercial y el de lo informativo, radicalmente diferenciados? ¿No se tenderá entre ellos alguna pasarela que los interdetermine?). Al hablar de estas formas clásicas esfumadas de estas revistas estamos haciendo referencia, por ejemplo, a la noticia, entendida como la referencia antiséptica de acontecimientos; se encuentran, sí, algunos artículos abiertamente de opinión; a veces entrevistas. En fin. Los textos que mayoritariamente se publican en estas revistas son artículos que quieren pasar por ser analíticos pero que, vistos con rigor, son en verdad artículos de opinión. No a la manera de una columna de opinión, en la que su autor asume inequívocamente su subjetividad, sino bajo formas trastocadas y maquilladas en función de la búsqueda de un efecto: el llamado “efecto de objetividad” (sobre el cual hablaremos más adelante).

Este (en verdad nuevo) formato se basa en la “comunicación” de los acontecimientos regida por los recursos clásicos de la narración, tal como ésta ha sido legada por la literatura. Conviene precisar que estos textos no son reportajes, en los que se justificaría el uso de recursos provenientes de la literatura (toda la historia de este género lo explicaría sin problema¹¹), sino de artículos pretendidamente analíticos, cuya naturaleza impediría a sus autores el uso de una perspectiva subjetiva. Aunque, conviene decirlo, el valor adquirido por el reportaje en las primeras décadas del siglo XX era ya un anuncio precursor de los procesos de narrativización¹² de las informaciones.

¹¹ Remito a un lector eventualmente interesado a mi libro *El Reportaje: un género estallado*, Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, 2004.

¹² El término es evidentemente un neologismo (o un barbarismo) homologado de Érik Neveu.

En efecto, estos nuevos relatos periodísticos utilizan las grandes categorías de la narración (narrador, acciones, personajes, estructura temporal, espacialidad). (Ya se hablará más adelante sobre la categoría de narrador en los discursos informativos). El asunto no es nuevo. Schuden, por ejemplo (Schuden, in Neveu, 2004 : 17), dice que “Pulitzer compra en 1883 el *New York World* donde va a promover lo que Schudson designa como el registro Story, la narrativización de la información. Se trata de valorizar una información local, práctica, la cobertura de los escándalos y de los acontecimientos sensacionales, y darle formalmente la velocidad y el poder de reconstrucción de lo real de un relato realista”. No es nuevo, desde luego, pero al mismo tiempo parece que es insoslayable: “El trabajo periodístico reposa fundamentalmente en dos operaciones consecutivas (Gans, 1980): la selección entre el flujo de los hechos de aquellos que van a ser constituidos en acontecimientos, y la puesta en forma narrativa, la formulación en “historias” de los acontecimientos seleccionados” (Érik Neveu, 2004 : 63). En cuanto a la integración de los personajes habría que decir que casi todas las informaciones pasan por la historia acontecida a determinados personajes; no a personas, que es una categoría de la vida social, sino a personajes, categoría de los discursos (y de la historia que cuentan). Neveu llama a esta característica de la información “periodismo etnográfico” y argumenta que podría ser circunscrito por cuatro marcas: “Se trata, en primer lugar, de un periodismo de reportaje. Se fija en la evocación de personas ‘ordinarias’: camionero en huelga, maestro confrontado a su primer curso, elector popular del Frente nacional. Utiliza voluntariamente procedimientos de citación, de técnicas de escenarización de trozos de vida. Por último, funciona invirtiendo los modos de cubrimiento ordinario de la actualidad yendo del punto de vista de los que toman las decisiones al de los efectos de sus decisiones” (Érik Neveu, 2004, 101-102). La separata de *The New York Times* que acompaña semanalmente al periódico *El Tiempo* trae en su edición del 10 de octubre de 2004 (ver Anexo 1) un buen ejemplo: el artículo titulado “Competencia de camboyanos discapacitados es un triunfo” se inicia así:

“Para Nhork Kimhor, el camino a Atenas empezó con un sonido que recuerda como ¡pum!”. Estaba parado en medio de un campo minado, pero con la estupefacción que a veces acompaña a una conmoción, pensó que alguien le disparaba. “Empecé a arrodillarme y pensé, ‘¿qué me pasó? ¡He perdido mi pierna!’”. Y luego pensó, “debería estar muerto”.

En lugar de ello, Nhork Kimhor, de 25 años, es uno de los corredores camboyanos que compitieron en las Paraolimpiadas que concluyeron en Atenas el 29 de septiembre, el equivalente de los Juegos Olímpicos para atletas discapacitados. Compitió en la carrera de 200 metros para atletas con amputaciones debajo de la rodilla; terminó en el último lugar de los seis en su eliminatoria. También compite en los 100 metros”.

El caso de este atleta sirve entonces para abordar el tema central insinuado en el título del artículo, no a través de un desarrollo en abstracto sino de una ocurrencia singular personalizada. Pues los personajes son entidades particulares alrededor de las cuales se cristalizan elementos de orden general: atrapan y condensan fragmentos de significación errantes en el espacio de lo social (en su pequeña escala, dicen mucho –tendencialmente todo–, son representativos de situaciones de orden genérico, disponen de una gran fuerza significativa) y son la personificación (la encarnación) de circunstancias que, de otra manera, quedarían flotando en la indefinición de lo abstracto. De cierta forma, los personajes contienen a dosis equilibradas un carácter simbólico (de una situación dada) y un rasgo concreto (en donde aterrizan en lo humano los asuntos simbolizados).

La evocación de las personas comprometidas en un acontecimiento, integrada a una estructura narrativa convierte a las personas en personajes, es decir, en agentes activos del relato. Su existencia es la del relato y no la de la realidad de donde provienen. Ahora bien, estos personajes aparecen como símbolos representativos de una situación determinada. Así, por ejemplo, el informe del incendio de unas casas de una barriada popular se narrará desde la perspectiva de una de las víctimas de la tragedia (dónde se encontraba, qué pérdidas tuvo, qué ayudas espera, etc.) y no desde el acontecimiento mismo. Lo acontecido a la persona pasa a ser una especie de síntesis y de símbolo del incendio, y éste se vuelve legible a través de lo ocurrido a la persona. El personaje consultado simboliza el incendio. Ahora bien, esta simbolización cumple simultáneamente con la función de personalizar la situación, de tal manera que, por una parte, se “humaniza” el hecho crudo y, por otra, la voz del personaje reduce la multiplicidad de las visiones y condensa en ella todas las voces posibles, al menos las que emanan, en este ejemplo hipotético, del campo de las víctimas. Otras voces, pertenecientes a otros estatus (por ejemplo, el de las autoridades), aparecerán a su turno representadas por otros personajes (bomberos, alcalde, etc.) con el fin de dar la impresión de presentar exhaustivamente

la diversidad de dimensiones que confluyen en el hecho referido. Esta personalización no podría ser, no obstante, tan singular como para que el personaje abandone su condición general pues es ésta la que permite la identificación de los lectores con él: su voz debe tender a ser como la voz de todos, la voz en la que cada cual (o al menos la más grande mayoría) se reconozca.

1.5. El rating, erigido en árbitro supremo de las orientaciones de los medios, aparece como la quintaesencia de la valoración que los consumidores se forman de ellos. En la lógica que los medios quieren implantar, es a éstos lo que el voto popular representa en las democracias representativas: mandatos inapelables, plebiscitos sagrados. *Vox populi*, se impone en las decisiones como verdad absoluta sin siquiera poner en duda la validez de las apreciaciones colectivas, sea por los mecanismos utilizados para llegar a los resultados, sea por la coherencia interna y la legitimidad de la apreciación. Bastaría que el dictamen fuera proferido por las mayorías para reconocer en él una especie de validez consubstancial. Esta manera de pensar desconoce que las apreciaciones, como el gusto, son objeto de formación, y que en consecuencia un público, pequeño o inmenso, puede ser formado para lo mejor o para lo peor. Nada otorga una autoridad intrínseca a las opiniones sólo porque emanen de las mayorías. Las mayorías entre los griegos excluían mayorías más grandes en número y sin embargo consideradas minorías sólo porque éstas no gozaban del estatuto de ciudadanos; hasta hace muy pocas décadas, las mayorías estatuían que las mujeres no tenían derecho al voto ciudadano; en la Segunda Guerra Mundial, las mayorías alemanas consagraron las infamias de las que millones de muertos dan testimonio; 84% de colombianos aprueban la violación del territorio de otro país, sin saber o sin importarles que de esa manera se violan acuerdos internacionales universalmente reconocidos¹³. Mayoría no es sinónimo de acierto. Claro, tampoco es sinónimo de error, pero la ambigüedad debería, por lo menos, hacernos reflexionar sobre la venerable sacralización del rating.

¹³ ¡Y en el momento de la redacción final del informe de la investigación (septiembre de 2008), ya se iba en el 91%!

Por lo demás, el concepto de mayoría debería ser revaluado, como lo sugiere la referencia hecha arriba a las mayorías en la organización política griega, y como igualmente puede desprenderse de la siguiente cita: “Gilles Deleuze (Gilles Deleuze, in Florence Aubenas y Benasayag, 1999:36) afirma que esos dos conceptos [mayoritario, minoritario] no tienen mucho que ver con los datos cuantitativos que parecen recubrir. Para él, mayoritario remite no al más numeroso sino al más dominante. La palabra ‘minoritario’ corresponde a modelos identificatorios supuestamente negativos o sometidos”. Deleuze sin duda suscribiría la consideración hecha a propósito de las mayorías en Grecia.

De la capacidad de incidencia en los contenidos informativos proveniente del rating participan igualmente los estudios de mercado, ellos también son revestidos de una fuerza irresistible: el fetiche de los análisis cuantitativos. En la medida en que los medios se erigen cada vez más en empresas comerciales autonomizadas de las fuerzas económicas, estos recursos, como el rating y el estudio de mercado, se vuelven piezas claves en el desarrollo de la estrategia económica. Los medios sacrifican entonces su condición de mediadores en la construcción de las democracias, que es su naturaleza fundadora, en el altar de los beneficios económicos, en cuyas ceremonias, donde abunda el incienso, se entonan los versículos del evangelio neoliberal.

1.6. Hay un grupo de calidades atribuidas a los medios que, repetidas sin cesar a lo largo de décadas y décadas y sin darse la pena de demostrarlas, han terminado por volverse verdades de mármol. ¿Para qué preguntarse por ellas si ya han sido sacralizadas, si tienen el valor indiscutible de la evidencia? Esas “mitologías profesionales” (cf. Érik Neveu, 2004), que se expresan en los términos “objetividad”, “imparcialidad”, “servicio”, “desinterés”, “transparencia” y otros afines, blindan a los discursos de la información contra toda impugnación de principio pues exigen del lector obediencia a una especie de pacto implícito: antes de la lectura, el lector reconoce (aunque no lo manifieste, aunque no sea consciente de ello) que la información es objetiva, imparcial, al servicio de la sociedad, desinteresada, transparente, etc., de tal forma que las eventuales discordias posteriores, tras producirse la lectura, son vistas más como diferencias en lo táctico que en lo estratégico, en lo anecdótico que en lo esencial. En efecto, según esta lógica, se puede diferir en el análisis de un acontecimiento

determinado, pero no debe caber ninguna duda en cuanto al loable interés supremo que anima al medio: objetivo, imparcial, etc. Estas mitologías profesionales impiden que el medio sea juzgado en lo estructural, sacralizan el valor de las publicaciones, elevan a los periodistas a la categoría de intocables, y encauzan las diferencias hacia lo inocuo. Gracias a estas mitologías, los medios se ubican en apariencia más allá de las mundanas diferencias grupales y partidistas puesto que aquello que los anima es, de alguna manera, suprasocial. Parafraseando la ya conocida exclamación “La patria por encima de los partidos”, podría decirse que también los medios se consideran por encima de los partidos y de los intereses particulares.

CAPÍTULO 2

AZIMUTALIDAD

2.1. En el terreno delicuescente de las posibilidades abstractas, la lectura de cualquier texto¹⁴ es un acto que desencadena infinitas líneas de sentido e infinitas líneas relacionales en todas las direcciones. Al proceder al ejercicio de la lectura, un lector se encuentra en el centro del universo, lugar de convergencia y de partida de los encadenamientos de sentido que el texto, en contacto con él, procura. El lector es un sol.

Al leer, nadie escapa a su herencia cultural, por más que ignore su condición de heredero. De alguna forma íntima, secreta y oscura, todo lector actualiza, aunque sea en mínima parte, a todos los seres humanos que le han precedido; Borges suscribiría, sin problemas, la idea de que todos somos Platón, Jesús, Judas. La lengua española es el latín y el griego. En cada uno de nosotros coincide la humanidad entera. El muy joven personaje de la novela *Adán Buenosayres*, del escritor argentino Leopoldo Marechal (Leopoldo Marechal, 1970), que a un indignado interlocutor otoñal responde, al ser inquirido por su edad, que tiene cuatro mil quinientos años ya que por su sangre corren las voces de los grandes patriarcas bíblicos

¹⁴ Asumo el término “texto” en el sentido estructuralista: punto de encuentro de múltiples determinaciones, sin importar la naturaleza de sus signos constitutivos. De acuerdo con este concepto, “texto” es *El Pentateuco*; pero también “texto” es el corte *cherokee* de un *punk*. O una extravagante combinación de ambos.

(Abraham, Elías, etc.), ese personaje, ese joven personaje tiene razón: su vida es la confluencia de sus antepasados, que son todos.

Esta remisión estallada en todas las direcciones no es de ninguna manera tranquila –hay un evidente salvajismo en sus leyes– ni plenamente racional –algo comparte de los mecanismos del sueño, de la locura–. Ningún lector está en condiciones de conocerlas, no sólo por su infinitud, que vuelve utópica toda pretensión de abarcamiento total, sino también por el carácter inconsciente que inevitablemente caracteriza a muchas de ellas. Toda lectura deja siempre grandes zonas incógnitas y territorios intocados, de cuya existencia, inclusive, nadie sospecha. Pero esta imposibilidad no podría constituirse en la coartada que legitime la circunscripción de esas líneas a las que se ofrecen de manera inmediata y referencial al lector pues, de proceder así, se reduciría el texto hasta su sequedad significativa y, por contragolpe fatal, se renunciaría a la densa riqueza de sentido que anida en él.

Pero no todas las lecturas ni todos los lectores son iguales: un lector no es el mismo si lee *Tito Andrónico*, de William Shakespeare, o si ve una representación teatral de la misma obra, ya no sólo por el argumento borgiano ya evocado según el cual “un perro visto de frente a las tres y catorce no es el mismo perro visto de perfil a las tres y quince” (argumento que podría homologarse a la idea de que todo lector es distinto a los demás pero también a sí mismo, no sólo porque él va dejando de ser el mismo en la medida en que su vida está inscrita en la duración y no en la permanencia sino también porque cada situación de lectura lo fuerza a ser diferente) sino porque la naturaleza escrita de la obra exige una manera de leer radicalmente distinta a la manera de leer su representación escénica. Ver *Tito Andrónico* en una sala de teatro no equivale a verla en el cine puesto que la cámara es el ojo del director de la película y nos impone por lo tanto su perspectiva, mientras que la experiencia visual en la sala de teatro es la propia de cada espectador y es, en consecuencia, su perspectiva personal. En el cine todo el mundo ve la misma película, aunque cada cual la lee diferentemente. En una sala de teatro nadie ve la misma obra; cada uno ve la suya, como según lo hemos citado ya, ha dicho Paul Virilio. El principio de acuerdo con el cual el objeto consumido determina la forma de su consumo (por ejemplo, no se consume el tiempo como se consume un par de zapatos; no se consume una película igual a como se consume un plato de sopa; no se consume una revista semanal de la misma forma

que se consume un noticiero radial) encuentra aquí, en la comparación de los productos shakesperianos, una elocuente ilustración¹⁵.

Cualquiera que sea la lectura de las infinitas posibilidades de objetos de lectura que anegan e invaden el espacio social, las líneas de sentido explotan literalmente en todas las direcciones. Esta “explosión en todas las direcciones” corresponde a la idea de azimutalidad, oriunda de la Física. Algunos hechos empíricos quizás faciliten su entendimiento: mientras un rayo láser avanza recto y delgadísimo hasta un punto único, la luz de una linterna, en cambio, difusa, ilumina una zona amplia, en tanto que la luz de un faro, más o menos parecida a la de la linterna aunque de mayor magnitud, clarea con su haz giratorio las grandes espesuras de las noches marinas. En todos estos casos, la luz apunta a y descubre zonas restringidas. En cambio, el brillo de una estrella, que es una fuente de luz en el espacio, no lanza sus rayos sólo hacia nosotros sino hacia todas las direcciones: el hipotético habitante de un mundo simétrico al nuestro, situado al otro lado de la estrella, también observa quizás perplejo e interrogativo, como nosotros, esa misma luz, y es bañado por ella. La lectura azimutal es, al menos en potencia, como la luz de esa estrella y no como la del láser, la de la linterna o la del faro: proyecta sus haces de sentido en todas las direcciones, y esos haces establecen vínculos relacionales entre sí para diseñar una escalofriante y vertiginosa red de puntos de contacto infinitos.

“El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en el medio, cercado por barandas bajísimas. Desde cualquier hexágono, se ven los pisos inferiores y superiores: interminablemente. La distribución de las galerías es invariable. Veinte anaqueles, a cinco largos anaqueles por lado, cubren todos los lados menos dos; su altura, que es la de los pisos, excede apenas la de un bibliotecario normal. Una de las caras libres da a un angosto zaguán, que desemboca en otra galería,

15 Me refiero al concepto de leer originado en la semiología: la codificación de los objetos obliga, para su desentrañamiento, a un trabajo de lectura, cualesquiera que ellos sean: claro, un texto escrito, pero también una sonata, un cuadro, un vestido, los protocolos alimenticios, el ejercicio del poder, la forma de marchar, la distribución de las personas en los espacios, los ritos funerarios... La codificación no se limita a lo verbal; los productos son infinitos. Barthes y Eco han hablado muy profusamente de este tema.

idéntica a la primera y a todas. A izquierda y a derecha del zaguán hay dos gabinetes minúsculos. Uno permite dormir de pie; otro, satisfacer las necesidades fecales. Por ahí pasa la escalera espiral, que se abisma y se eleva hacia lo remoto. En el zaguán hay un espejo, que fielmente duplica las apariencias¹⁶.”

En la película *Una mente brillante* (dirigida por Ron Howard), el personaje central (Russel Crone en el papel de John Nash) establece concatenaciones entre elementos de diversos recortes de revistas y de periódicos, en apariencia sin vínculo alguno, para restablecer códigos cuya lógica se encuentra sepultada bajo el (aparente) desorden palimpséstico. Las asociaciones se desplazan en todas las direcciones bajo el gobierno de una mente brillante.

He ahí —en el cuento de Borges y en la película de Howard— otros dos ejemplos de azimutalidad.

Todo lo anterior ocurre, como ha sido indicado antes, en el terreno abstracto de lo posible. En la realidad, otra cosa sucede: la azimutalidad posible de las lecturas tiende a ser recortada en provecho de lecturas cerradas y unidireccionales; la infinitud de los sentidos potenciales busca ser reducida hasta la univocidad inequívoca de las interpretaciones. El lector, así, deja de ser ese centro del universo en el que convergían todas las líneas posibles de lectura para convertirse en el punto de llegada de una solitaria y anémica posibilidad significativa. Pues lo que acontece es que en la sociedad se libra una sorda batalla por el primado de las representaciones en la que los medios cumplen un papel de disciplinados soldados de primera línea: a su cargo está la selección y la lectura de los acontecimientos sociales y, por ende, la definición temática de interés colectivo y la búsqueda de una unanimidad interpretativa que asegure la cohesión de los individuos, inclusive (y sobre todo: hay algo allí paradójico) si esa lectura va en contra de los intereses de la mayoría de éstos. Los rivales a quienes esta batalla opone no se encuentran en igualdad de condiciones: los desequilibrios económicos y políticos que imperan en la sociedad se traducen en una desigual relación de fuerzas en el campo de lo ideológico, por lo que la primacía interpretativa seguirá estando de lado de quienes detentan el control político y económico, salvo inesperados y radicalmente

¹⁶ Borges, Jorge Luis. “La biblioteca de Babel” en *Ficciones*. Alianza, Madrid, 1979. p. 89.

transformadores choques de capas tectónicas en las profundidades de la sociedad –que suelen ocurrir de tanto en tanto: si no, estaríamos todavía en el feudalismo–. Y al poder sólo le interesa el control total. Quizás lo diga mejor Estanislao Zuleta (Estanislao Zuleta (a), 1994 : 64): “El poder pretende que su palabra produzca el famoso consenso social con el cual si bien no todos los problemas quedarían resueltos, al menos –y esto es lo más importante– serían interpretados de la misma manera, y si algún aguafiestas viene a dañar esta alegre comunión del sentido y dice terca-mente como Galileo ‘eppur si muove’ debe saber que queda condenado a mentir sobre su propio pensamiento, al silencio y a la soledad”. El arte, que se revalida siempre por su función prospectiva, ya lo había avanzado a través de la novela *1984*, de George Orwell: “El que controla el pasado –decía el eslogan del Partido–, controla también el futuro. El que controla el presente, controla el pasado ¹⁷”. Y en otro lugar de la misma novela: “Además contribuía el hecho de tener pocas palabras dónde escoger. En relación con el nuestro, el vocabulario de la neolengua¹⁸ era mínimo, y continuamente inventaban nuevos modos de reducirlo. Desde luego, la neolengua difería de la mayoría de otros lenguajes en que su vocabulario se empequeñecía en vez de agrandarse. Cada reducción era una ganancia, ya que cuanto menor era el área para escoger, más pequeña era la tentación de pensar ¹⁹”.

En el fondo es eso: la reducción de la multiplicidad de sentidos a la univocidad significativa vuelve más pequeña esa “tentación de pensar” mencionada por George Orwell, operación que una revista informativa efectúa al trazar ella misma los criterios restrictivos de lectura. Dicho de otra manera, la misma publicación crea condiciones restrictivas para que la asombrosa multiplicidad azimutal termine siendo un vestigio unívoco de sentido, sin que el lector, inerme, pueda romper los diques que le son impuestos para dirigirle su lectura y quede entonces sometido a la limitación deliberada de unos sentidos empobrecidos. No obstante, hay que admitir que (es lo que hace complejo el problema), dada la naturaleza

¹⁷ Orwell, George, 2006 : 43.

¹⁸ En la novela de Orwell, la neolengua es la lengua nueva implantada en Oceanía con el fin de asegurar el dominio del “Partido” y el poder absoluto en manos de “El Gran Hermano”.

¹⁹ George Orwell, 2006 : 324.

polisémica del lenguaje y la imposibilidad de ejercer un dominio monolítico sobre los sentidos probables, el lenguaje presiona en contra de la orientación vertical de la lectura y abre válvulas laterales de sentido en su intento por no perder su condición azimutal, de tal forma que los sentidos deseados en producción no son siempre los mismos sentidos producidos en el consumo: hay siempre una dimensión perversa y resbaladiza en el lenguaje que le permite escapar a todo intento de control total (cf. Umberto Eco, 1985). Por lo demás, como lo asegura Estanislao Zuleta (Estanislao Zuleta, 1994b : 194), “...toda lectura ‘objetiva’, ‘neutral o inocente es en realidad una interpretación, que conlleva de por sí una dislocación de las relaciones internas de un texto, resultado de la traducción del significado de sus términos a la interpretación previa de una ideología dominante”.

La imposición de esas condiciones restrictivas pasa ante todo por la voluntad desde la producción de borrar las marcas de la subjetividad de los discursos informativos realzando (como mampara, como distracción) los signos que el lector identifica socialmente como propios de la objetividad: fotografías, citas directas, referentes de la realidad conocida, material infográfico. Sin embargo, los textos mismos portan en su superficie otras huellas que desdican su pretendida objetividad y que, al contrario, ponen de presente las intervenciones de la subjetividad en su construcción: se trata de operaciones discursivas que marcan el texto de sentidos deseados²⁰.

Los esfuerzos discursivos por reducir hasta la univocidad la multiplicidad de las visiones que los seres sociales que somos podemos tener sobre los acontecimientos no puede sino contradecir el carácter mismo de ser social. Nuestra condición social se ejerce y se justifica en la medida en que aparecen sobre un mismo plano o en un mismo espacio, bajo la forma del intercambio de lenguaje, cualquiera que sea su forma, las ideas, los acuerdos y las contradicciones, los sueños y las diferencias, el debate y la polémica. El intento por reducir esta diversidad de sentidos a una especie de unanimismo del cual habría sido expulsada la contradicción (como quien expulsa de un paraíso a indeseables ángeles del mal) es o una utopía o un gesto totalitario. Utopía porque la contradicción es consustancial al hombre, y sólo un proyecto utópico podría soñar con desterrarla; gesto totalitario porque es claro que un intento así sólo se edifica aborreciendo la diferencia.

²⁰ “Segunda estrategia” (p.78)

Por más que parezca una reflexión extrema, es, sin embargo, hacia donde conduce el pensamiento y la obra de los medios actuales: hacia la (imposible) eliminación de las contradicciones. Podría decirse que esta eliminación equivaldría a la anulación de lo humano. Como lo afirma Lamoure (Christophe Lamoure, 2006 : 32) refiriéndose a la televisión (apreciación que podría hacerse extensiva a otros medios), “no hay sino una fuente de emisión del discurso, lo que hace imposible toda confrontación verdadera. Sólo se escucha una voz, la de los que ‘hacen’ la televisión, de tal forma que, en el orden político, como lo subrayaba con gusto Guy Debord, los mismos que toman las decisiones vienen luego a comentarlas al aire”. La imposibilidad de discutir que supone este vaciado de la confrontación priva de perfil a los acontecimientos al volverlos planos: su naturaleza poliédrica es desconocida y sólo una lectura trata de ser impuesta.

2.2. Como seres pertenecientes a la cultura occidental, estamos formados para leer horizontal, lineal, continuamente. Avanzamos en nuestras lecturas con una naturalidad tal de izquierda a derecha y de arriba abajo que tendemos a olvidar que esa forma de leer ha sido históricamente adquirida (cf. Anthony Sampson, 1997²¹). Somos escritores y lectores históricamente determinados. Como lo dice Roger Chartier (Roger Chartier, 1995 : 107-108), “Varias hipótesis pueden guiar el trabajo de investigación. La primera se basa en la operación de construcción de sentido realizada en la lectura como un proceso histórico determinado, cuyas modalidades y modelos varían según el tiempo, los lugares, los grupos. La segunda, considera que las significaciones de un texto dependen de las formas a través de las cuales es recibido y apropiado por sus lectores (o auditores). Estos, de hecho, no se enfrentan jamás con textos abstractos, ideas separadas de toda materialidad; manejan o reciben formas cuyas organizaciones gobiernan su lectura (o su escucha), es decir, su posible comprensión del texto leído (o escuchado). Contra una definición puramente semántica del texto (compartida incluso por las teorías literarias más preocupadas por reconstruir la recepción de las obras), hay que sostener que las formas producen sentido y que un texto adquiere el significado y el estatuto de inédito

²¹ Anthony Sampson hace, aparte de un análisis lúcido sobre el concepto de lectura a partir de Agustín, un interesante recuento histórico sobre la aparición de los signos de puntuación, que, como se deduce, no siempre han existido.

en el momento en que cambian los dispositivos del objeto tipográfico que lo propone a la lectura”²². Bastaría con comprobar que otras culturas (árabe, china, japonesa) leen en otros sentidos para validar lo dicho. Otras, como la inca, carecían de escritura alfabética, pero no por ello carecían de una escritura verdadera cuyos signos eran las formas y los colores²³. A finales del siglo XV, con el advenimiento de la imprenta, nuestros ojos lectores entraron en un proceso de occidentalización de la mirada que no ha hecho sino afianzarse desde entonces. Somos occidentales y no chinos, por ejemplo, entre otras cosas por nuestra forma de leer. La industrialización de los materiales impresos dio lugar a su propagación ilimitada, nunca antes conocida por las sociedades, y sus efectos en el acostumbamiento a ese proceder lector no ha hecho sino consolidarse hasta ahora (aunque, es bueno mencionarlo, la irrupción en el paisaje cultural de las nuevas tecnologías ha comenzado a agrietar esta tendencia).

Este afianzamiento no ha ocurrido sin resistencias tenaces, unas provenientes de dominios no verbales y otras del mismo campo letrado. Así, por ejemplo, en lo relativo al primer caso, el cubismo y el abstraccionismo en pintura obligan a una mirada que no se guía por la continuidad: ver en un mismo plano, como se hace al contemplar algunas obras cubistas de Pablo Picasso, caras de un mismo objeto que en la realidad están en planos distintos (rostros de perfil y ojos de frente); ver elementos fragmentados sobre el mismo plano de la tela sin que entre ellos haya ningún vínculo lineal (Joan Miró, Jackson Pollock), son experiencias sensoriales que rompen con los hábitos modelados por la lectura de lo verbal impreso. Con relación a los asaltos provenientes del mismo campo de la escritura, la poesía surrealista, de una parte, guiada por la libre asociación y el imperio absoluto del inconsciente, los caligramas de Stéphane Mallarmé y, más recientemente, los poemas de Lawrence Ferlinghetti, y las novelas *Ulises* y *Finnegans Wake* de James Joyce, de otra, constitutivas todas de nuevas

²² La insistencia de Chartier en los aspectos orales se explica por su interés fuerte en el estudio de las relaciones entre lo oral y lo escrito (Para el desarrollo de estas ideas de Roger Chartier, ver sobre todo el capítulo 5 del libro referenciado, del cual se ha tomado el párrafo citado).

²³ Parece que este es un hecho más extendido de lo que se presume. Havelock, por ejemplo, dice que (Eric Havelock, 1995 : 25) “Estas palabras (oralidad y oralismo) caracterizan a sociedades enteras que se han basado en la comunicación oral sin utilizar la escritura”. Llama la atención el plural “sociedades”.

concepciones de la escritura, quiebran radicalmente los principios de la lectura horizontal y continua. Para sobrevivir socialmente, el ojo lector tiene que habituarse a estas violentas dislocaciones de la mirada lineal. Las escrituras hipertextuales, intensamente desarrolladas gracias a la implantación de las nuevas tecnologías, socavan los principios de la continuidad y requieren un lector de ojos fragmentados y ubicuos. Si nunca nada es como antes, hay que decir que, en el campo de la escritura y de la lectura, ese desfase entre el pasado y el presente es extremadamente radical. Si por hipótesis descabellada trajéramos un lector del siglo XVI a nuestros días, es casi seguro que ese pobre desgraciado sería incapaz de leer la inmensa mayoría de los textos que, no obstante, un lector moderno consumiría sin dificultad. Nuestros ojos ya han dejado de ser lo que fueron. La lectura de una pantalla, por ejemplo, acto más anodino y cotidiano que éste imposible en nuestros días, exige una mirada educada por fuera de lo verbal: debe haber en ella una educación panóptica pues todo debe ser visto en el mismo momento: leemos conjuntos de fragmentos y los asociamos todos en un solo acto. La linealidad ya no nos sirve.

Si la linealidad ya no nos sirve para leer una pantalla, tampoco nos sirve para leer los llamados “semanarios informativos”. Todo elemento suyo, de los muchos que los configuran, se concatena con todos los otros elementos de la misma publicación, por más separados que se encuentren en los espacios de sus páginas, por más distintos que sean los temas abordados, por más que entre ellos haya una (entonces aparente) disociación. Sin embargo, este carácter azimutal de la estructura de la revista tiende a ser mitigado o anulado para evitar la diversificación infinita de los sentidos. A través de varios mecanismos y procedimientos discursivos, se busca desde la producción anular la azimutalidad de la lectura en provecho de un método vertical que, obstruidas las ramificaciones y las pasarelas laterales, conduzcan a la univocidad del sentido. Esos procedimientos son las operaciones discursivas. Si tomáramos, por ejemplo, el caso de la información que se destaca en la carátula, intuimos que entre ella y las que no aparecen allí, sin mencionar las que simplemente no aparecen en ninguna parte, ha habido una especie de lucha, saldada finalmente con el triunfo suyo y la derrota de las que entonces no merecen más que una existencia modesta en páginas interiores o, peor, su silenciamiento mortal. Pero la coexistencia en la misma revista de todas las informaciones publicadas, en carátula y en interiores (y la coexistencia de las publicadas con el silencio

de las calladas), es un indicativo de jerarquías a las que el lector no puede substraerse. La lectura de esta información de carátula se encuentra influida por las otras informaciones, aunque, por supuesto, no sean leídas simultáneamente. Pero además, al avanzar en su lectura, al lector se le trata de impedir comprometerse por los múltiples caminos en que el texto se divide azimutalmente y se concentra (es obligado a concentrarse) en otro que corre verticalmente según una trayectoria que va de la carátula al sumario, del sumario a la sección, de la sección a la subclase, de la subclase al artículo. Cada artículo se convierte de ese modo en una celda independiente de las otras, negando así la verdadera naturaleza de cuerpo unitario de la revista en la que todos los elementos resuenan entre sí²⁴.

En desarrollo de la anterior idea, no hay que olvidar tampoco que el trazado de un marco de visibilidad es condición física para la “objetivización consciente”, tal como lo dice Paul Virilio (Paul Virilio, 1996a:91): “Cada cual lo sabe bien, percibimos claramente delante de nosotros porque no percibimos al mismo tiempo detrás de nosotros... Igualmente, observamos lo próximo y lo lejano porque no percibimos además el interior y el exterior de las cosas. El marco, el límite de la visibilidad es pues la condición de posibilidad de la objetivización consciente”.

Es socialmente conveniente aprender a descifrar estos modos de escritura y sus correspondientes modos de lectura, puesto que en esta comprensión se juega buena parte de nuestra condición de seres sociales. No existe convivencia social por fuera del lenguaje, y los contactos entre individuos pertenecientes a una misma sociedad pasan en muy buena parte por el discurso de las informaciones. Entender que casi nada de lo que leemos hoy en día es igual a lo que por siglos habíamos venido leyendo es entender cuánto ha cambiado la sociedad en que vivimos y cuánto hemos cambiado como seres sociales²⁵.

2.3. Si bien la azimutalidad es una posibilidad siempre presente antes de que la escritura se produzca (todos los caminos le son transitables de antemano), la realización de ésta, en cambio, al materializar una de las tantas vías posibles, desecha en el acto la azimutalidad al de-

²⁴ El desarrollo de las ideas contenidas en este párrafo se encuentra fundamentalmente en el capítulo 3 de este trabajo.

²⁵ Dicho sea al pasar, semejante desafío, para nada exagerado no obstante lo complejo, es una razón suficiente para justificar el emprendimiento de este trabajo.

cidirse por una de sus formas en potencia: se elige una opción entre un universo infinito. Se diría que el autor actúa siguiendo una serie de reglas restrictivas que las normas explícitas o tácitas del oficio le dictan (hay siempre unos códigos de “bien escribir” declarados, y otros, jamás confesados, como la censura, que vigilan, silenciosos, invisibles y amenazantes, por encima del hombro la mano que escribe) a las que se unen no sólo todas aquellas que emanan de su misma percepción ideológica de los asuntos que trata sino también las asociaciones que nacen, confusas e indescriptibles (a no ser que su discurso sea objeto de un psicoanálisis), en su inconsciente, de tal forma que el resultado de su trabajo es una escritura signada por una intención de persuasión cerrada sobre la cual, no obstante, su progenitor no ejerce un control absoluto, y, en todo caso, situada en el polo opuesto del abismo vertiginoso de infinitos que se abrían antes de ejecutar el acto de escribir.

Las reglas, tal es su naturaleza, son restrictivas, sólo que en el caso presente esa limitación actúa doblemente: de una parte, circunscribe el universo de referencia al aislar un hecho determinado, y, de otra, obra sobre el sentido al intentar ofrecer una interpretación unívoca de los hechos que trata.

Ahora bien, si el texto es sometido desde la escritura a operaciones de restricción de sentido (que, como lo hemos dicho, desdican la azimutalidad en tanto la escritura no tiene posibilidad distinta a elegir una de las opciones infinitas), desde la lectura, en cambio, el lector no puede sino tender hacia la azimutalidad, siguiendo entonces un recorrido en sentido contrario al del autor. Si el autor cierra (las infinitas posibilidades que se le ofrecen al elegir una entre ellas), el lector abre (la lectura de esa escritura a las infinitas posibilidades a las que puede optar). En efecto, en una primera instancia, el texto ejerce sobre el lector una voluntad impositiva y violenta de ser entendido como si fuera portador de un sentido unívoco; pero apenas iniciado el contacto entre ambos, el texto estalla entre las manos del lector. Es una verdadera explosión de sentidos, puesto que interviene de inmediato la carga ideológica, cognitiva y emocional del lector, que transforma lo que tiene entre sus manos, y entre ellos se instala una relación perpetuamente móvil, nunca fija, de tal manera que aquello que le es ofrecido con la esperanza callada de conllevar una visión específica e inmodificable de los acontecimientos se torna díscolo, inatrapable, huidizo. Tal es la condición de la lectura, cualquiera que sea el lector, cualquiera que sea el texto, salvo,

por supuesto, cuando se trata de realizar un ejercicio doctrinario: en este último caso, los textos significan lo que significan y no podrían significar nada distinto, con un sentido tallado en mármol, predeterminado desde siempre y para la posteridad y la gloria eterna.

Son caminos inversos: mientras el autor reduce el sentido del mundo, el lector lo multiplica; mientras el autor lucha contra la presión de la azimutalidad, el lector no puede sino buscarla. Hay algo paradójico en esa situación: los estudiosos de las relaciones entre lectura y escritura (que cubren, estos últimos, como es lógico, las relaciones entre escritor y lector), generalmente parten del supuesto de una pretendida complementariedad entre autor y lector de la que se eliminarían las jerarquías, un poco a la manera de la filosofía zen que concibe, por ejemplo, el bien y el mal no como contrarios sino como complementarios, no como dos entidades que se anulan sino que se enriquecen al entrar en relación. Aquí, escritura y lectura serían pretendidamente las dos caras de una misma entidad, igual que escritor y lector conformarían una unidad, un yin y un yan mutuamente necesarios. Sin embargo, aunque el uno no puede existir sin el otro, los intereses que le dan sentido e identidad a cada uno se movilizan en direcciones opuestas, imantadas, según el caso, por la huída de o el acercamiento a la azimutalidad. He aquí una imagen cruel, ilustrativa: dos hermanos siameses que quieren ir por rumbos antagónicos.

Lo dicho anteriormente no podría confundirse con las restricciones de orden material que impone la lectura de un texto (entendiéndose por esta categoría no lo exclusivamente verbal sino también todo tipo de materia significativa; texto sería entonces una información, sí, pero igualmente una película, un vestido, el cuerpo, una escultura, los modales del comer, la forma de peinarse el cabello, los dibujos del esmalte de las uñas, etc.), en los que la naturaleza del objeto consumido determina los instrumentos de su consumo, como ya ha sido indicado aquí: no se lee con los mismos instrumentos una novela que un documental televisivo, una pintura que una obra musical, un noticiero de televisión que un informe periodístico, etc. Aunque para cada caso los instrumentos del consumo deben ajustarse a la materialidad de lo consumido, el consumidor, sin embargo, no puede impedirse el alejamiento de las intenciones unívocas del autor ni la fascinación de los abismos infinitos de las múltiples significaciones.

2.4. El hipertexto es una forma compleja de la azimutalidad. Relacionada de forma casi automática con las posibilidades de desplazamiento

permitidas por las nuevas tecnologías, la noción de hipertexto no es, sin embargo, reciente: se encuentra enraizada profundamente en las prácticas de pensamiento de los seres humanos, casi sin que importe la época en que se les ubique. Cambian, por supuesto, los elementos que son puestos en relación por la hipertextualidad pues dependen de la época en que ella se sitúe. Y también se requiere pensar el concepto de texto de acuerdo con nociones modernas, que lo conciban más allá de los objetos letrados. Pero la actitud hipertextual, por así llamarla, siempre ha existido. Para dar referencias bien simples, bastaría pensar que la consulta a un libro es ya una práctica hipertextual en la medida en que ella responde a una voluntad de desplazamiento de orden superior si se le compara con la actividad que le da origen; igualmente lo es, digamos, la consulta a un diccionario. Lo que le ha dado a esta noción un lugar de primer orden en las prácticas actuales es la capacidad portentosa de las nuevas tecnologías para desplegar esa hipertextualidad por documentos en número casi incuantificable, de cualquier valor de volumen y a velocidades vertiginosas, casi instantáneas. Se ha vuelto una posibilidad al alcance de los seres humanos, casi sin que importe el lugar que éstos ocupen en las sociedades, acceder a volúmenes inconcebibles de informaciones, a oceánicos bancos de datos, a vastas enciclopedias que superan de lejos los mundos creados por la imaginación del hombre. Wikipedias y otras enciclopedias son apenas el anuncio de días de vértigo mayores. Jorge Luis Borges, que soñó una vasta enciclopedia de infinitos corredores y anaqueles en todos los sentidos (*La Biblioteca de Babel*, una biblioteca azimutal, ya mencionada en este informe), pero que atenuó el vértigo afirmando que era cíclica, habría encontrado motivos de mayor incitación intelectual y reto creativo de no haber fallecido antes de que internet le sugiriera quién sabe qué otras formas de la infinitud del sueño²⁶.

²⁶ En su edición digital del 7 de mayo de 2008, el periódico Le Monde presenta un artículo (“Orange lance un “e-paper” avec “Le Monde”) en el que se reseña el adelanto de un proyecto entre las empresas Orange y Le Monde: “Frente a la mutación del universo de los medios, operadores de telefonía y editores reflexionan en el lanzamiento de periódicos electrónicos (e-paper). Orange ensaya desde el 20 de abril un kiosko de periódicos móvil, llamado “Read & Go”. El permite acceder a varios medios (...). El contenido debería renovarse cada hora gracias a la red móvil (3g) o a la red inalámbrica (WiFi). Este libro electrónico (e-book), de una capacidad de almacenamiento de 1 Go, es decir 200 periódicos, permite también leer una treintena de libros en la pantalla”. ¿Qué podría haber pensado Jorge Luis Borges de esto, sino que se trataba de un delirio?

2.5. La inexorable precipitación de las revistas y de los periódicos (tradicionales de papel) hacia los territorios impalpables del mundo digital, permite sugerir que tras la irrupción de esos nuevos soportes hay, antes, formas de escritura nuevas y, después, maneras de lectura distintas, con lo que estaríamos no sólo frente a la evidencia de nuevas formas de producción y de consumo de las informaciones, sino también –y es quizás la dimensión que hace el fenómeno de mucho más interés– frente a nuevas sensibilidades que intentan descifrar la realidad social. Históricamente, la aparición de nuevas formas de expresión humana ha sido consecuencia de una relación dialéctica (interdeterminada, ínter y retroalimentada simultáneamente: en doble vía, entonces) entre ellas y las sensibilidades sociales. Si, por ejemplo, el cubismo en pintura se convierte en una nueva forma de expresión de los hombres, sin duda en buena parte se debe a que las nuevas sensibilidades sociales no lograban encontrar su expresión en las formas que le habían precedido. Hoy en día, inclusive si un pintor no es evidentemente cubista, su pintura, aunque no sea manifiesto, estará marcada por el fuego de hierro de ese movimiento: se ha integrado ya a las maneras de sentir corrientes, inclusive si ese mismo pintor ignora su participación en los dones de esa herencia. Ocurre lo mismo con el lenguaje: hoy nadie habla español como Alonso Quijano, por supuesto, aunque es indiscutible que, aunque no nos demos cuenta, en todos los que hablamos esa lengua hay algo, lejano y borroso pero muy vivo y ardiente, de la lengua de aquel fabuloso loco manchego. De alguna manera, a través de la lengua, todos somos Alonso Quijano. Pero al mismo tiempo ya no podremos ser jamás como él: nuestras sensibilidades nunca podrían ser como la suya. Tal es, dicho sea de paso, el aspecto más elocuente del cuento de Jorge Luis Borges “Pierre Ménard, autor de El Quijote”, en el que un hombre, Pierre Ménard, quiere escribir “El Quijote”, pero no aquél que comienza “En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...”, sino ese otro que comienza así: “En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...”. Es una manera de decir que dos textos, aunque morfológicamente iguales, no significan lo mismo puesto que el uno fue escrito a comienzos del siglo dieciséis y el otro a mediados

del siglo veinte: al variar las condiciones de su producción o de su consumo, su sentido no puede seguir siendo el mismo²⁷.

Los cambios en la escritura ligados a la evolución de la lengua no sólo se producen después de largos períodos. En el campo periodístico, por ejemplo (y en radios temporales más cortos), ha habido, según Neveu, una evolución de la escritura. Apoyándose en otros autores, afirma que “se ha podido evidenciar en los periódicos americanos un declive del ‘reportaje centrado en el acontecimiento’ en provecho de una dimensión interpretativa: relatos más o menos numerosos, descripción creciente de los personajes por categorizaciones (nacionalidad, profesión) y no por razas, esfuerzo de contextualización que moviliza un número creciente de especializaciones periodísticas y reubica el acontecimiento en un contexto espacial y temporal más amplio” (Érik Neveu, 2004 : 76).

Es muy probable que las dimensiones claves de la nueva sensibilidad social que encuentra su expresión en los medios digitales sean la velocidad, ligada a la instantaneidad, y la ubicuidad, ligada a la simultaneidad. Según Paul Virilio (cf. Paul Virilio, 1977,1995,1996)²⁸, históricamente el control de las sociedades ha estado en manos de quienes han dominado la velocidad. Si ese dominio era inicialmente el de la velocidad de los transportes, hoy en día es el de la velocidad de la información. Las sociedades incapaces de dominar la velocidad de la luz, que es el alcance –y el tope– de la velocidad de la información, están condenadas a estar al servicio de las sociedades que sí la controlen. La transmisión de las informaciones –siempre según Virilio– es en la actualidad la nueva mercancía, de mucho más valor (de uso y de cambio) que las mercancías tradicionales. Podría

²⁷ En un artículo aparecido en el periódico *El Espectador* (15 de agosto de 2008), titulado “¿Quién era Carlos Barral?”, el escritor Juan Gabriel Vásquez cita la siguiente historia a propósito de Barral: “...a finales del franquismo, después de ciertas actividades subversivas, Barral pasó varias horas en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, y se negó a firmar su propia declaración porque el inspector que se la había tomado había modificado las palabras. “¿Pero no ha dicho usted esto?”, preguntó el inspector. “No”, dijo Barral, “lo que yo he dicho es esto”, y repitió su frase. “Es exactamente lo mismo”, le dijo el inspector, y Barral contestó: “Sí, pero no tiene el mismo ritmo”.

²⁸ Una muy buena síntesis del pensamiento de Paul Virilio se puede encontrar en “De la guerra eventual a la Cité probable” y en “Entrevista”, ambos incluidos en *L'écran du desert*, y en el libro “*Cybermonde, la politique du pire*” (que es realmente una entrevista hecha a este autor). Ver las referencias en la bibliografía.

compararse la capacidad de incidencia de dos sociedades, una dedicada a la explotación de mercancías tradicionales (por ejemplo, productos minerales o agrícolas, o, en extremo, adornos corporales como manillas de cuero y collares de hojalata) versus otra dedicada a la explotación de software y de hardware, para entender la dimensión de los cambios sociales advenidos con el control de la velocidad. Un indicio fuerte: las grandes fortunas planetarias se construyen hoy en día sobre la base de la explotación de todas las mercancías al servicio del proyecto de la transmisión de la información. En cuanto a la ubicuidad, según Virilio, ligada muy directamente al alcance de la velocidad de la luz, la capacidad tecnológica actual permite estar en cualquier lugar del mundo simultáneamente. Ese estar es, por supuesto, de un nuevo orden; no se trata de una presencia física sino de una presencia virtual, gracias a la cual nuestros sentidos están conectados ya (por el control de la velocidad absoluta) a cualquier acontecimiento (por la naturaleza ubicua de nuestros sentidos conectados).

Cada vez con mayor fuerza, la sociedad opera con instrumentos pertenecientes a las nuevas tecnologías, y los ciudadanos se van apropiando de sus usos en detrimento de instrumentos y usos anteriores, por lo que la sensibilidad social que se va formando a lo largo de los años tiende a consolidarse cada vez más, hasta que esa tendencia habrá hecho desaparecer la anterior. En los medios tradicionales actuales (los que todavía sobreviven a ese proceso de desplazamiento, y en cuya cara están escritos los índices inconfundibles de su muerte), esas dos dimensiones existen, sí, pero en una escala balbuciente y ya agónica. No es que no se encuentren allí: la pretensión de traernos las “últimas informaciones” desde “cualquier lugar del mundo” (expresiones arcaicas, precursoras y embrionarias de la velocidad y de la ubicuidad) ha sido una característica distintiva de estos medios, y de su satisfacción (de todas formas discutible) se han ufanado por décadas. De hecho, lo que han intentado los medios a lo largo de su evolución para crear y cimentar su prestigio es reducir el tiempo transcurrido entre el acontecimiento y su información, de una parte, y, de otra, ampliar el espectro de los acontecimientos referidos para que el lector se sienta más informado, aparentemente hasta la exhaustividad, lo más rápidamente posible. Pero en los medios digitales, la velocidad y la ubicuidad son totalitarias: hoy en día, es posible “estar” en cualquier lugar del mundo y conocer instantáneamente lo que allí ocurra. Por ello, estos medios nunca tienen ediciones definitivas sino en construcción permanente, en un presente

continuo, movedizo y delirante que nunca cesa. Si el mundo es variable y móvil, el lenguaje que trata de atraparlo no puede ser estático. Sólo de manera ilusoria ese mundo puede ser fijado a través de soportes que lo (entonces falsamente) inmovilizarían. Ya no hay duración, en la medida en que todo es instantáneo (cf. Gaston Bachelard, 1992); ya no hay distancia, en la medida en que todo es alcanzable con las nuevas tecnologías. El instante bachelardiano, esa única medida del tiempo, encuentra aquí su expresión más acabada: el presente, el puro presente, el siempre presente, el omnipresente: “Focalizar, polarizar la atención de todo el mundo es reorganizar progresivamente el régimen de temporalidad de las poblaciones, su distribución del tiempo, mucho más que su opinión. La imagen del directo es un filtro, no por el espacio, el marco de la pantalla, sino ante todo por su temporalidad: un filtro mono-crónico que no deja pasar sino el presente” (Paul Virilio, 1991:38) ¿Qué sentido tiene ir a “cubrir” los estragos del huracán Katherine si las nuevas tecnologías nos los “informan” hasta la molición de aire acondicionado de las oficinas de redacción de todos los diarios de las provincias del mundo, eliminando así la incómoda distancia y el aún más incómodo (y costoso, habría que agregar) desplazamiento? Basta la presencia de un teléfono celular en las manos de un turista abotagado por el sol, una modesta cámara de principiante en manos de una ingenua cajera de supermercado para que el acontecimiento (abrupto, crudo, imprevisible) llegue sin plazos inútiles y exasperantes a todos los rincones del mundo. Los medios soportados en papel tienden entonces a producir crisis sociales en la medida en que hay un desfase entre su velocidad anacrónica y la velocidad con la que los hechos sociales deben ser reportados. La puesta al día de los medios no es entonces sólo una estrategia tecnológica a través de la cual mantienen su modernidad formal; es, sobre todo, la manera que tienen de no perder el contacto con sus públicos, modelados por nuevas percepciones y nuevas formas de consumo. Si los jóvenes se alejan cada vez más de lo impreso no se debe a una fascinación vacía y gratuita que de manera mágica les infundirían los medios digitales sino a la capacidad que éstos tienen de responder en el mismo registro de sensibilidad por los acontecimientos del mundo. Hablan, los jóvenes y los medios digitales, lenguajes que fluyen a una misma velocidad y en un mismo registro. Sus tiempos van de la mano.

2.6. Como lo afirmábamos en el apartado anterior, la duración y la distancia en la producción y en el consumo de las informaciones se

han contraído como consecuencia de la aplicación de las Nuevas Tecnologías (cf. Paul Virilio, 1977, 1995, 1996). La primera de ellas por la accesibilidad a la información en tiempo real, que elimina los procesos de transformación de los materiales de la realidad al dar “crudas” e inmediatas las versiones de los hechos: la duración de la información es la misma que la del hecho; la segunda, por la posibilidad tecnológica de acceder a cualquier lugar de la tierra donde se produzca un acontecimiento. No hay nada que no pueda ser divulgado en el mismo momento en que se produce, sin importar el lugar de su ocurrencia. Virilio lo explica por el alcance del tope de la velocidad de la luz pues, al no haber sobre la tierra distancia superior a 300.000 kilómetros, nada hay que no pueda ser conocido instantáneamente (o, al menos, ni siquiera un segundo más tarde –lo que es irrelevante en términos de duración– puesto que, como es sabido, es ésa la distancia recorrida por la luz en un segundo²⁹. Paul Virilio: “(Los astrofísicos), al introducir (...) un tercer tipo de intervalo de género ‘luz’ al lado de los otros dos de género ‘espacio’ y de género ‘tiempo’, provocan la aparición de una última concepción del tiempo, ya no únicamente el tiempo de la sucesión cronológica clásica sino el de un tiempo de exposición (cronoscópica) de la duración de los acontecimientos a la velocidad de la luz”. (Paul Virilio, 1995:14). Y más adelante: “Al tiempo que pasa de las más largas duraciones se agrega entonces hoy un tiempo que se expone instantáneamente: el de las más cortas duraciones del dominio del electromagnetismo y de la gravedad” (Paul Virilio, 1995:14). Todo tratamiento de información que implique una duración se traducirá cada vez más por la crisis de los medios que la agencien pues éstos la entregarán con atraso (es decir, desventajosamente) con respecto a los medios que acuden al directo, a los sistemas on line. La crisis creciente de los medios impresos no es ajena al crecimiento de los medios digitales, cuya condición tecnológica permite a estos últimos, contrariamente a lo que ocurre con los primeros, la entrega de informaciones de forma simultánea a la ocurrencia del hecho referido. La radio y la televisión, no obstante

²⁹ En los recientes Juegos Olímpicos celebrados en Beijing, las autoridades chinas establecieron un desfase temporal entre las pruebas atléticas y su transmisión de 30 segundos, con el fin de poder manipular cualquier incidente inconveniente (políticamente, se entiende).

una tecnología de cierta forma (y paradójicamente) lastrada por su propia herencia, reúnen condiciones para competir con los diarios digitales en la medida en que les es posible el directo. Si el control de la velocidad, como dice Virilio, determina en nuestro tiempo el control de la sociedad, es coherente inferir que el conocimiento de lo que en ésta acontezca favorecerá a aquellos que de manera más veloz producen, transfieren y se apropian de las informaciones. El predominio de las economías basadas en el conocimiento y ya no en la producción de materias primas (agrícolas, o minerales, por ejemplo), el lugar de primer orden en las economías mundiales de los sistemas financieros (pura circulación de datos) son una consecuencia directa del control que ejercen sobre la velocidad a través del control sobre las tecnologías que posibilitan la aplicación de esa velocidad. ¿Qué puede esperarse de una economía basada en la producción de café, o de banano, o de carbón, o inclusive de petróleo –recurso perecedero–, para no hablar de sociedades todavía en estado pastoril, frente a otra economía basada en la producción de conocimiento? No hay duda: las Nuevas Tecnologías son hoy en día el lubricante del motor de las sociedades modernas; las que carezcan de ellas estarán condenadas al rezago histórico, y, en últimas, a su desaparición.

Las informaciones mediáticas están sometidas a la misma lógica: su competitividad (y ulteriormente su sobrevivencia) depende estrechamente de su velocidad. Los diarios tienen perdida esta batalla puesto que su capacidad de reacción temporal es demasiado lenta para enfrentar el directo (su arco temporal es de 24 horas: a siglos de la simultaneidad) y demasiado corto para fortalecerse por medio, por ejemplo, del análisis del acontecimiento, que es justamente la tabla de salvación de las revistas semanales informativas. Neveu hace un análisis interesante: “Los peligros de esta conversión de la velocidad en excelencia profesional autorizada por la tecnología se anuncian más considerables todavía en las salas de redacción de medios multimedias como las del *Chicago Tribune*. El principio se convierte aquí en lanzar la información desde que se obtiene en el canal más propicio a garantizar la chiva y la accesibilidad inmediata. Las horas de reflexión y de anticipación entre conferencia de redacción y cierre se evaporan, substituyendo los plazos ya ansiógenos de la información diaria por lo que un periodista describió como un ‘ciclón informacional’ permanente donde el imperativo de verificación de la información se vuelve una

molestia” (Érik Neveu, 2004 : 99). Dicho de otra manera, si los diarios están destinados a la desaparición por su desventaja temporal (a no ser que se vuelvan medios on line) , las revistas semanales, al contrario, no sólo podrán sobrevivir sino además fortalecerse al hacer de su temporalidad (semanal) una ventaja que se expresa en el análisis: el tiempo no se lo permite a los diarios, se lo facilita a los semanarios. El análisis, que no es posible en las modalidades del directo, al menos no de manera concienzuda, juega a favor de publicaciones que cuentan con tiempo suficiente para producir una información cualificada. Por supuesto, los dos tipos de información son radicalmente distintos puesto que la primera información es “cruda” mientras que la segunda es elaborada.

Pero los medios que no pueden sino practicar el directo están condenados a la descripción y expulsados del análisis. El análisis exige distancia, reflexión, duración: nada de ello lo proporciona la información simultánea a la realidad. La aparente virtud de la diversidad no puede sin embargo ocultar el problema de la naturaleza de esta información múltiple: ella es, en su inmensa mayoría, intrascendente. Como lo dice Lamoure (Christophe Lamoure, 2006 : 59) en referencia a la televisión, “No es que la televisión no permita saber más cosas sobre el mundo actual sino que ella nos dota de un saber inútil, impotente, inconsistente, de un saber vacío. La razón reside en que este ‘saber’ está constituido exclusivamente de fragmentos aislados que no entran en ninguna perspectiva organizadora ni unificadora”. Con la excusa del “divertimento”, que es en verdad una estratagema tendiente a crear el olvido, los medios han trivializado la realidad multiplicando los datos inútiles socialmente. Como lo dice Lamoure en la cita anterior, los datos son fragmentos sin conexión, sueltos, caóticos, que no le permiten a quien los consume la posibilidad de formarse una percepción organizada de lo social. Sin embargo, la sensación de “llenura” conceptual es un efecto inevitable de la avalancha. Pero este es un efecto primero, ostensible, de primer plano. Hay otro efecto, esta vez secundario, quizás más importante en la estrategia discursiva aunque menos evidente, consistente en la función social que cumple este atiborramiento informativo. La clave para entenderla vendría dada en palabras del mismo Lamoure, quien, más adelante (Christophe Lamoure, 2006 : 61) afirma que “Así como hay un más-acá de la información que sería el atiborramiento incesante de acontecimientos, hay un más-allá de la información que sería el condicionamiento ideológico (que) consiste en confundir información y difusión de una ideología”.

Así como la televisión dificulta el pensamiento (Christophe Lamoure: 2006 : 89) puesto que “el pensamiento pide tiempo” y “la televisión no

tiene tiempo, o más bien el tiempo que ella encarna es un tiempo nervioso, hecho de rupturas, de instantes, de interrupciones”, de la misma manera las revistas y los diarios tienden cada vez más, con su miniaturización informativa y su fragmentación del universo referido, a disminuir el espacio dedicado al tratamiento de los problemas, apoyados en la idea de que los tiempos lectores han cambiado ajustándose más, según ellos, a las realidades contemporáneas: lectores sin tiempo. De cierta manera es cierto que el tiempo, en las sociedades regidas por políticas neoliberales, como son las contemporáneas, tiende a ser absorbido por un sinnúmero de actividades diversas, de tal manera que el tiempo consagrado a la lectura, tal como ella se ha ejercido en los últimos siglos, es cada vez más corto; pero también es cierto que muchas de esas actividades substitutivas son improproductivas y fútiles: se entregan protegidas por el valor social consagrado que se llama “entretenimiento”. Lo que se quiere decir es que la carencia de tiempo no es forzosamente una consecuencia de una causa positiva o noble. Esta imagen de unos lectores sin tiempo encuentra su correspondencia, por ejemplo, en los periódicos gratuitos, diseñados para ser leídos en medios de transporte generalmente atafagados o en el curso de actividades inconstantes, y caracterizados por contener cortísimas informaciones, apenas para ser leídas en esos brevísimos momentos en que el tiempo del lector se ha dividido. De la misma manera, reivindicado uno de los principios clásicos de los medios impresos, los artículos de los medios tradicionales tienden a concentrar el máximo de datos informativos en el titular, en los elementos paratitulares (sección, pretitular, bajada) y en su primer párrafo, dando por sentado que quien acceda a ese mínimo de información se ha hecho ya a una cierta idea, breve pero condensada, y en todo caso suficiente, de lo que luego será desarrollado en el resto del cuerpo del texto. Por supuesto, el pensamiento en tales condiciones de precariedad no es más que una ilusión.

La pérdida de calidad informativa es pues una consecuencia de la aplicación indiscriminada de las nuevas tecnologías, y con ella la pérdida de la capacidad ciudadana para comprender las fuerzas de la sociedad. Con una información así producida, los individuos se encuentran más a merced de manipulaciones y tergiversaciones puesto que carecen de instrumentos de comprensión de los acontecimientos sociales. Nadie se opone a la descripción, pero una información que sólo se limite a ese aspecto está empobrecida. Un mundo que sea meramente descrito sería incomprensible.

CAPÍTULO 3

PROCESOS DE PRODUCCIÓN DE SENTIDO

La realidad social es infinita. Como todos sabemos, los medios se enfrentan cada día a la extraordinaria diversidad de hechos que tienen ocurrencia en una sociedad. Al rescatar sólo algunos de ellos y así darles visibilidad, los medios transforman esos hechos en acontecimientos sociales puesto que los ponen a significar no por lo que ellos pudieran valer intrínsecamente sino por su valor relativo en el seno de la sociedad. Además, ¿tiene realmente sentido hablar de “valor intrínseco” de los hechos? Estos carecen de él, y valen por su inserción discursiva, es decir, por su conversión en fenómenos significativos. Un hecho carece de valor social si no es elevado a la categoría de acontecimiento a través de su presencia mediática. Aunque, por supuesto, al relieve social de un hecho (es decir, a su estatuto de acontecimiento) se llega no sólo por este camino: la ciencia y el arte (pero no sólo ellos), dos discursos radicalmente distintos al informativo, dos verdaderas vías reales, vuelven acontecimiento lo que en su origen no es más que un hecho (mudo, intrascendente, inerte, en el campo de la ciencia; simplemente inexistente, en el campo del arte, cuyos productos no pre-existen). Este cambio de estatuto (de hecho a acontecimiento) no exhibe de manera evidente ni la racionalidad de la transformación ni la naturaleza del discurso informativo que resulta. Con respecto a este último, se precisa una intervención analítica para poner de presente las dimensiones que lo constituyen. En cuanto al primero, las motivaciones subjetivas no explican categóricamente el cambio. Como irónicamente afirma Erik Neveu, “El realismo del buen juicio sugiere que el valor informativo puede ser objetivo, reposando sobre principios tales como el adagio sobre los

trenes que llegan a tiempo como un no-acontecimiento, como la ley del ‘muerto por kilómetro’ (300 muertos en Kampala valen menos que 10 en Aurillac)³⁰, sobre parámetros como la singularidad de un acontecimiento, su carga emocional, el alcance de sus consecuencias. Y sin embargo, nada de eso da una ‘fórmula’ simple del valor informativo de un hecho” (Érik Neveu, 2004 : 53).

Ahora bien, una revista informativa es un objeto fuertemente jerarquizado (cuyo modelo estructural se replica incesantemente, por lo general semana tras semana, con eventuales modificaciones periódicas cosméticas cada tantos años con propósitos de mercado) con el objeto de organizar para el lector una cierta percepción de los acontecimientos sociales que lo haga funcional a un proyecto político e ideológico, proyecto a su turno inscrito en una estrategia de dominación finalmente económica. La percepción así transmitida da instrumentos a los individuos de la sociedad en la que circulan esos medios informativos para que establezcan relaciones con sus conciudadanos y con las instancias de ejercicio del poder político. Cada cual encuentra de esa manera un lugar en la sociedad marcado por la visión que se construye a partir de los medios. Desde luego, esa visión, como ha sido dicho arriba, no es resultado exclusivamente de los discursos informativos pues en su conformación intervienen otros factores, con igual o mayor poder que el de los medios: habíamos evocado la ciencia y el arte, pero también inciden instituciones como la familia, la escuela y la religión. El lector penetra en esa estructura y queda prisionero en su laberinto. Nadie, ni siquiera los eremitas, puede quedar por fuera de esta constricción.

De su lado, los periodistas, a través de sus discursos informativos, son agentes activos en la construcción de una visión de los fenómenos sociales al darles a éstos una cierta legibilidad. La posición que ellos adopten frente a los hechos, convertidos en acontecimientos por la visibilidad que adquieren y por añadidura inteligibles por su intervención, incide enton-

³⁰ Habiéndose escrito en Francia, la referencia a Aurillac adquiere un sentido que puede escapar al lector; equivaldría en Colombia a una referencia a Yotoco o a Bugalagrande.

ces en la percepción que los ciudadanos nos hacemos de ellos (de los acontecimientos) y, por lo tanto, en la actitud que asumimos socialmente. Dicho sea de paso, en tanto el producto del trabajo de los periodistas nos afecta, es entonces legítimo que, como ciudadanos, nosotros los lectores tengamos derecho a comprender su manera de trabajar y a exigir rectitud ética en su comportamiento profesional, tanto más cuanto lo que se juega con los efectos de ese ejercicio es también el funcionamiento democrático de las sociedades.

Los sentidos de las interpretaciones de la realidad que efectúan los periodistas a través de sus discursos informativos no son forzosamente explícitos. Una lectura de esos discursos pone de presente elementos de sentido evidentes, claro está, pero otros aspectos significativos emanan de niveles más profundos, muchas veces indescifrables, muchas veces inconscientes. Nada de esto debería sorprender ya sea porque el periodista puede estar animado por una voluntad de mistificación (y se dará sus mañas para profundizar y mimetizar bajo lo explícito de su texto los efectos de sentido que desee) o ya sea porque el lenguaje no es en su totalidad consciente, y en el momento de la escritura se deslizan en ella elementos de sentido no controlados.

La lucha por la primacía en la percepción de sentido de los hechos que acontecen en una sociedad es una de las formas como se expresa la confrontación entre los diversos sectores que la conforman. Su naturaleza ideológica (puesto que se da en el terreno de las interpretaciones) no le quita para nada una extraordinaria virulencia material, ni tampoco la vuelve de menor importancia si se le compara con las otras –como la política, la económica o la militar–. En rigor, se trata de una misma confrontación que se desarrolla en varios campos simultáneamente; cada campo requiere la asistencia de los otros: su interdependencia es evidente. Los medios de información juegan un papel de primer orden en la materialización de esta lucha a través de los discursos que producen. O, dicho de otra forma, las armas utilizadas en el campo de la legibilidad de los hechos sociales son los discursos informativos. Así, por ejemplo, la reciente aparición del periódico *Polo*, del partido político Polo Democrático se inscribe en esta lógica, tanto como los también recientes reacomodos en la propiedad y dirección de medios en el país en los que han estado interviniendo los grupos españoles Prisa y Planeta, o el mantenimiento de medios económicamente deficitarios pero políticamente rentables (lo que, en últimas, compensa con

creces las pérdidas en lo económico). La ocupación de espacios económicos es también la ocupación de espacios de interpretación ideológica.

PRIMERA ESTRATEGIA: LA DESAPARICIÓN DEL SUJETO

¿Cómo ocurren estos procesos? Para alcanzar su cometido, la estrategia discursiva se centra prioritariamente en la producción de un efecto de objetividad. Es importante precisar que al hablar de “efecto de objetividad” no quiere decirse que los discursos informativos sean efectivamente objetivos; se quiere decir, más bien, que su lectura produce la sensación de objetividad, da la impresión de que en verdad lo fuesen (hay que insistir: sin que realmente lo sean). Todo se juega allí: ése es el zócalo de toda la estrategia. Si ese efecto no se alcanza, se resquebraja la totalidad del edificio; logrado, se desencadena en el lector un mecanismo que conduce al efecto de verdad³¹, es decir, a producir la idea de que un discurso informativo, por ser objetivo, es entonces verdadero. La identificación de los dos conceptos —objetividad y verdad— es válida en la medida en que la verdad implica una congruencia entre la palabra y los hechos, que es la misma condición de la objetividad: la palabra no se encuentra interferida por la subjetividad de quien la profiere sino que refleja el mundo objetivo tal cual él es, con independencia de la subjetividad de su autor. Sólo que, en el caso de los discursos informativos, la acreditación de validez de la idea de objetividad es falaz (como más adelante intentaremos sustentar) en tanto esa correspondencia entre palabra y hechos es sólo ilusoria. Ahora bien, si todo lo que dice un discurso informativo es verdadero (puesto que es objetivo: tal es el presupuesto), el lector es proclive a aceptar la valoración ideológica que el discurso contiene puesto que está legitimada y respaldada por su carácter verdadero. ¿Quién de manera sensata o bien intencionada podría negarse a aceptar la verdad? La verdad es, socialmente, la más alta de las virtudes ciudadanas. Ahora bien, los lectores no acceden a esta interpretación de la realidad como si ella fuera una mera abstracción verbal o un ejercicio formal de lenguaje, ajeno a los avatares de su vida, como resolver un crucigrama o un sudoku; con esos valores, los lectores hacen lo que sin excepción hacen todos los individuos en una

³¹ Breton lo llama así: “Efecto de verdad”: “Esta creencia en el efecto de verdad de una palabra despersonalizada...” (Stéphane Breton, 2005 : 36, nota 2).

sociedad: actuar. Las valoraciones ideológicas contenidas en los discursos informativos son integradas al sistema de valores de los lectores, quienes en su vida ordinaria las aplican. ¿Para qué, si no? No hay, como lo afirma Estanislao Zuleta (Estanislao Zuleta, 1994 : 48), “resultado en sí” (que justificara, por ejemplo, las valoraciones ideológicas como fin último más allá de su aplicación en la vida cotidiana). Toda la red social de relaciones entre los individuos de una sociedad se encuentra intervenida por la práctica que cada uno de ellos adelanta en su condición de seres sociales, es decir, seres en relación. Benveniste (Emile Benveniste, 1979 : 219) lo dice de una manera quizás más categórica y precisa: “Antes que nada, el lenguaje significa, tal es su carácter primordial, su vocación original que trasciende y explica todas las funciones que garantiza en el medio humano. ¿Cuáles son estas funciones? ¿Nos pondremos a enumerarlas? Son tan diversas y numerosas que eso sería citar todas las actividades de palabra, de pensamiento, de acción, todas las realizaciones individuales y colectivas que están vinculadas al ejercicio del discurso: **para resumirlas con una palabra, diría yo que, mucho antes de servir para comunicar, el lenguaje sirve para vivir**³². Si sostenemos que en ausencia del lenguaje no habría ni posibilidad de sociedad ni posibilidad de humanidad es, por cierto, porque lo propio del lenguaje es ante todo significar”.

Integrada a los discursos informativos en su fabricación, esta estrategia se activa en el consumo y alcanza sus fines ulteriormente, en las prácticas sociales que los individuos adelantan. La ideología existe para vivir en sociedad.

¿Cómo se produce el proceso que conduce al efecto de objetividad? Básicamente, por la desaparición del sujeto de la enunciación. En efecto, en su afán por parecer objetivos, ese fetiche sagrado de los medios, los discursos informativos (y para la ocasión los llamados “artículos analíticos”) tienden a escamotear todos los rasgos de la subjetividad para que, de esa forma, aparezcan en relieve los de la pretendida objetividad y se produzca el efecto engañoso de los hechos hablando por sí mismos (cf. Roland Barthes, 1957). Tras identificar “tres registros de marcadores discursivos de esta objetividad: (...) usos intensivos de las comillas (...) prioridad a las fuentes institucionales (...), clasificación en rúbricas”, Neveu concluye

³² Negrilla nuestra.

con una idea semejante a la de Roland Barthes (Érik Neveu, 2004 : 65): “El despliegue de la panoplia de marcadores de objetividad viene ante todo a manifestar que, aunque trabajando con urgencia, los periodistas han hecho todo lo posible por ir hasta las fuentes más fiables, por solicitar muchos puntos de vista. La escritura viene a sugerir de alguna manera que son los hechos los que hablan y no la subjetividad del redactor”. Breton, más cercano a Barthes, asegura, a propósito de la televisión, que “nos da un relato subvertido por (...) el ideal de una posición de observación que quisiera al mismo tiempo confundirse con su objeto (...) en un impulso positivista que pretende que sólo hay hechos y no mirada sobre ellos” (Stéphane Breton, 2005 : 83-84).

Quizás la manera más convincente (pero al mismo tiempo silenciosa y falaz) con la que a menudo se quiere sustentar la condición objetiva de una información radique en el carácter evidente de los hechos a los que ella remite. Evidente: “cierto, de un modo claro”, como lo define el diccionario; por lo tanto indiscutible, protegido por el escudo de la irrefutabilidad, palabra sagrada, intocable. Si la realidad es evidente, el lenguaje que la designa sería indiscutible puesto que parecería bastar que la realidad fuese nombrada para que desaparecieran de forma automática todas las diferencias que separan a la realidad del lenguaje. Si esa remisión, en efecto, existe, su evidencia no significa, sin embargo, que haya una congruencia entre ambos términos; se trataría de una deducción indebida por ser impuesta desde fuera y no como consecuencia de una derivación lógica. El lenguaje, por supuesto, hace parte también de la realidad, pero en los discursos informativos una es la realidad de los acontecimientos sociales y otra la del lenguaje, que parte de la primera y se erige como una realidad aparte.

Tal concepción de las relaciones entre la realidad y el lenguaje, que reduce la primera al segundo y los identifica, desconoce el carácter rigurosamente específico, y por lo tanto diferenciado, de cada una de las dos entidades. Como lo hemos dicho, Jorge Luis Borges, a propósito de un poema de Francisco de Quevedo, afirma: “No diré que se trata de una transcripción de la realidad, porque la realidad no es verbal”³³. Pues, inferirá el

³³ Ver nota 8.

lector, la realidad es del orden del objeto mientras su representación lo es del sujeto: dos lógicas distintas, dos naturalezas diferentes. Si René Magritte pinta al lado de una pipa un texto precisando (o comentando) que ésta no es una pipa (“Ceci n’est pas une pipe”), lo primero que debería entender el espectador es que, en efecto, ésta no es una pipa sino... su representación, lo que debería invitar en ese espectador a separar de manera tajante dos hechos en razón de su naturaleza radicalmente diferenciada. Adicionalmente, que esa frase de Magritte esté escrita sobre una tela (es decir, en rigor, que esté pintada) introduce un juego vertiginoso de espejos que se remiten unos a otros abismalmente al infinito, al agregar a la representación misma que caracteriza al lenguaje verbal, una representación nueva: la del lenguaje cuando es, además, representación pictórica³⁴. Pero lo que se quiere subrayar con esta aproximación es, finalmente, el carácter representativo de los lenguajes en provecho de la tesis que se quiere sustentar aquí: el carácter distinto de la información y del lenguaje que la comunica.

En otro registro, Barthes (cf. Roland Barthes, 1964) advierte con cuánta naturalidad se le atribuye a la fotografía un carácter puramente constatativo, prueba por lo tanto irrefutable de “haber estado allí” y haber capturado limpiamente una realidad exterior al fotógrafo, ignorando de esa forma, quien así piense, la incidencia de lo subjetivo en esa foto singular (selección temática, ángulo, luz, distancia: operaciones estrictamente subjetivas, si las hay). Esta advertencia es multiplicada por Barthes al señalar (Roland Barthes, 1978 : 48) que “la analogía constituye a lo ‘natural’ en fuente de verdad”; no hay que olvidar que la fotografía y el cine son artes analógicas. Breton, de su parte, afirma que “la imagen se encuentra semióticamente subordinada a la palabra (...); “la imagen se presenta como garantía de la palabra” (Sthéphane Breton, 2005 : 25), es decir, lo pretendidamente probatorio de la imagen sería insuficiente pues ella requiere forzosamente de la palabra que la explique. Dicho sea al pasar, sólo una mistificación igual pudo haber dado nacimiento al aforismo engañoso según el cual “una foto vale más que mil palabras”, construcción conceptual falsa pues se apoya en el supuesto de que la fotografía muestra elocuente y fidedignamente la realidad, mientras que la palabra introduce el virus nocivo de la interpre-

³⁴ Un poco a la manera como funcionan los titulares de prensa, en los que el peso y la disposición de las letras configuran un sentido que rebasa el de la simple literalidad.

tación (por principio distinta de la realidad que refiere). Podría predicarse algo similar de la imagen continua, cuyo uso desenfrenado y *ad livitum* en los noticieros televisivos busca, entre otros muchos efectos, escamotear, por acumulación y “anegamiento” (Paul Virilio, 1991 : 105³⁵) de las imágenes, la existencia del ojo que graba, y acallar, al mismo tiempo, el rumor ideológico de la voz que encuadra la imagen a favor de un supuesto desarrollo autónomo de los acontecimientos “objetivos” desplegados en la pantalla. Si socialmente parece que cada vez hay menos resistencias a aceptar la equivalencia entre el cine y la ilusión³⁶, se quiere acreditar, en cambio, la idea simétrica: la imagen de la información vale por la realidad. Los hechos son presentados en los discursos de la información televisiva como si se impulsaran animados por una fuerza autónoma, independientes de la voluntad de los hombres, reflejo desinteresado y suficiente del mundo y sus convulsiones. En el propósito de alcanzar este efecto, los discursos informativos tienden a reducir la distancia temporal entre el acontecimiento y el discurso que lo refiere, ojalá hasta anularla, hasta llegar a ese puerto de amarre del deseo llamado coincidencia entre el acontecimiento y la noticia: la plenitud paradisíaca del directo televisivo o radial, de la información continua on line de periódicos nunca definitivos, siempre haciéndose sobre el filo vertiginoso de un equilibrio inestable porque la realidad que refieren es por principio cambiante a perpetuidad.

Al hacer coincidir la noción de “objetividad” (congruencia de un discurso con la realidad que refiere) con la de “verdad” (es verdadera aquella proposición que se ajusta a la realidad, más allá de los sesgos subjetivos de quien la produce), sería entonces válido inscribir el estudio de las relaciones entre el discurso y su referente en una reflexión más antigua: la

³⁵ Ver el concepto de anegamiento por sobreabundancia en Virilio, Paul. *L'écran du desert*. Galilée, Paris, 1991. Coincidencia notable: al preguntársele al pintor Alberto Giacometti si, a propósito de la semejanza, reconocía a su hermano (“que había posado diez mil veces para mí”, decía el pintor), respondió: “De tanto ver a la gente no la reconozco”. France Huser. *Giacometti frères*, in *Le Nouvel Observateur* 2244 del 8 al 14 de noviembre de 2007.

³⁶ No, por supuesto, en sus orígenes puros e incontaminados, como en algún momento nos lo ha hecho saber Gabriel García Márquez al recordar que en las salas de cine de Barranquilla, en una ocasión, el público enardecido quemó el telón en protesta por la reaparición en una película de un actor muerto en otra que había sido proyectada la semana anterior. Igual observación puede hacerse de las intervenciones del público (comentarios, gritos, conminaciones) en el curso de la proyección de una película, y cuyo ejemplo quizás más bello se encuentre en *Los hijos del paraíso*, de Marcel Carné.

de las relaciones entre sujeto y verdad. Según Michel Foucault, apoyado en *el Alcibíades* de Platón, en el contexto de la antigua Grecia “no se puede alcanzar la verdad sin una cierta práctica o sin un cierto conjunto de prácticas totalmente específicas que transformen el modo de ser del sujeto, que lo cualifiquen transfigurándolo”³⁷. Ese paradigma, en el que el compromiso de quien busca la verdad exige su transfiguración, es desdicho y roto por el “modelo de la práctica científica”: “Basta con abrir los ojos, con razonar rectamente y mantener la línea de la evidencia sin abandonarla nunca, para ser capaz de acceder a la verdad. Y por tanto el sujeto no debe transformarse a sí mismo, sino que le basta con ser lo que es para tener en el conocimiento un acceso a la verdad que le está abierto por su propia estructura de sujeto”³⁸. Tal concepción, originada en el positivismo, dice entonces reconocer la autonomía del conocimiento con respecto al sujeto que lo produce, de tal forma que los procesos del saber avanzan por una vía paralela a los del investigador. Y aunque sujeto y objeto no son antinómicos, su andar no es coincidente. Como puede verse, el concepto prácticamente utilizado por los medios es heredero de esta supuesta facultad, según la cual basta abrir los ojos para dar testimonio de la verdad.

En apoyo concomitante a la idea de que el discurso es la realidad, surge la pretensión de hacer desaparecer el sujeto del discurso para que, fuera él de éste y de sus marcas textuales, deje y quede plena y solitaria en la superficie discursiva la realidad referida: lo objetivo, aquello que existe por fuera de la consciencia de los hombres, quedaría así expuesto y visible como los restos y basuras sobre una playa tras la resaca. Pues si no hay subjetividad en los textos, todo lo que en ellos aparece no es más que realidad pura, objetiva. De allí la tendencia a escamotear la firma de los artículos, la desaparición de los pronombres personales en los textos analíticos, la suplantación del sujeto por fórmulas lingüísticas neutras (del tipo “se”, “uno”, “ellos”), la atribución sin respaldo verificable posible a fuentes genéricas e indeterminadas de un sesgo del sujeto de la enunciación (como “la opinión pública”, “la mayoría de las personas”, “todo parece indicar que...”, etc.). En realidad, los discursos informativos, cualquiera que sea su materialidad, son siempre la construcción de un sujeto, y su

³⁷ Foucault, Michel. *Hermenéutica del sujeto*. Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1987, p. 47.

³⁸ *Ibíd*, p. 73-74.

hálito se siente aunque no sea sino porque el discurso informativo está sometido a una organización, de la que las dimensiones temporales y espaciales son quizás su manifestación más evidente. Las marcas de su existencia, son, sin embargo, inevitables, pues el sujeto tiene una presencia irreductible, por más que se pretenda borrarlo. Aunque dicho a propósito del cine y de la película, las siguientes consideraciones acerca del sujeto de la enunciación son homologables al funcionamiento de los discursos de la información: **“El sujeto de la enunciación**, que se le considere como una simple operación –el hecho de que el proceso se active–, o bien como cualquier entidad empírica –lo que activa el proceso–, **sólo se presta al reconocimiento a través de las huellas interiores de la película”** (negritas nuestras). En suma, el gesto por el cual se abre la presentación actúa en profundidad pero permanece fuera de escena. En cambio, siempre hay alguna cosa en el enunciado que revela la acción, y, en este sentido, da testimonio de su presencia. Se puede pensar entonces que la huella del sujeto de la enunciación nunca abandona la película: se la percibe en la mirada que instituye y organiza lo mostrado, en la perspectiva que delimita y ordena el campo, en la posición a partir de la cual se sigue lo que se ve. En una palabra, en el *punto de vista* desde donde se observan las cosas, es decir, en lo que no puede faltar en una película y que, *al mismo tiempo*, determina las coordenadas y los perfiles”³⁹.

De otra parte, esos discursos representan (en el sentido en que ha sido dicho aquí) no sólo al objeto referencial sino también al sujeto que los representa. Una eventual hermenéutica aplicada a cada uno de ellos quizás inclusive revele finalmente que esos discursos dicen más del sujeto que del objeto, invirtiendo de esa manera sorpresiva la idea que impera socialmente acerca del consumo de la información, de acuerdo con la cual, como lo hemos venido diciendo, el discurso quiere aparecer hablando de una realidad sin que él tenga ninguna relación con los sujetos que lo construyen. Pero lo que más importa subrayar aquí es que nunca el discurso es la realidad, ni jamás uno y otro podrían ser congruentes al no compartir una misma condición constitutiva.

Si “la realidad es del orden del objeto, mientras su representación lo es del sujeto: dos lógicas distintas, dos naturalezas diferentes”, como lo he-

³⁹ Francesco Casetti. *Les yeux dans les yeux*. Communicatio 38. Seuil, Paris, 1983. p. 81.

mos afirmado arriba, no hay que olvidar, sin embargo, que ambos órdenes pertenecen a un mundo común, y que el uno y el otro viven entrelazados en un juego de tensiones, acercamientos y rechazos, provocado por una existencia cuyas imantaciones mutuas los intermodelan. Para el analista de los discursos de la información, la realidad discursiva amalgama de manera en principio confusa pero finalmente discernible –es su desafío– las dos instancias.

Hechas las anteriores consideraciones, que buscan poner en entredicho el supuesto valor objetivo de los discursos de la información, tal como esa atribución se asume en los medios informativos (propietarios y periodistas), y tal como ha sido expandida como valor seguro en la sociedad, es importante abordar el mismo problema desde otra perspectiva: el ojo como instrumento de la objetividad así entendida. En efecto, la archiconocida referencia al carácter ilusorio de la trayectoria del sol, que *visible pero sólo aparentemente se* levanta por el oriente y se oculta por el occidente, no sólo debería incitar a la desconfianza de lo evidente como supuesta prueba irrefutable de verdad o de objetividad, como hemos querido mostrarlo arriba, sino también a reflexionar sobre cuánta verdad o cuánta objetividad puede sustentarse en su antípoda oscura y evasiva: lo invisible. No debe ser pura causa del azar, en efecto, comprobar los diversos llamados que muchos autores han hecho para que se apele a la ceguera como condición de la videncia. Sí: que se apele a la ceguera como condición de la videncia. La figura por antonomasia nos la confió en herencia Sófocles con Tiresias, el arúspice ciego que vaticina a Edipo su desgracia: matar a su padre y engendrar hijos con su madre. Ceguera bien *sui generis*, en efecto, pues permite a un ciego ver lo que advendrá más allá en el tiempo, capaz entonces no sólo de ver sino también de ver lo que todavía no ha acontecido –atributo imposible para los que miran con los ojos abiertos⁴⁰. El mismo Edipo, ya viejo, en el ostracismo y ciego por haberse él mismo vaciado los ojos, mira su futuro clarivamente⁴¹. Para los griegos, el búho es el símbolo de la sabiduría –es el símbolo de su nacionalidad– porque es

⁴⁰ Sófocles. *Edipo Rey*, en Teatro Griego, Aguilar, Madrid, 1978.

⁴¹ Sófocles. *Edipo en Colona*, en Teatro Griego, Aguilar, Madrid, 1978.

capaz de ver en la oscuridad. En *El Mito de la Caverna* (La República), Platón pide “contemplar lo real que es invisible”. “Si se trata de algo que requiere reflexión (...), será mejor examinarlo en la oscuridad”, responde el investigador A. Dupin al prefecto de la policía G. cuando éste le solicita pensar sobre un asunto, en el cuento de Edgar Allan Poe *La carta robada*. Gesualdo Buffalino escribe una novela cuyo solo título es ya una provocación para aquellos que sólo creen en lo que sus ojos ven: *Tomasso, el fotógrafo ciego*⁴². René Char, quizás el más grande de los poetas vivos franceses, dice: “Si a veces el hombre no cerrara soberanamente los ojos, terminaría por no ver lo que vale ser mirado” (“Si l’homme parfois ne fermait pas souverainement les yeux, il finirait par ne plus voir ce qui vaut être regardé”)⁴³. *La Maga*, uno de los personajes legendarios de *Rayuela*, de Julio Cortázar, va a consultar sus incertidumbres de amor con un “vidente ciego”. James Joyce ordena, categórico: “Cierra los ojos y mira”. El escalofriante capítulo llamado “Informe sobre ciegos” de la novela *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sábato describe un mundo subterráneo donde los ciegos ejercen su gobierno implacable con claridad total, mientras que José Saramago, en su novela *Ensayo sobre la ceguera*, muestra la capacidad infinita de los ciegos para urdir los más lúcidos planes. Las luminosas construcciones narrativas y filosóficas de Jorge Luis Borges corresponden a su período de sombras, llevando la paradoja del ver hasta el límite de haber sido el director de una biblioteca. “¿Podría alguien imaginar que es por una razón distinta a rendir homenaje a Jorge Luis Borges que he llamado Jorge al monje ciego, el único de los personajes que todo lo ve?”, se pregunta Umberto Eco⁴⁴. Jesús Martín Barbero acuñó el hermoso concepto de “mapa nocturno”, una cartografía para la oscuridad⁴⁵. Todos ellos parecerían estar diciendo que no son los ojos el instrumento de la lectura sino otro, presente pero innombrable, cuya existencia se comprueba no

⁴² Buffalino, Gesualdo. *Tomasso, el fotógrafo ciego*. Editorial Norma, Bogotá, 2001.

⁴³ Char, René. *Fureur et mystère*. Gallimard, Paris, 1962, p. 99.

⁴⁴ Hace alusión Eco a Jorge, personaje así llamado de su novela “El nombre de la rosa”.

⁴⁵ A las anteriores referencias podría agregarse la siguiente cita, tomada del diario personal del cantante Philippe Katerine: “Esta mañana me hice el ciego al ir a la panadería; caminé con los ojos cerrados, veía mejor”. (Fabrice Pliskin. Katerine, dessine-nous un cochon. Le Nouvel Observateur 2245, del 15 al 21 de noviembre de 2007).

por su materialidad físicamente mostrable sino por sus manifestaciones, tal como ocurre con las estrellas cuya existencia infieren los astrónomos por la luz que emiten: brillan, luego existen⁴⁶.

Los autores citados acreditan un valor complementario, corolario del anterior: no sólo se ve con algo que no son los ojos, sino que, inclusive, los ojos mismos no ven. René Char: “Somos invisibles porque nadie nos quiere ver”; Julio Cortázar, en su poema *Los amantes*: “Quién los ve andar por la ciudad / si todos están ciegos”. Si los ojos no pueden ver, quizás valga la pena explorar a fondo las experiencias de Aldous Huxley, que le permitieron ver con algo más que los ojos al ejercitar ciertos músculos atrofiados por las formas históricas del mirar que los seres humanos hemos hecho nuestras⁴⁷. ¿No hay ciegos que leen pantallas de computador con las manos? ¿Sordos que escuchan la música por su escritura (Beethoven)? ¿No son las experiencias sinestésicas una prueba de que un sentido específico puede servir para sentir aquello que en principio sólo sería legible por otro? Aquí está este verso de Francisco de Quevedo: “Y escucho con mis ojos a los muertos”⁴⁸. Así mismo, deberían ser estudiados los métodos utilizados por los chamanes, gracias a los cuales, mediando el uso de plantas alucinógenas, son visibles realidades que escapan a la mirada desnuda (de manera homóloga a como los perros escuchan sonidos producidos en una longitud de onda inferior a aquella en la que son audibles para los humanos).

¿Dónde está la ceguera? He aquí otra cita desconcertante de James Joyce en *Ulises*: “Un día, después de haber permanecido muchos minutos concentrado en pensar un problema, abrí los ojos y, para mi sorpresa, me encontré para siempre en el negro adiáfono. Pensé primero que todo estaba oscuro, pero pronto me di cuenta de que la oscuridad no estaba afuera sino dentro de mí”⁴⁹.

⁴⁶ Aunque, claro, todos conocemos la posibilidad de que la luz percibida puede haber nacido en una estrella ya extinguida (tal es la distancia, la incalculable y asombrosa distancia que debe recorrer que, en ocasiones, la luz no ha terminado de llegar pero la estrella donde se originó ya está muerta).

⁴⁷ Cf. Huxley, Aldous. *Las puertas de la percepción*. Edhasa, Barcelona, 1992. Huxley también afirma allí que “la mescalina (le) había procurado temporalmente la facultad de ver cosas con los ojos cerrados”.

⁴⁸ Citado por Borges, Jorge Luis. Op. Cit. p. 60.

⁴⁹ James Joyce. *Ulysse*. Flammarion, París, 2005, p.53.

Tal vez la familia a la cual pertenecen todos los autores antes referidos sea la de los “ateos ópticos”, aquellos en los que pensaba Paul Virilio al hablar de “...aquellos que ya no creen en sus ojos, ateos ópticos...” (Paul Virilio, 1996a : 93).

La mayoría de las afirmaciones anteriores no debería ser leída, por supuesto, de manera literal sino figurada. Es verdad que el sentido de la vista adquirió una preponderancia tal tras la invención de la imprenta (vinculó la lectura –uso del ojo–al medio–el libro–), que iría a copar en muy buena parte, a partir de entonces, el espacio de la expresión. Esa primacía parece haber comenzado un proceso de erosión con el uso extensivo de las tecnologías de lo audiovisual, cuyas escrituras exigen una codificación que no depende exclusivamente del ojo, ni el proceso de la lectura de sus textos pasa por la secuencialidad y horizontalidad propias de lo verbal. Las nuevas escrituras complejas, derivadas de la aplicación de las nuevas tecnologías, obligan en la lectura a la desagregación de los componentes (y luego a asociarlos en una relación nueva), uno de los cuales es apenas el verbal. Quizás todos estos autores mencionados antes nos están diciendo que hay una operación esencial en la lectura, que obra a través de mecanismos que superan el mero contacto físico entre la mirada y el texto, y que el lugar regio donde ella encuentra su plenitud y eficacia sea en la mente del lector (en su imaginario, en su ideología, en sus ideas, en sus prejuicios, en sus opiniones, en sus puntos de vista, en sus ensoñaciones, en sus delirios: ¿cómo llamarlo?), para lo cual sus ojos son superfluos. Existiría en el lector una predisposición de entendimiento que le conduciría a conferir sentido a los hechos que lee, no como si ese sentido derivara del texto o de su relación con él sino como una emanación de un pensamiento –el suyo– que le anteciedera. Estaríamos entonces frente a esta inquietante paradoja: **todo lector sabe de antemano cómo habrá de interpretar aquello que va a leer pues la índole de sus ideas permite anticipar el sentido que dará a su lectura. ¡El lector ya conoce lo que todavía no ha leído! De cierta manera, como si fuera un Tiresias de la lectura.** La verdadera lectura no se ejerce entonces con los ojos sino con las ideologías que cada cual tiene y ha estado construyendo y acumulando a lo largo de su vida (y que lo constituyen a él como sujeto), y que acuden en el momento en que se intersectan la mirada y el texto para imponer, de manera subrepticia, silenciosa y eficiente, su modo de percepción⁵⁰.

⁵⁰ Algo de lo anterior se encuentra en el siguiente recuerdo personal de una lectura: Lenin ironiza de esta manera frente a un rival que se queja porque no le presta atención a sus discursos: “Usted es de esas personas de las que uno ya sabe qué va a decir”.

El consumo de las informaciones se encuentra mediado no por los sentidos, como en un primer momento parece (o por lo menos en primera instancia), sino por las ideologías que constituyen a ese consumidor. Antes de los sentidos con los que el consumidor se acerca a las informaciones, se antepone su predisposición ideológica, capaz de negar, de acomodar o de transfigurar aquello que los sentidos le hacen aparentemente constatar. El consumidor consume con su ideología y luego los sentidos confirman lo que ya de antemano está establecido y mediado. Ese “querer ver” no es entonces un acto volitivo sino el dictamen inevitable y tiránico de los prejuicios, que obligan a ver lo que ellos quieren ver. No se lee de los ojos al texto sino de la mente al texto. Los ojos son una coartada.

De todos los recursos utilizados para alcanzar ese fin, el más notable es el de la borradura del sujeto de la enunciación, procedimiento que se expresa, de una parte, por la ausencia de firma en los artículos⁵¹, y, de otra, por la desaparición gramatical de la primera persona. A partir de Emile Benveniste (cf. Benveniste, 1966b) sabemos, sin embargo, que es a través del lenguaje como se constituye la subjetividad, y que entonces ésta, en la medida en que somos seres sociales a través del lenguaje, está siempre presente en nuestras relaciones de vida. No podemos sino ser subjetivos. La neutralidad frente a los hechos es un imposible; hacerla pasar como equivalente de objetividad es entonces un sofisma. La renuncia a la primera persona en los artículos analíticos no significa que en realidad desaparezca la subjetividad; ésta se infiltra en el discurso de diversas formas, encubiertas y mistificadas, pero basta una exploración rápida (una cierta hermenéutica) para ver emerger el perfil de su rostro inicialmente difuso o escondido (como algunos párrafos después intentaremos demostrar). “La palabra, como dice Breton (Stéphane Breton, 2005 : 21) (no obstante la multiplicidad de voces que se escuchan⁵²) siempre tiene un autor: siempre sale de una misma boca, es enunciada a partir de un lugar y define una perspectiva que le es propia”. Lo que critica este autor es la mistificación de querer hacer pasar como cierta la existencia de “una palabra sin sujeto”,

⁵¹ Salvo que se trate de un periodista muy destacado, caso en el cual conviene, en las ecuaciones morales que hacen los medios, la aparición de su nombre por razones de credibilidad y autoridad.

⁵² El análisis de Stéphane Breton es sobre la televisión; las referencias a la multiplicidad de voces es a las voces en un estudio de televisión.

idea coincidente con la de Roland Barthes según la cual los objetos parecieran hablar con voz propia⁵³. Para Breton (2005 : 26), “la subjetividad aparece por la necesidad de un mecanismo dramático pues el sujeto debe explicarse al otro, hacer escuchar sus razones, sondear su propio corazón. Si no hay sino un personaje nada sobrevendría puesto que, así como el ojo no se ve ver, el sujeto no se conoce por sí mismo. Sólo la mirada de otro le da la existencia”.

Pero así como se pretende hacer desaparecer al sujeto de la enunciación, simétricamente, se acentúan los caracteres que de manera más socialmente aceptada nos hablan de la objetividad. En el supuesto de que sean fidedignos, nadie discute, por ejemplo, la naturaleza objetiva de los datos estadísticos que integran el discurso analítico. Sin embargo, habría que anotar de paso que descontextualizados o recontextualizados indebidamente, esos datos objetivos pueden estar al servicio de cualquier intención del autor de los textos. Ahora bien, esa misma credibilidad concedida a los datos estadísticos no se le puede adosar a las fuentes evocadas. De una parte, los periodistas, amparados en la norma que los exime de revelar la identidad de las fuentes, pueden inventar fuentes en verdad inexistentes pero acreditadas como verdaderas por la sacralización fetichista del discurso y de lo impreso (cf. Érik Neveu, 2004). ¿Quién puede comprobarlas? De otra, el recurso de fuentes indeterminadas o impersonales (del tipo: se dijo, la opinión pública piensa, expertos afirman, uno de los testigos, los colombianos creen, etc.: “fuentes” que plagan los discursos analíticos) puede encapsular opiniones del periodista para enmascarar su propia presencia. Atribuir a otros lo que uno mismo piensa acudiendo a este tipo de recursos es una de las técnicas más eficientes para escamotear la voz del autor.

Sin embargo, la voz del sujeto de la enunciación se deja sentir a través de varias manifestaciones. La primera de ellas es el uso de adjetivos y de adverbios, que, como se sabe por la lingüística, son elementos de modalización del sentido (el primero por su incidencia en el nombre, el segundo en el verbo). La segunda por la aparición en los textos de fragmentos, que al no ser datos estadísticos ni atribuibles a fuentes, se impone la conclusión de que emanan del autor, así la relación entre fragmento y autoría no sea declarada. La tercera por la selección y la combinación de los temas elegidos,

⁵³ Ver “Primera Estrategia” (p. 60)

es decir, por la constitución de la agenda y la perspectiva de presentación elegida, que no vienen dadas por naturaleza sino por convención (cultural, política, ideológica). La cuarta por la puesta en clave de narrativa de la información, cuya forma más expresiva es la organización temporal del discurso: si hay narración, es porque alguien narra. ¿Quién es entonces este narrador, que de manera tan tenaz se nos oculta a nosotros los lectores? El análisis narratológico (cf. Tzvetan Todorov, 1968), homologable en estos aspectos al análisis discursivo, nos aporta la idea del grado de presencia del narrador. Todorov habla de “narrador de presencia fuerte” y “narrador de presencia débil”, subrayando lo que se infiere: no se habla de ausencia de narrador sino de matices de su presencia. El narrador de los discursos analíticos es de presencia débil, pero presencia al fin y al cabo. No hay narración (y los discursos informativos lo son) sin narrador.

Quizás el esclarecimiento de esta mistificación pasa por entender la diferencia entre discurso y relato. En el primero, la persona gramatical de referencia es la primera (*yo*) que se dirige a un (imaginado e imaginario) tu a propósito de algo exterior (*el, ella*); el tiempo alrededor del cual se construye es el presente y el lugar de referencia es aquí, es decir, aquel en donde se encuentra el narrador. En el discurso se implica al que habla. En el relato, en cambio, la persona gramatical de referencia es la tercera (*el*), y el *yo* y el *tú* están ausentes; el tiempo es el pasado simple y el lugar de referencia es allá. El relato, por lo tanto, no implica al narrador⁵⁴. Los discursos de la información quisieran pasar por ser relatos, es decir, pura exterioridad de los acontecimientos, sin intervención de la subjetividad (y para ello se pertrechan de todos los signos exteriores que manifiestan esa condición), pero son en realidad discursos, es decir, narraciones en las que se encuentra implicado el que narra.

Para profundizar este esclarecimiento es pertinente citar en extenso a Benveniste, quien distingue “dos planos de enunciación diferentes, que distinguiremos como el de la historia y el del discurso.

‘La enunciación histórica, hoy en día reservada a la lengua escrita, caracteriza el relato de acontecimientos pasados. Estos tres términos, “relato”, “acontecimiento”, “pasado” deben ser igualmente subrayados. Se trata de la presentación de hechos sobrevenidos en un cierto momento

⁵⁴ Ver Annick Mauffrey, Isdey Cohen y Anne-Marie Lilti, 1983 : 8.

del tiempo, sin ninguna intervención del locutor en el relato. Para que ellos puedan ser registrados como producidos, esos hechos deben pertenecer al pasado. Sin duda valdría la pena decir mejor: desde el momento en que son registrados y enunciados en una expresión temporal histórica, se encuentran caracterizados como pasados. La intención histórica constituye una de las grandes funciones de la lengua: imprime en ella su temporalidad específica, de la que debemos ahora señalar las marcas formales.

“El plan histórico de la enunciación se reconoce en que impone una delimitación particular a las dos categorías verbales del tiempo y de la persona tomadas conjuntamente. Definiremos el relato histórico como el modo de enunciación que excluye toda forma lingüística “autobiográfica”. El historiador no dirá nunca *yo* ni *tu*, ni *aquí* ni *ahora*, porque nunca tomará en préstamo el aparato formal del discurso, que consiste primero en la relación de persona *yo* : *tu*. Sólo se encontrarán pues en el relato histórico estrictamente hecho formas de la “tercera persona”. (Emile Benveniste, 1966 : 238-239).

Habría que explorar entonces el estatuto del discurso informativo para tratar de entender de mejor forma este problema. Es evidente que los clásicos argumentos sobre la objetividad, que dejaban suponer o afirmaban rotundamente una identidad entre el discurso y la realidad, no están en capacidad de disolver la comprobación de que “la realidad”, como afirma Jorge Luis Borges, “no es verbal”⁵⁵, según lo hemos citado ya en tres ocasiones. En términos más latos, podría decirse que la realidad es factual, comprobable, objetiva, existente más allá de nuestras voluntades, se impone a nosotros desdeñándonos; lo verbal (y por extensión cualquier otra forma de lenguaje en cualquier soporte material) es alusivo a esa realidad pero se le aleja. De alguna manera los discursos (informativos y otros) son meta-realidades que permiten a sus autores expresar su visión del mundo, de sus hechos y sus fenómenos, y en tal medida inscribir su pensamiento en las corrientes interpretativas de la realidad. Pero no son la realidad. El arte ya lo había dicho de otra manera y desde siempre: los bisontes pintados en las cavernas no son bisontes sino su representación (con fines prácticos, religiosos, de sobrevivencia, etc.); el “Guernica” de Picasso no es el

⁵⁵ Ver nota 8.

pueblo llamado Guernica sino la simbología de la brutalidad humana. No otra cosa nos ha querido significar René Magritte con la pintura llamada “Esta no es una pipa” pues, en efecto, esa pintura no es una pipa sino la representación de una pipa. Lo que en otros términos está diciendo Borges (y en últimas y de otra manera Picasso, y los habitantes de las cavernas, y Magritte) es que la realidad y su verbalización (es decir, su traducción a un lenguaje) no tienen la misma condición: deben ser considerados como dos entidades distintas.

Se trata entonces de una construcción –constatación de la cual hay que sacar algunas conclusiones–. En primer término, es inferible que en la medida en que es el resultado de un trabajo individual (o al menos individualizable), debe poner de presente, tras un trabajo hermenéutico (es decir, directamente sobre el texto), los rasgos ideológicos de su autor (su percepción, en primer término del asunto que desarrolla y de todos los elementos –hechos, personas, valoraciones- que allí se encuentran involucrados). Esta afirmación sigue siendo válida inclusive si, tal como ocurre en el momento actual, las informaciones no son producidas por un individuo⁵⁶ sino por equipos encargados de etapas de su elaboración⁵⁷; pero, o bien, finalmente el contenido de una información es asumido por un autor a través de su firma explícita (hecho excepcional respaldado por el prestigio de una pluma, como ya lo hemos dicho), o bien, lo que esa información colectivamente producida refleja es la percepción del medio que la publica. Pero, más allá, (y en segundo lugar), en tanto esta primera percepción es representativa de un universo personal más general, también la información revela (o está en capacidad de revelar) la visión del autor sobre la sociedad y sobre las relaciones entre los individuos. Pues toda escritura contiene en escala los rasgos ideológicos de su autor, de manera análoga a como una célula contiene toda la información del ser al que pertenece. Además, como no hay dos escrituras iguales (inclusive si hay intenciones paródicas o, peor, plagarias), es válido asegurar que cada escritura constituye algo así como la huella digital de su autor. En

⁵⁶ Érik Neveu dice al respecto: “Hay que substituir la pareja del periodismo y su “obra” por la acción de un complejo de “maquinitas” (oficios, dispositivos técnicos, normas profesionales, jerarquías), a menudo invisibles al público” (Érik Neveu, 2004 : 47).

⁵⁷ Ver “Segunda estrategia” (p.78)

tercer término, si ese autor está inscrito en un juego de relaciones que determina su lugar en la sociedad (nadie vive por fuera de ellas, a no ser los seres humanos mitológicos criados por animales: *Tarzán* antes de tener consciencia de serlo, antes inclusive de su nombre; o *El niño de la selva*, del título homónimo de Rudyard Kipling), podría decirse entonces que esa construcción es también social. La mano del que escribe de alguna manera está también guiada por la mano de la sociedad.

Podría quizás abordarse de manera más clara este problema si se analiza un terreno homólogo, el de los noticieros de televisión. En este terreno, la voz del narrador se transluce (habría que encontrar las equivalencias en los discursos escritos, como se intentará más adelante, en p.78) igualmente por el uso de elementos paralingüísticos (y por lo mismo de una detección muy fina) como el tono de los discursos. Ives de La Haye, citado por Neveu (Ives de La Haye in Érik Neveu, 2004:70-71) lo argumenta de manera suficiente: “Ives de La Haye trata de mostrar cómo los discursos de prensa vehiculan en sus formas narrativas mismas una visión del mundo deferente hacia el orden establecido. Para ello utiliza dos instrumentos de clasificación (...). Inspirado en Jakobson, la categoría del ‘tono’ clasifica los textos en función del grado de implicación del locutor y del modo como se dirige al receptor. En un extremo, los tonos ‘político’ o ‘polémico’ comportan un fuerte compromiso normativo; el segundo se reserva con mucho gusto para evocar a aquéllos que problematizan el orden social. En el otro extremo, los registros ‘prudencial’ y ‘reverencial’, que a menudo dan cuenta de los discursos institucionales, despliegan al contrario los signos de la neutralidad más ostentatoria o de la aquiescencia a las declaraciones de la fuente. El tono ‘tecnocrático’ se singulariza por la borradura del locutor detrás de un discurso que debe imponerse a todo ser razonable, enuncia el orden natural de las cosas. Se puede actualizar esta categoría pensando en la manera como una parte de la información económica audiovisual presenta los impactos sociales de los procesos de financiación de la economía como un *fatum* cuya impugnación sólo puede nacer de la ignorancia, de la fijación en el pasado o de una nostalgia del mundo soviético (...). De otra parte, La Haye utiliza una metáfora del periodista-cocinero que transforma lo crudo de los hechos en plato consumible por diversos procesos de ‘cocción’. Asocia de esa manera una categoría de la ‘narración’ (que puede identificarse con el reportaje) a la imagen de una cocción rápida: informe factual y preciso, yuxtaposición y enumeración de hechos, dramatización. Este registro

narrativo tiene por efecto ‘poner en escena, no en duda’, de volver improbable una comprensión causal del acontecimiento, sumergido por un mar de detalles. La ‘disertación’ (de la que los editoriales de los semanarios dan una ilustración) funciona ‘*a l’étouffée*’. (...) Haciendo gran uso de las citas, de las alusiones cultas y de las flores retóricas, el ejercicio insiste sobre la extrema complejidad de los problemas, los lleva a la condición de eternas preguntas sobre la naturaleza humana. La Haye asocia a esta forma una doble función ideológica: descalificar toda solución innovadora o radical por la invocación de la complejidad, disolver los determinantes sociales e históricos de los acontecimientos”.

También existen razones de orden filosófico para sostener estas ideas. En efecto, para Michel Foucault (cf. Michel Foucault, 1987), sujeto y objeto no constituyen una pareja antinómica, es decir, una contradicción que anula los términos enfrentados; son, al contrario, términos complementarios y mutuamente necesarios. En efecto, el objeto se constituye cuando un sujeto lo integra en un lenguaje, cuya naturaleza inherente es la de la significación. Podría decirse también que el objeto está constituido por el sujeto cuando éste lo somete a las tensiones y restricciones de un discurso, cualquiera que sea su materialidad. Mientras los objetos no adquieran una condición significativa en virtud de la intervención intencionalmente significativa del sujeto, su existencia es, por decirlo de alguna manera, inhumana. Son “objetos” significativamente inertes, materia muda, ausencia plena de radiación de ideas. Simétricamente, un sujeto, como ya lo hemos sostenido, sólo se constituye a través del objeto (cf. Benveniste, 1966b). Los seres humanos se convierten en sujetos sociales cuando ejercen su capacidad de objetivar las relaciones que los unen, facultad que siempre opera a través de su capacidad de nombrar, es decir, de integrar los objetos al lenguaje. Si el oficio del poeta es eterno, quizás bastaría explicarlo por su capacidad inagotable de nombrar: su lenguaje siempre nos está renovando, y con nosotros a la sociedad entera. Los acontecimientos sociales no existen significativamente por fuera del discurso que los nombra. Una huelga de obreros es una huelga de obreros desde el momento en que es nombrada así; mientras no lo sea, es decir, mientras no haga parte del mundo de las significaciones, la huelga no existe, por más que los obreros de sangre y hueso se estén muriendo de hambre. No estamos afirmando que los hechos sociales tengan una existencia puramente solipsista: las significaciones no quieren decir existencia pura en el imaginario del que

integra la mención a los hechos sociales en su discurso, puesto que ellas remiten a una cierta referencialidad, es decir, a un mundo exterior a la significación. Tal es el principio mismo de los discursos informativos. No ocurre lo mismo en el solipsismo, concepto que acepta la existencia de las cosas en el imaginario de los sujetos y jamás por fuera de su mente: dejar de pensar en algo implica, de acuerdo con esta lógica, su desaparición, su inexistencia, o, más exactamente, su no existencia. O, para decirlo con una paradoja, los obreros de la huelga inexistente mencionados arriba sí mueren de hambre.

SEGUNDA ESTRATEGIA: NEUTRALIZACIÓN DE LA POLISEMIA

Al mismo tiempo que se adelanta esta primera estrategia, una segunda, de orden distinto, centrada más en los aspectos formales de la elaboración de los discursos, comienza a montarse, tendiente no a coadyuvar en la producción del efecto de objetividad, como la precedente, sino a reducir los sentidos posibles de los discursos hasta el límite ideal de la univocidad. Las dos estrategias son dos maquinarias puestas en marcha simultáneamente para alcanzar fines particulares, pero complementarios. La táctica para dar satisfacción a las pretensiones de esta segunda estrategia radica en ahogar las condiciones con base en las cuales aflorarían los diversos sentidos potenciales de un hecho, posibilitados por el carácter polisémico del lenguaje, y el lector termine dándole a esos hechos el sentido deseado desde la producción. Dicho en otros términos, esta estrategia busca el ahogamiento de la azimutalidad del lenguaje, con el fin de, conducido por un camino canalizado, volverlo unívoco. Conviene precisar que decir “sentido deseado” no es exacto: en el lenguaje (en cualquier lenguaje), el deseo nunca obedece plenamente a una voluntad consciente, de tal forma que lo deseado puede proceder de una voluntad planificada a la cual se le agregan otros elementos no controlados por quien diseña el “sentido deseado”, como ha sido ya ampliamente demostrado por la teoría psicoanalítica al atribuir al inconsciente un peso considerable en las decisiones de los seres humanos, y desarrollado en el campo específico de los estudios de lenguaje por autores como Pierre Bourdieu (1982), Oswald Ducrot (1982, 1986), John Searle (1983, 1986), entre otros.

Esta segunda estrategia se despliega con base en operaciones, es decir, en procedimientos por medio de los cuales un sujeto específico transforma la realidad en un discurso informativo. La realidad es transformada

en lenguaje, y esta mutación es resultado de una operación⁵⁸. Habría que precisar, sin embargo, que los procesos de producción de los artículos de los grandes medios escritos hoy en día obedecen a criterios en los que discernir la responsabilidad individual se ha vuelto prácticamente imposible. Un artículo implica el trabajo conjunto e intrincado de varias personas que se distribuyen distintos roles complementarios en el proceso, de tal forma que la atribución final de la autoría de ese texto, en rigor, debería recaer en todas ellas y no en una sola. Dicho de otra manera, los discursos informativos que consumimos son consecuencia de decisiones diversas que no dependen en su totalidad, ni de lejos, del periodista que escribe el artículo. El acto de escritura es apenas una faceta. E inclusive, en un primer nivel de decisión, es muy posible que ese periodista ni siquiera participe: el Comité Editorial, del que en principio pueden no hacer parte los redactores, elige temas y asigna articulistas. Una vez escrito el texto, su forma final se encuentra intervenida por otros responsables: director, editor, fotógrafos, diagramadores (inclusive, hay personas dedicadas casi exclusivamente a titular). Esquemmatizando entonces, el proceso contemporáneo de producción de un artículo pasa por tres etapas –concepción, producción, edición– (podría inclusive hablarse de una cuarta: impresión) en las que la incidencia del autor (llámese “periodista”, si se quiere; en términos de la lingüística y de la Teoría del Discurso recibe el nombre de “Sujeto de la enunciación”) se limita a la segunda. La desaparición del nombre del autor –práctica muy extendida en el tipo de publicaciones que analizamos— obedece, sin embargo, no a una especie de acto justo (si el artículo es producido por varias personas ¿por qué, en efecto, habría que atribuírselo a una sola?) sino a una conveniencia finalmente ideológica: los artículos deben producir la apariencia de que los hechos hablan sin interdeterminaciones, con el fin de reforzar lo que hemos llamado “efecto de objetividad”, cuya garantía en el imaginario viene dada por la ausencia de toda subjetividad (de ausencia, entonces, entre muchos otros, de firma autoral).

58 Que se hable de “mutación” (de la realidad en lenguaje) debería ya ser un primer indicio fuerte acerca de la imposibilidad de equivaler discurso y realidad, de una parte, y, de otra, de las necesarias intervenciones subjetivas y, por ende, de la falacia implícita en la idea de objetividad discursiva.

Estas operaciones no siempre son reconocibles en todos los discursos, aunque algunas de ellas son imprescindibles en cualquiera que sea; algunas pueden ser utilizadas en dos de las etapas señaladas, pero casi nunca en las tres.

LISTADO Y DEFINICIÓN DE LAS OPERACIONES

El siguiente es un listado de las operaciones discursivas reconocibles en los discursos de la información, variante los llamados “artículos analíticos”, acompañadas de una breve descripción y de una indicación sumaria sobre la fase del proceso en la cual intervienen (ya sea exclusiva o predominantemente):

Selección: Permite elegir cuáles hechos de la realidad van a ser tratados, en detrimento de otros que son dejados por fuera de la agenda informativa; permite igualmente reconocer y trabajar algunos aspectos (y no otros) del hecho elegido. Toda selección implica eliminación; toda escogencia conlleva desecho. Por su naturaleza, está presente en todas las etapas.

Combinación: Relaciona temas entre sí y los elementos propios del hecho elegido. Igual que la operación anterior, se utiliza en todas las etapas del proceso.

Jerarquización: Ordena en escala de importancia los hechos elegidos. Esta operación es más fuerte en la etapa de la edición que en la de concepción.

Clasificación: Inscribe los hechos tratados en rúbricas (o secciones) predeterminadas, y hechos distintos pertenecientes a una misma rúbrica dentro de ésta en subsecciones. Actúa en la concepción y, sobre todo, en la edición.

Interdeterminación: Relaciones con textos publicados en otros medios, sin importar la naturaleza de éstos. En ocasiones es reconocida también en la etapa de producción.

Temporalización: Marcas de tiempo por medio de las cuales se reconstruye la estructura temporal sobre la que se desarrolla el discurso.

Espacialización: Indicación de los lugares en donde ocurren los acontecimientos abordados.

Explicación: Los argumentos que dan cuenta racionalmente del porqué se da un hecho determinado.

Circunstancialización: Las circunstancias en las que el hecho se produce.

Contextualización: Los elementos de orden distinto y de mayor amplitud al hecho acontecido que permiten comprenderlo de manera más prolija.

Acreditación: Atribución por razones de autoridad y de búsqueda de verdad a otros distintos al narrador de las explicaciones y de las circunstancias que rodean el acontecer de un hecho.

Persuasión: Uso de figuras retóricas en una estrategia de persuasión (no es otra la finalidad de la retórica: persuadir); la más destacada de ellas es la metonimia. Esta operación y las siete anteriores, actúan exclusivamente en la etapa de producción, salvo la interdeterminación, que también lo hace en la etapa de concepción⁵⁹.

Nominación: Esta operación titula, nombra clases y subclases, secciones y subsecciones, rúbricas.

Como se ve con facilidad, cada una de estas operaciones, como ha sido dicho antes, es consecuencia de una intervención humana (una intervención de una subjetividad, en consecuencia) puesto que ellas por sí mismas no pueden darse. No hay textos autosuficientes ni en sí. A su manera, reconocer esta característica refuerza el argumento que contradice la idea de la desaparición del sujeto de la enunciación, que es, como ha sido dicho, el objetivo de la primera estrategia arriba señalada; pero la finalidad de la segunda estrategia, así conduzca también a la borradura del sujeto, es fundamentalmente la reducción de sentido.

OPERACIONES EN ACTO

En este apartado intentaremos hacer consideraciones conceptuales más pormenorizadas acerca de cada una de las operaciones arriba sólo censadas y definidas, acompañadas de casos de análisis particulares y aislados (es decir, sin relación entre los casos, o, en todas circunstancias, sin que se pretenda establecer una relación entre ellos). Se acude además a ejemplos misceláneos por la razón ya dada anteriormente: no siempre se encuentran reunidas en un texto todas las operaciones discursivas.

⁵⁹ Así como la retórica clásica tiene como objeto el lenguaje verbal, modernamente se han desarrollado derivaciones que toman como objeto otros lenguajes. Roland Barthes afinó sistemas retóricos referidos a la imagen, y parcialmente a la arquitectura, a la moda y al comer.

Selección

La selección de los hechos, que a ojos de los responsables de una publicación ameriten ser dados a conocer —es decir, vueltos acontecimientos— responde en su mayor parte a decisiones básicamente subjetivas: intereses políticos, necesidades ideológicas, exigencias circunstanciales, demandas coyunturales. En todo caso, son en la mayor parte de los casos convicciones y condiciones de orden personal (ideologías superpuestas a condiciones de poder: ser editor, por ejemplo), y no hay nada que permita probar que esa selección corresponda a la naturaleza intrínseca del hecho. Los hechos en sí mismos son irrelevantes. Así, por ejemplo, al examinar la carátula de la revista *Cambio* 775 (ver Anexo 2), se observa que de los incuantificables hechos ocurridos en la semana cuya periodicidad atañe a esa publicación fueron escogidos tres: los titulados “Unidos por accidente” (acerca de las “figuras políticas” que se oponen a la reelección —de Uribe—), “País: Yidis salpica a más funcionarios” y “Cuba: la otra revolución”)⁶⁰. ¿Por qué esos hechos a los que hacen referencia los titulares y no otros? ¿Cuáles son los criterios de importancia que entran a jugar en el momento de elegir estos hechos y desechar los otros? A un nivel más general puede afirmarse que esos criterios de selección son también aplicados a los temas que conforman la totalidad de la revista. ¿Por qué fueron preferidos los tres ya señalados para ocupar la portada, en desmedro de los relegados al interior de la publicación? ¿Por qué los hechos de carátula y los de páginas interiores fueron privilegiados contra los que no se incluyen de ninguna manera? La carátula de la revista *Semana* 1358 que coincide con el período de publicación de la anterior seleccionó (ver Anexo 3), de su parte, dos hechos: “De regreso” (sobre la reaparición del periódico *El Espectador*) y “Nuevas revelaciones del PC de Reyes”. No hay, pues, coincidencias entre los hechos escogidos (al menos no en los de la carátula); la explicación habría que buscarla en la aplicación arbitraria de criterios personales, válidos por lo tanto desde la ideología desde donde se proyectan pero no imputables a una supuesta condición inherente de los hechos. De alguna manera, al proceder de esa forma se está imponiendo una agenda de discusión social cuya “objetividad”, por derivar de dictámenes ideológicos, es controvertible.

⁶⁰ Aunque estamos diciendo mal: en verdad, esos no son los hechos sino los titulares que se les han atribuido.

Ahora bien, no debe sorprender, sin embargo, que ocurran hechos que, por su fuerza social, terminen por imponerse en las agendas informativas. Al hablar de “fuerza social de un hecho” estamos queriendo subrayar su trascendencia (es decir, su capacidad de interpelar profundamente a la sociedad entera) y no su naturaleza interna. La noción de trascendencia social rebasa el perímetro de los criterios personales pues concierne a intereses de orden general. ¿Un volcán que explota y arrasa una ciudad de 25.000 pobladores no trasciende a la sociedad entera? ¿El irrespeto a la soberanía de un país vecino no nos concierne a todos los individuos de nuestra sociedad? ¿El otorgamiento de un premio Nobel de literatura? La liberación de Ingrid Betancourt, por ejemplo, dio lugar a carátulas dedicadas a este hecho en las dos revistas (para no mencionar los titulares de otros semanarios y de los diarios). Lo mismo aconteció con las carátulas de *Semana* y *Cambio* de la tercera semana del mes de febrero de 2001 (ver Anexos 4 y 5), cuando el entonces presidente Pastrana se reunió con Manuel Marulanda Vélez (no llamado en esa ocasión Tirofijo: había que evitar las incorrecciones políticas)⁶¹ para darle un nuevo impulso al moribundo proceso de paz del Caguán. Los ejemplos podrían ser múltiples; interesa señalar que estos hechos, por su densa capacidad de interpelación social, de alguna manera se imponen en portadas y primeras páginas por encima de las voluntades subjetivas de quienes tienen a su cargo su realización. Para conciliar las diferencias entre manipulación y obediencia, parecería que los responsables de hacer la carátula trataran de fundir intereses ideológicos personalizados con trascendencia social o, en todo caso, hacer pasar los primeros como si pertenecieran a la segunda categoría. Desde la lectura (aunque también desde la escritura), la dificultad radica en determinar cuáles hechos pueden ser considerados de más o menor trascendencia que otros, en el supuesto de que quienes tengan la responsabilidad de hacer la publicación estén animados por una voluntad de representar en las portadas los hechos de verdadera trascendencia. Pero, como se ha insistido ya tantas veces en este trabajo, la voluntad no es la única dimensión que interviene en la producción de discursos informativos. Sin embargo, es

⁶¹ Correcciones que tenían antecedentes históricos, quizás el más notable el “don Manuel” de la época de Belisario Betancourt. De hecho: ¿es Betancourt o Betancur?

claro que esa consideración, desde luego, no puede ser hecha en términos cuantitativos.

En todo caso, otra dimensión incidente en la selección, diferente a los criterios con los que se reconoce o se niega la trascendencia de un hecho, tiene que ver con las informaciones desechadas por razones de orden político: en opinión de Paul Virilio, “La televisión y la prensa tienen el poder exorbitante de mentir por omisión, al censurar y prohibir las informaciones que no les convienen o las que podrían afectar sus intereses” (Paul Virilio, 1993 : 13); y más adelante, de forma más categórica: “...el verdadero problema de la prensa y de la televisión ya no es tanto lo que son capaces de mostrar sino lo que todavía pueden borrar, esconder, que ha constituido, hasta aquí, lo esencial de su poder” (Paul Virilio, 1993 : 15). La operación de selección, en pleno; pero esta vez por omisión.

Combinación

Si se tomara como base empírica las dos carátulas referidas en **Selección** (p.82) podría decirse que, de las tres informaciones aparecidas en la revista *Cambio*, la relativa a la reelección de Uribe es más importante que las otras dos en razón de su mayor despliegue diagramático (una ilustración con fotos de algunas de las “figuras políticas”, titular en letras de un peso tipográfico elevado, una especie de subtítular hecho de dos frases completas). De las otras dos, hay en la carátula una serie de elementos que permiten inferir que la de Cuba es de mayor importancia que la de Yidis por el tamaño de la letra, por el reconocimiento a la autoría del artículo (Ricardo Santamaría) y por estar su titular acompañado de una fotografía. De manera pues que entre las tres informaciones hay un orden jerárquico de importancia que es consecuencia, en rigor, de una combinación particular de las tres. Los elementos de la información más importante también se encuentran sometidos a la operación de combinación en la medida en que, por ejemplo, el orden de las dos frases, portadoras cada una de un sentido determinado, producen un efecto de sentido global y particular como consecuencia del orden en que son presentadas. Estos efectos, distintos según la forma en que son combinados los elementos que los generan, son consecuencia de la lógica misma del pensamiento y de la expresión pues, al menos en lo que se relaciona con el lenguaje, su carácter lineal obliga a una cadena de sucesiones que excluye la simultaneidad expresiva. Las unidades de significación son discretas, por lo que se impone forzosamente la combinación, que establece un orden determinado. Habría que imaginar

si, por hipótesis, la información más importante hubiese sido la relativa a Yidis: el despliegue de los elementos de significación hubiese sido otro totalmente distinto.

Reflexión semejante podría hacerse a propósito de la carátula de *Semana*. En ésta, la combinación se da entre dos hechos (el regreso de *El Espectador* y las revelaciones del computador de Reyes). ¿Por qué la información más importante es la relativa al periódico bogotano? Y, en consecuencia, ¿por qué es secundaria la del computador de Reyes? Dicho en otras palabras, ¿cuáles son los criterios que determinaron esta combinatoria y no otra?

Que las formas de combinación difieren es una evidencia; quién sabe qué tanto lo sea que el sentido derivado de las formas singulares de combinación sea distinto. Sin embargo, el ejemplo más sencillo podría ser éste: éste es un pobre hombre, éste es un hombre pobre. Las dos combinaciones arrojan sentidos distintos, muy distantes el uno del otro.

Jerarquización

No hay publicación que no introduzca una escala jerárquica entre los distintos artículos que la componen. Los diarios y semanarios dirigidos a públicos “populares”⁶² presentan una primera página o una carátula, compuesta de elementos dispares en los que no parece regir ningún criterio de orden. Este caos, sin embargo, es sólo aparente; en realidad, como dice William Shakespeare en *Hamlet*, “hay un método en su locura”. Así como los discursos esquizofrénicos obedecen a una lógica (cuyo desentrañamiento es justamente el desafío del analista), el desorden de estas páginas que percibimos tiene un hilo conductor cuyo curso es subterráneo y es respuesta, en realidad, a una especie de estética fragmentada en la que los principios de organización difieren radicalmente de los que usualmente utilizan los públicos “burgueses”. En las publicaciones dirigidas a estos últimos, otra estética gobierna la jerarquía de las informaciones, caracterizada por su ajuste a los criterios de orden y de limpieza visual. Si en los noticieros de televisión esta jerarquía se expresa por el orden temporal de emisión de las informaciones (es jerárquicamente más importante la información con que abren los noticieros) y menos por su extensión (hay discursos informativos referidos al universo de la farándula más largos que los que hacen referencia

⁶² Eliseo Verón habla de “semanarios burgueses” y de “semanarios populares” según el tipo del público al que se dirigen.

a otros universos en principio más “serios” y más “trascendentes”), en las revistas informativas, en cambio, esta jerarquía se materializa sobre todo en la carátula. En revistas como *Semana* y *Cambio*, las informaciones que aparecen en su carátula revisten una importancia mayor que las que son sólo presentadas en sus páginas interiores. Y aun en cada carátula hay un orden jerárquico entre las informaciones que allí coinciden, dado por el despliegue de imagen y de texto que las acompaña. La carátula de la edición 1.293 de *Semana* (ver Anexo 6) incluye dos informaciones cuya jerarquía no admite dudas: una que ocupa casi la totalidad de la página, en la que se ve un montaje con una foto del presidente Uribe Vélez acompañada de un texto relativamente extenso “Calma, Presidente. La ira de Uribe contra sus críticos desconcierta al país. ¿Rabia o estrategia?”, y otra, de un renglón, ubicada encima del nombre de la revista: “Calentamiento global: en el punto de no retorno”. La aparición de estas dos informaciones en la carátula insinúa igualmente que ambas son, en su conjunto, de mayor importancia que las que sólo aparecen en las páginas interiores. Esa misma organización jerárquica está presente en la revista *Cambio*, aunque sus niveles son menos claros que en la revista *Semana*. Así, por ejemplo, en la carátula de la edición 716 (ver anexo 7), aparecen, al lado de la que indiscutiblemente es una información superior (conformada por una foto del entonces ministro del Interior y Justicia, Carlos Holguín Sardi, acompañada de un texto largo –“La mala hora. Errores de manejo y presiones de la casa de Nariño tienen en capilla al ministro del Interior”–), tres informaciones más a las que es casi imposible atribuir una jerarquía entre ellas: “Gobernador del Cesar: una foto lo compromete”; “Sexo: de dónde agarrar” (con una ilustración pequeña de una mujer obesa vista por varios hombres caricaturalmente gordos); “Tendencias: la moda rapera” (con la foto de un basketballista negro norteamericano). Entre la “sobriedad” “burguesa” de *Semana* y el caos de las publicaciones “populares”, la carátula de la revista *Cambio* se ubica en un punto más cercano a la primera, pero con ciertos aires que evocan a las segundas. En el caso de esta publicación, estas cuatro informaciones tienen un rango superior jerárquico al de las informaciones que son sólo presentadas en el interior.

Clasificación

El lugar donde mejor se cristaliza la operación llamada “clasificación” es el sumario. En él se exhibe de manera sucinta y esquemática cómo una publicación preconice la realidad –las secciones, subsecciones y rúbricas

son indicativas de la manera como una publicación juzga la naturaleza de los hechos antes de que ocurran—, al tener establecidos de antemano los lugares particulares en donde van a incluirse los acontecimientos. La clasificación, en este tipo de publicaciones, precede al análisis. En tal sentido, no hay acontecimiento que no sea previsible. Sin embargo, las secciones, las subsecciones y las rúbricas funcionan como un mecanismo de calificación de los hechos y de ordenamiento de una realidad, no obstante, por principio compleja. Los procesos de inteligibilidad comienzan a operar desde el mismo momento en que existe esa red preconstruida pues sus alvéolos atribuyen por sí solos una significación previa. Al incluir un determinado acontecimiento dentro de una sección y dentro de una rúbrica específicas, el acontecimiento comienza a ser dotado de un sentido. En cuál sección incluir una huelga obrera: ¿en “Políticas” o en “Económicas”? La muerte de una persona arrollada por un futbolista famoso: ¿en “Deportes” o en “Judiciales”? De alguna manera, actualizando una versión del mito de Procusto, las revistas semanales deben hacer caber todos los hechos que hayan sido seleccionados en esa especie de lecho conceptual⁶³, inclusive aquellos que no estén preclasificados pues lo imprevisible también dispone de su espacio. Todo lo que merezca ser elevado a la categoría de acontecimiento puede encontrar su espacio en la publicación puesto que ya le está predeterminado. Para Neveu (Érik Neveu, 2004 : 86) se trata de un poder otorgado por la *agenda-setting*: “El término —que podría ser traducido por establecimiento de un orden del día— designa la capacidad que tienen los medios por la selección de las noticias de producir una jerarquización de la información y de ejercer así una influencia que no es tanto la de modelar comportamientos como la de definir los temas dignos de la atención colectiva. Ese poder se prolonga en los encuadres (*encadrements*, *framing* en inglés) que constituyen una panoplia a menudo limitada de modos de tratamiento de un tema y son al mismo tiempo filtros que bloquean la cobertura de acontecimientos que no encuadran en los marcos y no disponen de relevos sociales”.

⁶³ El llamado “Mito de Procusto” dice que Procusto era un “asaltante fabuloso, llamado también Damastes o Polipemon” que se instalaba en “la ruta cerca de Megara, detenía los viajeros y los sometía a un suplicio. Los forzaba a acostarse en una de sus dos camas de dimensiones diferentes: los grandes en la pequeña, los pequeños en la grande; cortaba los pies de los grandes y estiraba los miembros de los pequeños para ajustarlos a las dimensiones de la cama”. (Tomado del diccionario Petit Robert).

Se entenderá que este sistema de clasificación previamente constituido induce a actitudes de rutina; como toda rutina, se adormece entonces la capacidad crítica y se anestesia la creatividad, con lo cual los medios comienzan a emanar ese inconfundible efluvio repugnante de cosa vieja. Las transformaciones morfológicas de los medios, que por lo general no afectan la línea editorial sino la fachada de las publicaciones, obedecen, entre otras cosas, a la necesidad de quebrar las rutinas de producción y de lectura, que aunque facilitan la producción del medio y producen el efecto narcótico ya señalado, tienen, en cambio, una incidencia nefasta en el mercadeo, su verdadero corazón.

La estabilización de las rúbricas a lo largo de los diversos números de una publicación crea, además y simultáneamente, matrices de escritura y de lectura que se van lignificando en un intercambio de mutua cooperación, muchas veces inconsciente, entre autor y lector. Nada más parecido a un texto de una publicación que otro texto de esa misma publicación. La porción de realidad aislada se parece de un número a otro, el estilo se repite, el tratamiento de un problema es el mismo, la adjetivación no cambia, los personajes parecen ser iguales. Aunque difiere lo anecdótico, hay un aire de semejanza: “Los rostros nos son desconocidos pero sus caras nos son familiares” (Auben y Benasayag, 1999 : 17).

La revista *Semana*, si un lector se guía por el sumario de la edición 1.293, divide el universo de los acontecimientos en las secciones “Adelante”, “Actualidad” (a la que pertenecen las subsecciones “Nación”, “Economía y negocios” y “Mundo”), “Secciones” (que comprende las subsecciones “Gente” y “Cultura”), “Columnas de opinión” e “Informe especial”. Resulta curioso señalar que la sección llamada “Adelante” responde a un criterio puramente topográfico, pues es la sección que está en la primera parte de la revista, mientras que las otras son denominadas en función de las áreas temáticas que abordan o de los formatos de escritura (“Columnas de opinión”). Resulta igualmente curioso que una sección se llame “Secciones”, como si las otras fueran cosa distinta; o que una subsección se llame “Mundo” y esté colocada en un mismo nivel de clasificación que “Nación”, como si ésta no hiciera parte de aquella. Por lo demás, el informe especial, que versa sobre el calentamiento global, ¿no podría ser incluido en “Mundo”? De otra parte, cada subsección está conformada por rúbricas cuyos nexos lógicos revelan el concepto que la publicación tiene de ella (de la subsección); así, por ejemplo, la subsección “Cultura”, perteneciente a la sección

“Secciones”, se encuentra desglosada en las rúbricas siguientes: “La tenacidad del ‘negro’” (sobre el caricaturista Fontanarrosa, conocido por sus amigos como “El negro”), “Libros”, “Cine”, “Vladdomanía”, “Sociedad”, “Clasificados”, “Pasatiempos”, “Publicidad y Negocios” y “Al portador”. La cultura para la revista *Semana* es entonces ese listado surrealista de actividades en las que se codean en un mismo nivel de importancia fotos de eventos de relaciones públicas donde la gente recibe diplomas y toma whisky de 18 años de envejecimiento (“Sociedad”) con reseñas de libros, avisos clasificados y sudokus y crucigramas. Un sumario ilógico y absurdo, un verdadero galimatías. Categorías de peso lógico equivalente se encuentran subsumidas unas en otras, categorías que se anulan entre sí, categorías que no corresponden al mismo nivel descriptivo. Una de las páginas más conocidas de Jorge Luis Borges es aquella en la que cita “cierta enciclopedia china que se titula *Emporio celestial de conocimientos benévolos*” y en cuyas “remotas páginas está escrito que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluídos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas” (Jorge Luis Borges, 1960 : 142). Al reflexionar sobre esta taxonomía, Michel Foucault dice que “lo que se ve de golpe, lo que, por medio del apólogo, se nos muestra como encanto exótico de otro pensamiento, es el límite del nuestro: la imposibilidad de pensar esto” (Michel Foucault, 1989 : 1). Igual comentario admitiría el sumario de la revista *Semana*: están tan por fuera de la lógica las categorías de organización de los artículos en el sumario que se nos hace “imposible pensar esto”. Que un escritor plantee en sus textos realidades imposibles de pensar no sólo habla de su genialidad sino que, de alguna forma, es la obligación derivada de la naturaleza de su oficio: nadie podría reprochar a Borges que construya una taxonomía en la que unos elementos de la serie contienen la totalidad de los otros elementos, de la misma manera que nadie podría objetar a Franz Kafka su afirmación de que “Una mañana, Gregorio Samsa se despertó convertido en insecto”. El arte es afirmativo (no demostrativo). Pero que una revista informativa, cuya sujeción a la realidad es parte de su deber deontológico y social, ordene la realidad con base en categorías contradictorias, antagónicas y absurdas es, por decir lo menos, una irresponsabilidad. Unos párrafos más

adelante, Foucault especifica más su pensamiento sobre la clasificación de Borges diciendo que ese texto lo había hecho “reír durante mucho tiempo, no sin un malestar cierto y difícil de vencer. Quizá porque entre sus surcos nació la sospecha de que hay un desorden peor que el de lo incongruente y el acercamiento de lo que no se conviene; sería el desorden que hace centellear los fragmentos de un gran número de posibles órdenes en la dimensión, sin ley ni geometría, de lo heteróclito; y es necesario entender este término lo más cerca de su etimología: las cosas están ahí “acostadas”, “puestas”, “dispuestas” en sitios a tal punto diferentes que es imposible encontrarles un lugar de acogimiento, definir más allá de unas y de otras un lugar común”. *Mutatis mutandis*, esa misma imposibilidad de encontrarles un lugar común a las categorías de la realidad que presumen representar la organización fáctica de la realidad significa bien cuánto de artificioso tiene el sumario: aunque a los ojos del lector éste se ofrezca como el lugar donde coexisten lógicamente esas categorías, su arbitrariedad (“la imposibilidad de pensar esto”) es tal que el sumario no puede ser sino un no-lugar: una utopía.

Interdeterminación

Los discursos, los medios y los soportes se interdeterminan, hasta el punto que los relatos de unos terminan siendo la realidad de los otros. De hecho, se puede afirmar de manera general que no hay discurso, sin importar su naturaleza, que, en el fondo, no sea consecuencia de una interdeterminación: todo discurso es una reacción a otros; todas las novelas de García Márquez son, en rigor, resultado de su relación con Homero, Joyce, Faulkner, Hemingway, etc.; Picasso es heredero de Rubens. Para Bloom (Harold Bloom, 1995 : 19), “Poemas, relatos, novelas, obras de teatro, nacen como respuesta a anteriores poemas, relatos, novelas u obras de teatro...”. Lonzi (Lidia Lonzi, 1970 : 133-134) sostiene que la anáfora hace referencia inclusive a elementos exteriores extracontextuales, entre los cuales, dándole un nuevo impulso a su aserción, habría que incluir los libros. Los medios tienen una gran capacidad de crear ellos mismos la realidad no sólo porque sus referencias a ésta son estrictamente otra realidad, sino también porque son capaces de autonomizar los discursos de los medios de donde son tomados y convertirlos en la referencia de otros discursos y de otros medios. Al usar como materia prima de su propia producción los discursos de otros medios, todos ellos van creando, en un círculo creciente que nunca cesa, las condiciones de su mutua legitima-

ción; la sacralización del discurso es al mismo tiempo la sacralización del medio que lo contiene y del medio referido. De esa forma, los medios se erigen ante sus consumidores como modelos de autoridad, y la validez de sus discursos no depende entonces del valor de lo dicho sino de la indiscutibilidad de la voz autoritaria que los profiere. No importa tanto el sentido de lo dicho como sentar el principio mismo de la autoridad. Es quizás en las llamadas “páginas de opinión” en donde esta operación se hace más evidente: las continuas remisiones en forma de falsos debates entre diversos columnistas alimentan esta, en últimas, autolegitimación de los medios (y de sus autores y de los discursos).

Por lo general, las interdeterminaciones reconocidas son escuetas (basta con que un medio parta de lo publicado por otro medio). Sin embargo, el siguiente es un caso interesante por las remisiones en abismo que se dan: en la edición 34.396 del 31 de agosto de 2008, el periódico *El Espectador* publica (p.53) un artículo titulado “Vida más larga, salud hasta el final” de Jane E. Brody, periodista de *The New York Times News Service*. El artículo, cuya interdeterminación es de entrada evidente al haber sido escrito por una persona de otro medio, muy rápidamente cita como punto de partida de su argumentación a “Michael Kinsley” de *The New Yorker*, y, en el cuarto párrafo, hace referencia, en apoyo a su tesis, al “concepto propuesto en *The New England Journal of Medicine* (Revista de Medicina de Nueva Inglaterra) en 1980 por el doctor James F. Fries, de la Universidad de Stanford”: un medio que remite a un segundo medio, que, a su turno, remite a dos más (ver Anexo 8). La publicación en *El Espectador* es una validación de *The New York Times News Service*; la cita en el artículo de éste legitima a *The New Yorker* y a *The New England Journal of Medicine*.

La interdeterminación también se manifiesta cuando los mismos medios, en tanto medios, se convierten en informaciones de otros medios. En este sentido, son bien representativas las rúbricas en las que son reseñadas publicaciones enteras (es decir, no artículos desprendidos de esas publicaciones sino la totalidad de ellas), pero también temas que atañen a políticas relativas a otras publicaciones. Un caso bien ilustrativo viene dado por la edición 1.373 de la revista *Semana* (ver Anexo 9), en la que la carátula (y en consecuencia en lo más relevante de las páginas interiores) es desarrollado el tema del nombramiento de Roberto Pombo en la dirección del periódico *El Tiempo*.

Otra forma paradójicamente sutil por la evidencia de sus demostraciones está constituida por las autorreferencias ya no a artículos de un mismo medio sino al medio en general, entendido como soporte y no como formato (la prensa que habla de la prensa, la radio de la radio, la televisión de la televisión). Abundan los programas televisivos cuya finalidad es referirse a la televisión misma, a sus programas, a sus personajes, a su funcionamiento, a sus cambios; de la misma manera que la prensa se refiere al fenómeno social de la prensa, o las revistas informativas a las evoluciones de estos medios. De esa forma, el medio legitima al medio: lo celebra, no lo critica. Su existencia se da por descontada, su función no es discutida, sus personajes son (con)sagrados. La siguiente cita de Missika es bastante elocuente: “Aquel a quien veo, contrariamente a mí, pasa en la televisión. Y esta sola visibilidad le da un aura que yo no tengo. Una concepción nueva de la televisión emerge: la autorreferencial. Es el simple hecho de estar en ella lo que transforma el estatuto del participante y suscita el interés, inclusive la fascinación del teleespectador. Es ésa la razón por la cual “pasar en la televisión” se ha convertido en un sueño para gran parte de la población. Pues el “paso” mismo se ha convertido en la experiencia excepcional” (Jean-Louis Missika, 2006 : 29).

Una forma más extrema y más cerrada, quizás más perversa, de esta operación es la intradeterminación, en virtud de la cual el mismo medio se auto-refiere y de esa forma se auto-valida. El hecho es quizás más evidente en los canales de televisión, en donde las informaciones de su noticiero del mediodía, por ejemplo, son retomadas en los de la noche (y esa citación adquiere forma de autoridad: es válida porque lo dijo el noticiero del mediodía), y sus propios productos, de otro orden (distinto al informativo), son exhibidos y comentados como parte de su agenda informativa. Lo que es de su interés (privado) se presenta como si fuera del interés general. Así, las telenovelas, con sus torrenciales episodios, sus personajes y sus situaciones, son retomadas como noticias de interés público; pero igualmente sucede con la vida privada de, por ejemplo, los presentadores de los noticieros. En fin, el universo de auto-remisión es infinito, como si fuera un juego de espejos enfrentados. Se procede entonces como si esos canales fuesen autárquicos: ellos mismos producen lo que consumen. Lo mismo ocurre, desde luego, dentro de, por ejemplo, las revistas, en las que un columnista comenta lo dicho por otro en el número anterior, o son citados como fuente de autoridad artículos escritos en ediciones anteriores. Intra

o interdeterminadamente, todos esos medios utilizan esta estrategia para legitimarse ante el público.

Una intradeterminación más amplia, en la medida en que obra dentro de un mismo grupo económico mediático y no dentro de un único medio, opera de forma menos ostensible: medios distintos, pertenecientes sin embargo a un mismo grupo, se refieren mutuamente como si fuese una interdeterminación (el periódico *El Tiempo* comenta lo que dice la revista *Aló*, ésta lo que ha presentado en la semana el canal Citityv, siguiendo todas las microcombinaciones posibles), cuando en realidad se trata de una intradeterminación en la medida en que todos esos medios son de un único propietario y obedecen a unos mismos intereses.

Temporalización

La ambigüedad que caracteriza a los artículos analíticos, propios de las revistas informativas como *Semana* y *Cambio*, provoca una ambigüedad también en sus escrituras. Si los pretendidos “análisis” están cruzados por elementos de “opinión” (hemos tratado en 1.4 (p.26) de demostrar la mistificación que se produce al querer hacer pasar la opinión como si fuese propia de procedimientos analíticos), lo que confunde las perspectivas de acercamiento a los hechos, un equívoco de no menor importancia viene a agregarse a ésta: la del discurso y el relato. Urgidos estos textos “analíticos”, por estrategias discursivas que quieren hacerlos aparecer como objetivos, de presentarse a sí mismos como relatos (es decir, centrados en referentes exteriores que se cuentan a sí mismos por la supuesta ausencia de alguien que los narre, y con predominio del tiempo pasado simple) y no como discursos (es decir, como narraciones que reclaman por principio un ángulo personal desde el cual los hechos son referidos, mezclas, secuencialidades y simultaneidades temporales resultado justamente de esa voz que narra), la dimensión de temporalidad expresa igualmente esa confusión. De hecho, estos artículos incluyen las temporalidades propias del discurso, del relato y del análisis (estas últimas fluyen por fuera de la cadena temporal del relato o del discurso, a la manera de las digresiones narrativas que se encuentran en Marcel Proust: la descripción de un vitral, de la fachada de una iglesia, de una colación. Aquí, el discurso (o el relato) propiamente dicho cesa y da paso a una temporalidad que escapa a las corrientes temporales donde ésta se inserta. Igual ocurre en el tiempo del cine, al decir de Legendre (cf. Pierre Legendre, 2000). La coexistencia de estas tres modalidades temporales no puede expresarse sino en el manejo

separado de los tiempos que les son propios. No tiene ninguna discusión que la modalidad supratemporal del análisis coexista de forma paralela a las otras dos: por principio, se encuentra en todas las narraciones y no se mezcla con las temporalidades ni del relato ni del discurso (aunque emane de ellas). Las otras dos modalidades –del discurso y del relato– se presentan separadamente, según las alternancias de discurso y relato.

Así, por ejemplo, el artículo titulado “Sí hay guerra, señor presidente” (ver Anexo 10), se inicia apelando a elementos temporales propios del relato: las palabras pronunciadas “el lunes 31 de enero” por el presidente Uribe en el palacio de Nariño (en el sentido de que en Colombia no había conflicto armado sino amenaza terrorista), repetidas “tres días después” en una reunión internacional en Cartagena. El artículo señala de inmediato que “A esa misma hora” (la hora de las palabras en el palacio de Nariño) “se estaba gestando (en Iscuandé, pura selva) lo que sería uno de los ataques militares más sangrientos de la guerrilla contra el gobierno de Uribe”, y luego relata los pasos de ese ataque de acuerdo con una lógica temporal: “a las 2:10 de la madrugada del día siguiente” se produce el ataque; “al despuntar el día” se comprueba el tamaño del desastre; “esa mañana” los colombianos se enteraron sorprendidos de un ataque que ocurría con tanta frecuencia “hace pocos años”, “sobre todo después de unas “vacaciones decembrinas” en que las carreteras habían estado tranquilas. Diversas marcas temporales características de un relato siguen dándose a través de los primeros párrafos, hasta que emerge el tiempo del análisis (pervertido, como lo hemos dicho, por la opinión): “A pesar de que para el colombiano de a pie esta discusión (si el conflicto no es una guerra sino una lucha anti-terrorista) no pasa de ser una disyuntiva semántica sin efectos prácticos, lo cierto es que caracterizar la realidad colombiana como un conflicto armado interno o como un desafío terrorista tiene enormes implicaciones sobre la población civil, los combatientes, la comunidad internacional, la ayuda humanitaria o la mediación política, todos aspectos fundamentales para ponerle punto final a la violencia que desde hace tantos años viene flageando al país”. Dicho sea de paso, ese “lo cierto es que” que relaciona las dos grandes proposiciones de la frase brilla por su fuerza de opinión; habría que leer la frase eliminando ese relativo para darse cuenta cuánto cambia su sentido. Ahora bien, esos elementos del análisis (y de la opinión) que se encuentran en esta frase (con la consiguiente ruptura temporal respecto a la cadena del relato) no son los primeros que se presentan: ya en el primer

párrafo, después de referir las palabras de Uribe en el palacio de Nariño y en Cartagena, el narrador (no podría llamársele de otro modo, lo que ya nos habla claramente de un tiempo del discurso, aunque, como es propio de estas estrategias discursivas, bastante bien camuflado) había dicho: “No es la primera vez que Uribe lo dice. Pero sí es cada vez más evidente que no se trata de un capricho lingüístico del primer mandatario, sino de una concepción de cómo enfrentar el tema de la violencia que azota el país”. Dicho sea de paso una vez más, el elemento de opinión que se entremezcla con los analíticos es ese “pero sí es cada vez más evidente”.

Espacialización

Si tomamos como referente de análisis el anterior artículo, es fácil señalar los elementos espaciales en los que la temporalidad discurre. Los hechos, en efecto, no pueden ocurrir (desarrollarse a lo largo del tiempo) sino en espacios determinados (los hechos no suceden en abstracto) porque las dimensiones temporales y espaciales se encuentran fuertemente imbricadas: las unas no son concebibles sin las otras. No hablamos, por supuesto, de las digresiones propias del análisis, o de las reflexiones ideológicas, que, en rigor, al no hacer parte de las cadenas temporales ni del discurso ni del relato (son paralelas: hay una detención del tiempo donde se insertan), no son ellas mismas portadoras de una temporalidad que transcurre y, por lo tanto, no tienen lugar en ningún espacio: el pensamiento se produce en un no-espacio. El palacio de Nariño, Cartagena, Iscuandé son pues los lugares más importantes donde los hechos de este relato se producen; hay otros, menores, que podrían ser relacionados, pero no serán expuestos para mantener la simetría con las relaciones hechas a propósito de la temporalidad.

Lo temporal y lo espacial son las dos dimensiones básicas de fijación referencial de los discursos y los relatos. Los relatos supratemporales, como los cuentos de hadas o la literatura fantástica, no exigen ni tiempos ni espacios comprobables puesto que no tienen propósitos referenciales: buscan la reafirmación de valores (como la lealtad, el amor, la fraternidad, la belleza, etc.). No es que esos relatos prescindan del tiempo y del espacio; serían ilegibles; los tienen, pero al no buscar la referencialidad como prueba de su validez pueden inventarlos en dimensiones puramente ficticias: existen en el texto, no por fuera de éste.

Explicación: primera aproximación⁶⁴

A la ocurrencia de cualquier hecho subyace una especie de racionalidad cuyo encuentro se vuelve tarea fundamental del articulista. Se trata de investigar y luego revelar las razones por las cuales tienen lugar los hechos ya que éstos no ocurren gratuitamente: en esta lógica, hay siempre una especie de dios –la “diosa razón”– que descifraría la confusión congénita del mundo. Si los articulistas adquieren carta de ciudadanía en nuestras sociedades es por esa autoatribuida naturaleza de oráculos de la sociedad, capaces de leer en la oscuridad de los hechos las razones de su emergencia. El azar no existe. Esta función social de revelador de las corrientes subterráneas de la racionalidad es inclusive más necesaria en los casos en los que éstas son menos evidentes, como ocurre en los casos paradigmáticos (para esta lógica de pensar) en los que el curso normal de los hechos se ve abruptamente dislocado (tal es el repetido y aburridor ejemplo del hombre que muerde al perro, anormalidad que revienta violentamente la normalidad dada por el perro que muerde al hombre –por lo demás, como si fuera normal que los perros mordieran a los hombres–). Y cuando el ejercicio analítico falla en su cometido de desciframiento, o bien adopta las formas y los protocolos de las explicaciones ideológicas –donde vale lo que cada cual crea: de allí la existencia de la reina de las falacias, según la cual hay tantas verdades como personas–, o la explicación se deja marinar en el calificativo de “misterioso”: no es que no haya razones; es que, por el momento, siguen ocultas bajo velos indescifrables.

La explicación, pues, define el contorno del hecho y trata de darle una racionalidad. La información aparecida en la carátula de la revista *Semana* 1.373 (ver el ya citado Anexo 9) sobre el nombramiento de Roberto Pombo en la dirección del periódico *El Tiempo* puede ser útil para desarrollar esta operación de “Explicación” (así como las dos siguientes: “Circunstancialización” y “Contextualización”; no es gratuita tal relación pues estas dos últimas operaciones son como ramificaciones de la otra, puntos de apoyo en los cuales la explicación encuentra dónde agarrarse, como el marco de una ventana para una enredadera). La explicación es, pues, la necesidad de nombrar un nuevo director de *El Tiempo* (en reemplazo de la figura de los dos directores, vigente desde hace algunos años) como consecuencia

⁶⁴ Por razones de lógica expositiva, una segunda aproximación a la operación llamada Explicación sólo será dada más adelante. Explicación B (p.111).

de las decisiones emanadas de los nuevos propietarios de este medio (y del conglomerado en donde él se subsume), el grupo *Planeta*, de España. La racionalidad se justifica y se entiende en la lógica de la validez indiscutible de la propiedad privada, en la que los dueños tienen total derecho a efectuar este cambio. La discusión ni siquiera se plantea: sería absurda (irracional, justamente). Lo que hace la información es aceptar de facto un valor que rige nuestros comportamientos sociales pues plantearlo impugnándolo sería un no-sentido, un *non sens*, de la misma forma que un abogado comunista que estuviera defendiendo a una persona expulsada de su casa por no pagar el arrendamiento se abstendría de recusar el sistema de la propiedad privada como base de su argumentación (pues sería irracional) y adelantaría más bien razones inscritas en la racionalidad de la legalidad de la propiedad privada.

La existencia de la operación de explicación en el texto no viene dada en elementos discretos: se encuentra fragmentada y diseminada a lo largo de su cuerpo, en sus intersticios y en sus presuposiciones (todo texto las sugiere, es una característica del lenguaje). No puede, pues, citarse textualmente (como se cita una marca temporal, o la identificación de una fuente, o el lugar donde ocurre un hecho) la prueba de esta operación: es una inferencia del texto.

Circunstancialización y contextualización

Las circunstancias y el contexto de un hecho son dos círculos concéntricos de diámetro distinto: el contexto se abre mucho más que las circunstancias y las contiene. Pero su naturaleza es distinta. Las circunstancias son inmediatas, y tienen una relación cercana y casi evidente con el hecho: por ejemplo, la fecha de terminación de los dos directores, la puja entre los grupos *Prisa* y *Planeta*, el proceso de discusión entre los propietarios anteriores del periódico y las características de la intervención de Roberto Pombo en él son circunstancias que rodean al hecho (el nombramiento de Pombo), son casi limítrofes con el hecho mismo, y ayudan a entenderlo. En cambio, los antecedentes personales del nuevo director, la historia casi centenaria del periódico, el perfil de los antiguos directores, los cambios suscitados en los medios escritos como consecuencia de la aparición social de las nuevas tecnologías, el reto que estos cambios significan, son elementos de otra naturaleza, relacionados con el hecho pero no de manera inmediata ni lineal, en otros planos, que introducen nuevas perspectivas para comprenderlo mejor.

Acreditación

La operación de acreditación se adelanta con base en tres elementos: las fuentes, las fotografías y las estadísticas. Como se sugiere en la definición de esta operación, se busca a través de su aplicación darles a las informaciones visos de credibilidad, de tal manera que el lector crea que lo dicho es verdadero, paso previo para que se imagine que está ante informaciones objetivas. Los tres elementos señalados –fuentes, fotografías, estadísticas— actúan de manera distinta, pero confluyen en la misma búsqueda de credibilidad.

Fuentes

Los discursos de la información acuden a diversos tipos de procedimientos para producir en la percepción del consumidor esta ilusión de gratuidad y, en consecuencia, de referencia aséptica a la realidad. Las fuentes son apenas uno de ellos, pero desempeñan, sin embargo, un papel preponderante⁶⁵. Este efecto constituye una estrategia discursiva de primerísimo orden pues su alcance permite que se creen las condiciones para su legitimación social : sin la apariencia de objetividad, los discursos de la información están destinados a la sospecha, a la desconfianza, a la falta de credibilidad; ulteriormente, no lograrían el efecto último deseado –la adhesión ideológica a las valoraciones que se encuentran difusas en los textos–, pues éste es el extremo de una cadena entre cuyos eslabones últimos se encuentra el efecto de objetividad. Esta adhesión ideológica buscada por los discursos informativos conlleva la aceptación del edificio total de la sociedad tal como ella opera, aunque en circunstancias ocasionales se manifiesten diferencias con respecto a asuntos puntuales; pero las diferencias de momento no son lo suficientemente fuertes para romper las identidades de fondo. Tal caracterización es sobre todo válida en sociedades donde, como la colombiana, los medios no se plantean como un contrapoder sino como un

⁶⁵ En anteriores trabajos míos (*La ilusión informativa*, Universidad del Valle, Cali, 1993; *Los animales solo viven en el presente*, Universidad del Valle, Cali, 1997) he intentado hacer una presentación y un desarrollo de tales procedimientos, a los cuales di el nombre de “operaciones”. Con la evolución de las investigaciones, las operaciones que en este libro están siendo desarrolladas son en realidad transformaciones de las trabajadas en aquellos textos, con cambios de mayor o menor importancia, según de cual se trate.

poder más, en disputa de los privilegios que otros poderes —económicos, políticos, ideológicos— tienen o pretenden. Tal es, dicho sea de paso, la enfermedad genética que afecta a los medios en este país: la renuncia a ser contrapoderes para poder disfrutar las ventajas del poder.

Ahora bien, si es verdad que en la sociedad se presenta una batalla permanente por el control sobre la significación, uno de los principales escenarios en donde ella se disputa es el de la visibilidad informativa de los acontecimientos y en el de su correlato obvio: el sentido que se confiere a esos acontecimientos. De esta disputa por el sentido participa también la religión, con la que la información comparte su dimensión ideológica, y la ciencia, de la que la separa todo. Estoy hablando de la información mediatizada por los medios masivos de comunicación y no en el sentido informático, por supuesto, dado que, en este último, la filiación con la ciencia por la vía de las matemáticas y de la lógica es evidente.

En lo que respecta a la información y sus nexos con el sentido, se trata, dicho de otra forma, de una lucha por el control social sobre las representaciones, es decir, sobre las percepciones ideológicas en torno a los hechos que acontecen en la vida de los hombres en sociedad. Esta confrontación ocupa un lugar de primer plano en las estrategias de poder y de dominio pues aquellos sectores sociales que logran imponer su visión al conjunto de los otros son los que finalmente regentarán el funcionamiento de la totalidad de la sociedad. Un poder afianzado, por ejemplo, en la coerción militar o en el terror terminará más temprano que tarde derrumbándose (si antes no ha caído por razones políticas) si no se acompaña de procesos de persuasión ideológicos que atenúen, o legitimen, o invisibilicen sus relaciones violentas de dominación, de tal manera que quienes sean el objeto de los actos de fuerza acepten por convicción o “naturalicen” su condición sojuzgada. En el campo de la filosofía, tal estado de cosas se llama “enajenación”; en la sociología, según Pierre Bourdieu, recibe el nombre de “violencia simbólica”⁶⁶. De allí que una de las primeras acciones de este tipo de gobiernos sea el control sobre los medios de comunicación y el despliegue agresivo de campañas propagandísticas.

⁶⁶ “La violencia simbólica es (...) aquella forma de violencia que se ejerce sobre un agente social con la anuencia de éste” (1995 : 120).

¿Tendría entonces razón Roland Barthes al afirmar (1987 : 115) que “lo que persiguen todas las clases sociales no es la posesión de la cultura (...)”⁶⁷ sino la unidad de los lenguajes, la coincidencia de la palabra y de la escucha”? Ahora bien: si esa unidad es objetivo de “todas las clases sociales”, cada una de éstas, por lo tanto, poseería, a través de su lenguaje, su propia percepción de los fenómenos sociales a la cual quisiera que todas las otras se plegaran. Es decir, quisiera que su lenguaje particular de clase terminara convirtiéndose en el lenguaje universal de la sociedad. Las resistencias a esta imposición de sentido generan tensiones que, entre otras cosas, justifican el uso de términos como “batalla”, utilizado algunas líneas atrás⁶⁸.

Pero, ¿de qué coincidencia habla Barthes? Salvo como proyecto o como estrategia (es decir, como virtualidad), no habría una unidad de los lenguajes que ilusoriamente implicara una equidad de intercambios entre los que producen los mensajes (los sentidos propuestos) y aquellos que los consumen. Las diferencias reconocibles en la sociedad traducen un desequilibrio estructural que el lenguaje, a su manera, refleja al dispersarse, como un río verbal, en un delta múltiple de lenguajes interpretativos. “Todos entendemos eso que escuchamos en común, pero no todos hablamos de lo mismo que escuchamos”, dice Barthes (1987 : 119). Pues hay siempre un lenguaje (singular) propuesto y unos lenguajes (plurales) receptores que convierten el lenguaje propuesto en la materia prima de sus propios intereses y sueños. La unidad de la diversidad de los lenguajes (es decir, esa coincidencia entre habla y escucha, entre producción y consumo) opera en niveles elementales de comunicación pero se resquebraja cuando las informaciones van especializándose. El problema de la incomunicación (como lo es también el de la incompreensión y el del malentendido) no es atribuible al supuesto desconocimiento

⁶⁷ Puesto que ella es omnipresente y pertenece a todos (1987 : 115).

⁶⁸ El mismo Barthes utiliza una terminología adscrita a un campo semántico bélico: “La guerra de los lenguajes”, por ejemplo, es el título de uno de sus artículos; “La paz cultural”, otro.

de las estructuras profundas y primarias de la lengua –al contrario: todos se apropian de ellas desde la infancia y las usan “naturalmente”– sino a la codificación densa del habla cuando alcanza niveles de complejidad inaccesibles para algunas de las partes comprometidas en el proceso de intercambio de sentidos. Este déficit comunicativo es fácilmente entendible cuando los lenguajes transportan un saber que contiene, como decíamos, un cierto grado de especialización, lo que exige como contrapartida en el consumo, para lograr su decodificación y su entendimiento, un nivel de competencia (no en cantidad sino en grado) por lo menos igual y concomitante al que demanda lo especializado de la información. Así, por ejemplo, un discurso científico acerca, digamos, de la composición del genoma humano requerirá para ser comprendido un conocimiento cualificado que va mucho más allá, por supuesto, del manejo de las estructuras de la lengua, y cuyo dominio está reservado a los especialistas. Aunque la mayoría entienda el español (como lengua), no comprenderá la información (como habla, como discurso). En cambio, muchos alcanzarán el sentido de, por ejemplo, una alocución presidencial ya no sólo por conocer la lengua sino, además, porque este tipo de discursos está diseñado (en el sentido lingüístico, aunque, desde luego, también político) para una comprensión tendencialmente generalizada y no requiere, por lo tanto, competencias especializadas. El espejismo que confunde lo común de la lengua (se da por sentado que todos participamos de ella, que todos tenemos acceso a ella) con su pretendido derivado automático (lo común del habla y de los discursos) conduce a crear una ilusión de igualdad entre producción y consumo. En realidad, todos hablamos la misma lengua como estructura pero no todos practicamos la misma habla como discurso. Los discursos producidos son un hecho invariable y objetivo, inmodificable; su consumo es, al contrario, estallido puro, variabilidad, diversidad. Como de manera bien precisa lo dice Pierre Bourdieu (1995 : 105): “La competencia lingüística no es una simple capacidad técnica sino también una capacidad estatutaria. Esto quiere decir que todas las formulaciones lingüísticas no son igualmente aceptables y que tampoco son iguales todos los locutores. (...) En realidad, el acceso al lenguaje legítimo es muy desigual y la competencia teóricamente universal, a pesar de ser liberalmente distribuida a todos por los lingüistas, es de hecho monopolizada por unos cuantos”.

Sí, sí, tiene razón Barthes : “Todos entendemos eso que escuchamos en común, pero no todos hablamos de lo mismo que escuchamos”.

Es en este contexto delimitado por los dos puntos anteriores (el efecto de objetividad de la información y la pugna por el control social de los sentidos) donde adquiere particular relieve el papel que juegan las fuentes en los procesos informativos.

Las fuentes –que pueden ser documentos, instituciones, personas– son citadas porque el sentido común les atribuye una autoridad para referirse a los hechos que están siendo tratados en la información. Por estar respaldados de una existencia objetiva y revestidos del poder de lo impreso, los documentos llegan al discurso informativo dotados de un aura de imparcialidad incontrovertible. Ellos están allí, antes y después del discurso informativo, y tienen la apariencia de no estar por nada. Si alguien los evoca no es, por así decirlo, de su responsabilidad. Los documentos no toman partido. Lo escrito goza en nuestra sociedad, herencia de varios siglos de predominio de la palabra, de un prestigio como garante de verdad que lo convierte en sagrada escritura. Se acude a él para argumentar como se acude al aire para respirar: nadie lo impugna. Su existencia, anterior al discurso informativo, permite reforzar la apariencia de objetividad de éste pues los documentos viven independientemente, antes y después, de la palabra que circunstancialmente los concita. Su existir es autónomo con respecto del discurso informativo y es, además, objetivo.

Las instituciones, de su parte, por ser justamente eso (instituciones) y no personas, dicen hablar sin que su discurso se encuentre contaminado de inconvenientes subjetividades. La mistificación es clara: por no ser una persona, la voz de las instituciones no emana de lo emotivo; todo lo que transmiten está dotado de la garantía de lo racional puesto que no proviene de lo humano. Sus informaciones vienen de fuera del discurso informativo para agraciarse con la dimensión racional que supuestamente aportan. Al ser externa al discurso informativo, la información originada en las instituciones refuerza la idea de la inexistencia del productor de los discursos y del desconocimiento de éstos como resultado de un proceso. Pues si no hay agente que adelante el proceso, no puede haber proceso: discurso con vida autárquica, homeostática, autosuficiente. Se produce la disolución del sujeto de la enunciación.

Cuando las fuentes son personas, su autoridad nace de su poder, de su jerarquía en la escala de control y gobierno o de su nivel de sabiduría (por

conocimiento o por participación)⁶⁹. Hipotéticos ejemplos respectivos: se acude a un distinguido jefe de las autodefensas para que hable del secuestro del parlamentario X atribuido a su facción, a un coronel del ejército que dirige las operaciones de rescate del político desgraciado, a un médico para que explique públicamente y dé a conocer así a los plagiarios el manejo de las enfermedades del secuestrado, a un testigo del rapto para que cuente en qué condiciones se produjo el delito. A todas estas fuentes, que se encuentran lejos de ser hipotéticas, se les reconoce autoridad en virtud de la supuesta competencia que les caracteriza. Análogamente a lo que Pierre Bourdieu dice de los “intelectuales-periodistas”⁷⁰, estas fuentes sirven, en razón de su autoridad, para imponer valoraciones de los hechos a los cuales hacen referencia y, en consecuencia, instituyen socialmente la percepción de los acontecimientos. Esta supuesta sabiduría de la fuente, expresada en datos, admite sin embargo una discusión: ¿es en verdad un “saber” estar en capacidad de relatar las circunstancias en que se ha producido un secuestro? ¿Lo es la revelación de las reacciones militares al hecho delictivo? O, trasladado a otro terreno: ¿Es en realidad un “saber”, por ejemplo, repetir de memoria los nombres de los cantantes de la Sonora Matancera a lo largo de la historia? ¿Poder descifrar al trasluz la escritura de un documento? ¿Recordar sin fallas el primer capítulo de *Cien años de Soledad*? El ejercicio de la memoria no es el ejercicio del conocimiento (un buen memorista no es el que más sabe; Isidoro Funes, que recordaba todo,

⁶⁹ En el desarrollo de uno de mis cursos en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle constatamos el orden en que se presentan las siguientes fuentes en el noticiero de televisión CMI del 17 de noviembre de 1999 : la esposa de un agente, el Comandante de las Fuerzas Militares, el Director de la Policía Nacional (dos ocasiones), el Comandante del Ejército, el Ministro del Interior, el Fiscal General, la compañera de un cajero, el Alcalde de Manatí, Atlántico, un Representante a la Cámara, el Vicepresidente de la Asobancaria, el Ministro de Hacienda, el Contralor General, el Director de la Aerocivil, cuatro Senadores, un miembro de la Junta Directiva de Ecopetrol, el Ministro de Minas (dos ocasiones), un afectado de la Escuela La Cabaña. No deja de tener su interés el hecho de que aquellas fuentes que no desempeñan un cargo se designan por un genérico: “esposa”, “compañero”, “afectado”.

⁷⁰ “...estos intelectuales-periodistas sirven para (...) imponer, principalmente a través de sus juicios críticos, principios de evaluación de las producciones culturales...” (Bourdieu : 1994:6).

no sabía nada⁷¹), y la más elemental aproximación epistemológica al problema indica que esas informaciones son sólo datos y no verdaderos saberes.

Por añadidura, estas fuentes se abrogan el derecho de hablar a nombre de todos en el subentendido de que son representantes por antonomasia de lo que es llamado “opinión pública”. En la construcción del discurso informativo, esta usurpación facilita acudir recurrentemente a fuentes personales que nunca son identificadas, que permanecen inidentificables y cuyo uso puede ser una estratagema del productor para negarse como autor (y, por lo tanto, ayudar a crear el espejismo, tantas veces ya señalado en este texto, de una escritura que sólo sería el reflejo desinteresado de la realidad) : hablo de esas (falsas) fuentes evocadas bajo palabras y expresiones como “muchos creen que...”, “algunos especialistas piensan que...”, “los colombianos estiman que...”, “rumores indican que...”, “lo que muchos se plantean es que...”, “la opinión pública se pregunta sobre...”, etc. Esta afirmación negativa de la fuente (pues la reconoce pero no la determina) allana, una vez más, la creación de la idea, en el consumo, de que la configuración del discurso informativo se realiza con elementos que le son exteriores, dotados de existencia previa, posterior y autónoma. El problema del uso de un recurso semejante proviene de la imposibilidad de comprobación de las cosas dichas y de la posibilidad de inventar referencias en realidad inexistentes pero erigidas como ciertas por el sólo hecho de ser atribuidas a alguien. Los acontecimientos narrados en la novela *1984*, de George Orwell, son un apropiado y espeluznante ejemplo de los límites hasta donde se puede empujar la adopción de este método.

Esta autoridad reconocida a la fuente es una expresión del hecho según el cual, como dice Bourdieu (1995 : 102), “las relaciones lingüísticas siempre son relaciones de fuerza simbólica, a través de las cuales las relaciones de fuerzas entre los locutores y sus grupos respectivos se actualizan bajo una forma transfigurada”. Al aceptar la autoridad de la fuente, el lector acepta su subordinación. O, en otros términos, se “actualizan” en las relaciones discursivas las relaciones asimétricas de las fuerzas sociales.

Estudiosos de este tema han tratado de levantar una clasificación de las fuentes. Villafañe y otros coautores, por ejemplo⁷², hablan de trece tipos

⁷¹ Se trata del cuento *Funes, el memorioso*, de Jorge Luis Borges.

⁷² Ver Villafañe *et al.* *Fabricar noticias. Las rutinas productivas en radio y televisión*. Mitre, Barcelona, 1987, p. 56.

de fuentes: Centros regionales, Corresponsales y reporteros, Documentación y agentes del Medio, Fuentes gubernamentales, Patronales, Sindicatos, Partidos políticos, Organizaciones sociales, Expertos, Testimonios, Agencias de noticias, Otros medios de información y Otras fuentes. Sin discutir la osadía borgiana del último de los elementos de la serie (“Otras fuentes”)⁷³, que da para todo, esa diversidad podría sintetizarse en cuatro, que coinciden con las que han sido la base de nuestro análisis: Fuentes de poder, Expertos, Testimonios y Otros medios.

Para completar este panorama del carácter de las fuentes, hay que agregar aquéllas que Roland Barthes (1987 : 156) reconoce ya no en el plano del contenido manifiesto de los discursos sino en el plano de las estructuras. Es decir, expresiones que flotan en el ámbito de la escritura, planean, están allí a la disposición de quien quiera tomarlas para su uso libre, están colectivizadas, difusas en el reservorio del lenguaje. Son modelos estilísticos, frases construidas, expresiones consagradas, sedimentaciones espesas del lenguaje, casos de paradigmas lignificados de escritura “cuyo origen es ilocalizable”: “Esto tiene tanto de ancho como de largo”, “Así las cosas”, “Todo parece indicar que...”, etc.

De otra parte, cabe preguntarse acerca de las características y relaciones que establecen la voz que sostiene el relato de la información (el homólogo del narrador en literatura) y la voz de las fuentes. Para dar respuesta a este interrogante, habría que considerar, de una parte, que, en términos de lógica argumentativa, los comentarios y las evaluaciones que se encuentran en el discurso informativo no inequívocamente atribuibles a las fuentes (y que, en consecuencia, examinadas con rigor, son responsabilidad de la voz que sostiene el relato), son presentados de tal manera que parecerían una inferencia necesaria de lo que la fuente ha expresado. De esa manera, esos comentarios aparecerán más bien como una especie de consecuencia inevitable y no como una anticipación. Sin embargo, lo que es constatable en la práctica de la producción de la información es más bien la búsqueda de fuentes cuya apreciación ideológica sobre la realidad se sabe de antemano coincidente con el comentario del relator. Fijada con anterioridad la conclusión, la tarea se reduce a buscar fuentes que, presumiendo ser

⁷³ Ver el apartado Clasificación (p.86)

anteriores a ella, permitan que la conclusión luzca como resultado cuando, en realidad, es preexistente. Se trata sólo de legitimarla.

Pero, de otra parte, al ser integrada a la voz del que profiere el relato (¿sería abusivo denominarlo “narrador”?), la voz de la fuente citada se le subordina. Como se sabe por la lingüística, esta subordinación puede tomar una forma directa (la cita es textual) o indirecta (la cita es de sentido). En el segundo caso, la posibilidad de una manipulación es evidente: el “narrador” dice lo que ha afirmado la fuente a través de paráfrasis, de síntesis, de resúmenes, de ampliaciones, mecanismos retóricos por medio de los cuales el “narrador” puede introducir sesgos particulares, resaltar ciertos aspectos y opacar otros, aislar declaraciones, subrayar matices, etc. Es decir, entreverarse en la voz citada.

Parecería, en cambio, que la realización de esta manipulación no sería posible en el primer caso dado que el “narrador” cita textualmente a su fuente. Sin embargo, el hecho de que cite sólo lo que él selecciona (y no la totalidad) y de que lo integre a su propia voz abate esa posibilidad. La voz de la fuente citada cae así en una red de relaciones contextuales internas al texto que le imprime inevitablemente un sentido particular.

Ahora bien, a diferencia del narrador en literatura, cuya obligación respecto de la realidad es de verosimilitud (inclusive cuando esa literatura es “fantástica”), el narrador de los discursos informativos sostiene con la realidad una relación de verdad. Mientras que la literatura debe ser creíble (insisto: inclusive si lo narrado es fantástico: la metamorfosis de Gregorio Samsa en un insecto se instala “naturalmente” en el texto; Remedios la Bella sube al cielo como si se tratara de un acto normal), la información debe ser verdadera. De allí entonces que ésta admita (y le sea exigible) una comparación referencial, mientras que lo narrado en la literatura no admite ni se le exige ser buscado en el supuesto correlato de la realidad: que nadie busque en ésta ni a Gregorio Samsa ni a Remedios la Bella: perderá su precioso tiempo racionalista.

El estatuto de la fuente concebida en los términos en que ha sido expuesto aquí conduce a pensar que ella le da legitimidad a la valoración ideológica que, ya sea explícita o veladamente, acompaña la referencia a los acontecimientos en los discursos informativos. Esta valoración es hija, claro está, de las fuentes, pero también, y sobre todo, de la voz que habla e integra las voces ajenas a su propio flujo. Ahora bien, como el discurso informativo tiene pánico a aceptar la subjetivación, endosa toda la

responsabilidad a las fuentes para hacer aparecer la información no como producto de un proceso orientado y marcado por individuos productores sino como la transferencia pura de la realidad al texto. Al avalar y reforzar el punto de vista (sin embargo negado) del productor, como ha sido mostrado, la fuente refuerza el sistema de dominación que, de esa manera “transfigurada” (Bourdieu), existe en la sociedad. Las fuentes, pues, son un recurso retórico que incide en la percepción de los acontecimientos sociales mediatizados (y también, por desconocimiento, de los no mediatizados), y en tal sentido, puesto que, al menos en Colombia, se afirman funcionales al poder establecido, refuerzan la estructura del edificio económico y político. El uso de las fuentes reproduce el sistema de dominación.

El análisis del artículo titulado “Sí hay guerra, señor presidente” (ver Anexo 10) arroja el siguiente inventario de fuentes : ocho que pueden ser llamadas personales definidas (Uribe tres veces, en situaciones distintas; José Obdulio Gaviria, dos veces; el coronel retirado Carlos Alfonso Velásquez; Harry Summers; el ex guerrillero salvadoreño Joaquín Villalobos), cinco que pueden ser llamadas personales indefinidas (Uno de los pobladores; voces; el colombiano de a pie; la gran mayoría de los colombianos; los soldados), seis que pueden ser llamadas institucionales (la comunidad internacional, las Ong, la iglesia y los gremios económicos; el gobierno; el Protocolo II de Ginebra; las FARC; la Corte). No es siempre categórica la demostración de fidedignidad de las fuentes llamadas “personales definidas”, sobre todo cuando no existe prueba documental o cuando se citan de manera indirecta o con paráfrasis (ambos casos muy frecuentes en estas revistas analizadas), cuya manipulación, aún no demasiado premeditada, es muy fácil; lo mismo puede afirmarse de las fuentes “institucionales”. En muchas circunstancias, estas citas no admiten la prueba de la realidad, tan de manera ligera son utilizadas. Las fuentes que hemos llamado aquí “personales indefinidas” son tan deleznales que no resisten la menor confrontación con los hechos: ¿quiénes son las “voces” que hablan a propósito del problema? ¿Quiénes son “los colombianos de a pie”? La confiabilidad de las informaciones aportadas por estas fuentes es entonces muy baja, y en algunos casos, como las “personales indefinidas”, infundada.

Fotos

En el lúcido ensayo titulado “Retórica de la imagen” (Roland Barthes, 1964), Barthes desarrolla la idea del carácter ideológicamente constatativo

de la fotografía. Una foto es considerada como la prueba definitiva de haber estado en el lugar donde la foto fue tomada; si no es así, ¿cómo podría, en efecto, haber sido hecha? Sí, es cierto, pero la idea que discute Barthes es la de querer hacer aparecer esa fotografía como prueba desinteresada y transparente de ese haber-estado-allí. Pues, en efecto, una fotografía es también una selección, lo que obedece a intereses y sensibilidades particulares, y un lugar en donde confluyen decisiones que son finalmente significativas: el ángulo, la luz, el campo, el plano. Nada hay en la fotografía que sea pura gratuidad. Así, por ejemplo, ese primer plano de un soldado con su fusil en guardia y el rostro que revela inquietud y atención (ver Anexo 10), en un marco visual formado por sacos de arena que crean un fortín defensivo mientras otros soldados aparecen vigilantes en el fortín mismo y en las calles de Iscuandé. ¿Iscuandé, el pueblo donde fue cometida la masacre? Bueno, sí, hay que darlo por verdadero, pero nada asegura que esa fotografía no haya sido tomada en otro lugar y haber sido utilizada aquí para producir el efecto de constatación (y de objetividad, dicho sea al pasar). Ese carácter ideológicamente constataativo de la fotografía se refuerza con la del ministro de Defensa, Jorge Uribe, caminando por entre “las ruinas de la base de la Armada en Iscuandé”, como de manera solícita nos lo dice el pie de foto. Si hay fotos de soldados vigilantes y de ruinas de cuarteles militares es porque, en efecto, la foto corresponde a un hecho verdadero: nos están contando, esta vez con las fotografías, una historia verdadera. Sólo que la mistificación de la objetividad se niega a revelar el carácter subjetivo de las mismas y, por añadidura, dado el carácter analógico de la fotografía, a confundir imagen con naturaleza (cf. Roland Barthes, 1978).

Enriquece este acercamiento al problema si consideramos la observación que Breton hace de la imagen continua de la televisión. Para él (Stéphane Breton, 2005 : 83-84), la televisión “nos da un relato subvertido por la religión de la ciencia, por el ideal de una posición de observación que quisiera al mismo tiempo confundirse con su objeto (ser la realidad en su lugar, o volver conforme el objeto a esta realidad), en un impulso positivista que pretende que sólo hay hechos y no mirada sobre ellos. Para ella, la mirada no es otra cosa que la aparición del objeto, fenómeno estrictamente natural. (...). Es como si las cosas estuvieran en capacidad de significar sin los signos: la presentación sería una manera de hacerlas hablar espontáneamente”.

De otra parte, si el análisis de las fotografías de esas páginas (24 y 25) continúa, se observa que esas dos fotos están acompañadas por otra del

presidente Uribe en la que, por efectos de montaje, parece estar mirando las ruinas del cuartel. Sin entrar en el detalle del valor de esa mirada, hay que resaltar lo que más conviene en este momento: se trata de un montaje. Este hecho, que es una evidencia ante el primer análisis que una persona pueda hacer, termina “naturalizándose” ante el lector como si fuera una misma foto: Uribe mira las ruinas. La percepción del lector, después de haber sido llevado a pensar que se trata de una comprobación inequívoca de los hechos gracias al recurso indiscutible de la fotografía, es conducido ahora a creer que los efectos visuales son también verdaderos: no sólo el medio estuvo allí (lo prueban las fotos) sino que además hay alguien (Uribe) que lee los acontecimientos y da luego el juicio que la revista discute (¿Guerra o terrorismo?). En realidad, el montaje, que también podría ser considerado una de las formas como se ejerce la operación de combinación, nos habla más de quienes lo realizan que de la realidad así creada. O de ambos, en la peor de las circunstancias. Pero en todo caso, no sólo de lo referido.

El carácter ideológicamente constatativo de las fotografías se reafirma igualmente por los pies de foto redundantes. Roland Barthes, en el texto anteriormente citado, nos habla de unas relaciones entre el pie de foto y la imagen de carácter redundante o de carácter complementario. Las relaciones complementarias son aquellas en las que los pies de foto agregan una información a la que nos aporta la imagen; las redundantes son aquellas en las que los pies de foto repiten verbalmente lo que la fotografía ya ha dicho a través de la imagen. La principal proposición de las dos que conforman el pie de foto de las dos fotografías, situado por lo demás a caballo sobre ellas dos para hacer explícita su intención de referirse a ambas, dice: “El ministro de Defensa Jorge Uribe visitó las ruinas de la base de la Armada en Iscuandé, Nariño, después del ataque de las FARC la semana anterior”. La redundancia, que es casi total (salvo por la información acerca del departamento en donde se encuentra ubicado Iscuandé, Nariño), entre texto e imagen refuerza la proyección de presencia en “el lugar de los acontecimientos”. Igual análisis podría hacerse a propósito de las dos fotografías de la página 26, una con el cuerpo diplomático ante el cual dijo que no había conflicto armado sino terrorismo, y otra en la reunión de Cartagena donde repitió sus ideas, y cuyo compartido pie de foto nos dice que pronunció esas palabras ante el cuerpo diplomático en Bogotá y en la reunión de Cartagena. Pura redundancia. Allí (en Bogotá y

en Cartagena) estuvieron, presentes y constatativos, los ojos de hidra de la revista representados en sus fotógrafos y reporteros. No nos han inventado nada; lo que han traído son sólo pruebas de haber estado allí, de contarnos lo que vieron, de decirnos la verdad, de ser objetivos.

Podría agregarse un elemento de análisis que contribuya a contradecir la naturaleza comprobatoria de la imagen si decimos que hay ocasiones en que la fotografía es puramente simbólica. La fotografía de un cuchillo ensangrentado, que haya sido tomada en un estudio, puede decirnos simbólicamente más cosas que una fotografía de cuerpos destrozados a cuchilladas por un asesino desenfrenado; un ojo del que se desprende una lágrima incontrolada puede aportar más información simbólicamente que la fotografía de una mujer tendida en lágrimas sobre el féretro de su marido asesinado. En ocasiones (en el arte es siempre), lo simbólico tiene más poder que lo referencial.

En el mismo sentido de lo dicho por Roland Barthes, Lamoure (Christophe Lamoure, 2006 : 76) dice que “La ilusión inherente a la difusión de imágenes radica en que se les presenta como desprendidas de todo punto de vista: la mirada es invisible”. Ambos coinciden pues en ver en la imagen una ilusión (la de objetividad en Barthes, la de la ausencia de mirada en Lamoure). Vistas estas afirmaciones al trasluz, habría que entenderlas como la idea a contrario de que la mirada precede y determina a la imagen y, en consecuencia, se reivindica la presencia del sujeto en la determinación de los procesos de producción de la imagen.

Breton va un poco más allá de lo dicho por Barthes y por Lamoure, así sus análisis se centren en la televisión. Para él (Breton, 2005: 35), la palabra le impone un sentido a la imagen, y no al contrario. Es decir, para este autor, la imagen carecería de sentido (o sería errático) si no fuera acompañada por la palabra, que se lo atribuye: “...la imagen en la televisión no tiene otro valor distinto al de la autenticación y de lo que ella se ocupa es del sentido impuesto: la palabra”. Para este autor, la relación entre texto e imagen sólo podría ser de redundancia, nunca de relevo (siguiendo la terminología de Barthes).

c. Estadísticas

Por tener la fisonomía de extractos de la realidad, las cifras y las estadísticas están revestidas de un carácter sagrado. Más allá del bien y del mal, por encima de los intereses partidistas o doctrinarios, en la inocua

y aséptica región de los datos fríos, las estadísticas parecerían reflejar un inexistente estado de ánimo y estar allí al servicio de todo aquel que buenamente quisiera servirse de ellas. ¿El índice del desempleo ha bajado? Allí están las estadísticas que lo confirman, el Dane es serio, no es una invención de nadie, y menos de los articulistas que escriben los textos. ¿“El flujo vehicular en carretera aumentó (en diciembre de 2004) 30 por ciento, en 2004 los homicidios se redujeron en 15 por ciento, los secuestros en 42 por ciento y el desplazamiento forzado en 37 por ciento”? (ver Anexo 10). Aunque no se cita la procedencia de esta información, se supone que en algún lado del intrincado país de los datos estadísticos está para que sea corroborado. Para que sea corroborado: viene de otra parte. “Las cifras no mienten”, como dice el adagio. Como ellas proceden siempre de algún lado, dado siempre como una fuente por encima de toda sospecha, cumplen el mismo papel de las fotografías: lo que dicen es verdad. Una vez más, nos encontramos ad portas del efecto de objetividad.

Explicación B: Segunda aproximación

a. La explicación dispersa en el texto

Si el abordaje al asunto de la operación de explicación (desarrollado en Explicación p.96) la caracterizó en lo fundamental por su naturaleza declarativa (se explica afirmando de manera declarada, explícita), habría que matizar mucho más esta operación, diciendo que las explicaciones vienen dadas, en la inmensa mayoría de los casos, sobre todo por elementos que no aparecen explícitos sino como inferencia de la lectura. Están allí, en el texto, pero no de manera evidente: hay que hacerlas emerger. El mismo artículo que nos ha estado sirviendo de base para nuestro análisis (“Sí hay guerra, señor presidente”) es, en este sentido, bastante elocuente. El hecho empírico que sirve de punto de partida para el artículo analítico es la masacre de Iscuandé. La lectura del artículo nos pone de presente, con diversos instrumentos de acercamiento, su punto de vista (hay conflicto armado), opuesto al del presidente Uribe (no hay conflicto armado, hay amenaza terrorista). La masacre de Iscuandé es de cierta forma el hecho que, transmutado por efectos de la intervención de los discursos informativos en un acontecimiento social, sirve para encarnar el análisis de la revista. Esa valoración de la realidad (la explicación de los hechos) se da entonces por los argumentos que expone el narrador del texto: en el plano jurídico, en el diplomático, en el político. La explicación desborda la contingencia del hecho mismo y se introduce en el terreno de sus efectos

y proyecciones. Pero, en todo caso, exige del lector el abandono a la idea de inexistencia de un responsable de la narración. Si insistimos en varias partes de este texto en la primacía del discurso sobre la apariencia del relato no es por razón distinta a la de validar la tesis del fracaso textual de la borradura del sujeto de la enunciación: hay alguien que habla, alguien que valora, alguien que explica. Estas operaciones serían imposibles si se tratara de un relato, centrado por lo tanto en la tercera persona: pura referencialidad, ausencia de subjetividad, puro pasado simple. Hay que decir entonces que la narración (el discurso) se organiza en torno a la figura del narrador: los tiempos fluyen entremezclados, la narración se organiza en torno a él, los conectores (lógicos y temporales) explican su perspectiva de relaciones entre unidades narrativas, los adverbios y adjetivos utilizados materializan su perspectiva singular sobre lo referido, la organización espacial es su marca de libre decisión. Y aunque no hay relato sin relator, éste se desprende de su relato: nunca lo vemos a él (al relator), lo trata (al relato) como un objeto ajeno. En cambio, el narrador de una narración (de un discurso) se deja ver de muchísimas maneras, explícitas e implícitas, a través de marcas textuales.

b. La explicación desde la carátula

Las valoraciones ideológicas que las revistas emiten a propósito de los hechos referidos son formas de la operación de explicación. Estas valoraciones, presentes de manera fragmentada a lo largo del cuerpo del artículo, bajo las formas que acabamos de señalar, se hacen manifiestas también desde la carátula. Veamos, por ejemplo, la de la edición 1.345 de la revista *Semana* (ver Anexo 11). Esta carátula está compuesta de una fotografía de Daniel Ortega, presidente de Nicaragua, condecorando a “Tirofijo”, el máximo dirigente de las Farc (para la época de la foto y de la publicación de la revista: febrero de 2008). Unos textos de sentido distinto pero complementario se encuentran dispuestos sobre la imagen. Uno dice “Daniel Ortega condecora a ‘Tirofijo’ el 7 de enero de 1999 en el Caguán”, sin ninguna indicación textual de quién es quién. No requeríamos que se nos dijera pues, de una parte, es evidente en la fotografía quién condecora y quién es el condecorado, lo que dispensa a la revista de la identificación, y, de otra, nuestra educación en la lectura de este tipo de revistas nos informa que “Tirofijo” es ese hombre sonriente que reconocemos automáticamente y que el otro, en el supuesto de que esa misma

educación no nos lo hubiera dicho ya, es, en consecuencia, Daniel Ortega. La frase funciona como un pie de foto cuyas relaciones con la fotografía son redundantes pues lo básico de la información del texto se encuentra ya en la imagen: todos sabemos quiénes son Ortega y “Tirofijo”. Si hemos agregado en la primera descripción que Ortega es “el presidente de Nicaragua” y que “Tirofijo” es “el máximo dirigente de las Farc”, datos que en ninguna parte de la carátula aparecen, no se debe a nada distinto que nadie lee *Semana* en este país desde el desconocimiento total: hay un “saber antropológico” acumulado (Barthes, 1964) que actúa en el momento de la lectura y completa los sentidos sugeridos o implícitos en los textos. Ese texto no es, sin embargo, el primero con el cual la vista de un lector se tropieza; al no responder los tres textos presentes a criterios de escritura horizontales (una carátula reúne elementos dispersos cuya relación es establecida por el lector), el orden de su lectura depende de otros factores; en este caso, el tamaño. El gran titular “Y ahora Nicaragua” se impone a la lectura como el más importante, simplemente por su gran puntaje –71 puntos– frente a 21 puntos de los otros. ¿Qué significa esa frase incompleta “Y ahora Nicaragua”? Si ahora es Nicaragua, antes fue otro: ¿Quién? Claro, nuestro “saber antropológico”, reforzado por el conocimiento circunstancial de lo que en la época de la aparición de la revista ocurría (febrero de 2008), nos dice de inmediato que ese otro es Venezuela. En ese momento, el conflicto entre Colombia y Venezuela se encuentra en sus etapas más dramáticas, con riesgo de un enfrentamiento bélico. Esta situación de contexto interviene en el momento de la lectura y modela los sentidos que se van dando. No obstante, el tercer texto, compuesto de dos frases (“Daniel Ortega comienza a hacer el juego de Chávez. No hay que subestimar sus provocaciones”) hace más explícita la referencia a Venezuela: si ahora es Nicaragua, antes sólo pudo haber sido Venezuela pues todos sabemos (todos: los lectores de *Semana*) que “Chávez” es el presidente de ese país. Dispuestas las frases de esa manera, la intervención de las valoraciones comienza a ejercerse: ahora Nicaragua se agrega a Venezuela en una cadena cuyos eslabones tienen connotaciones negativas, no se menciona su dignidad presidencial, Ortega hace “el juego” a Chávez (con lo cual se señala una complicidad entre los dos en torno a posiciones condenables: tal es el sentido de “hacer el juego”, siempre sobre algo negativo, nunca sobre algo positivo), las actitudes de Daniel Ortega son “provocaciones” que no pueden ser subestimadas (por lo tanto, son peligrosas). Identificado

el mal en el imaginario popular como “Tirofijo” y las Farc, alguien que condecire a aquél, por ley transitiva, no puede sino representar el mismo mal. El rostro de complacencia de los dos en la foto nos habla de su acuerdo (el que, visto que es el mal lo que los une, no puede ser sino complicidad). En rigor, es como si la totalidad de la carátula nos estuviera diciendo: “A la sucesión de ataques y agravios que Venezuela ha hecho en contra de Colombia en cabeza de su presidente Chávez durante la crisis originada en la liberación de los secuestrados por las Farc, ahora se viene a sumar Nicaragua a través de su presidente Ortega, al hacerle el juego al anterior con provocaciones cuya naturaleza no debe ser subestimada. La prueba de que Daniel Ortega está del lado de Chávez es esta fotografía en la que lo mostramos condecorando nueve años antes a “Tirofijo”, cuyas posiciones se encuentran respaldadas por él”. Por lo demás, la frase final (“No hay que subestimar sus provocaciones”) tiene un matiz de compadrazgo velado entre aquel que habla desde la publicación y el lector por medio del cual se hace una advertencia a alguien que se encuentra de su lado: la presuposición de acuerdos de puntos de vista entre la revista y el público es casi un equivalente de “nosotros estamos del mismo bando: aquel que se opone al bando del mal”. El carácter sombrío de la fotografía, con una iluminación imperfecta y rostros sin identidad alrededor de Ortega y “Tirofijo” (sus rostros mismos están lavados, difusos), acentúa la fuerte dimensión negativa de la valoración que la revista produce acerca de la información que desarrollará en páginas interiores. Pero lo que interesa subrayar aquí es que esa valoración, que es una explicación adelantada del hecho, se ha comenzado a producir desde la carátula misma; lo que hace el artículo en páginas interiores es multiplicar los procedimientos de este descrédito y reforzar los sentidos que ya desde la carátula se habían comenzado a trazar. La explicación se produce desde la carátula.

c. La explicación diferenciada: dos carátulas, un mismo hecho

El ejercicio que acaba de ser expuesto en el literal b podría ser desarrollado de manera más compleja si se comparan las carátulas de *Semana* y de *Cambio* que correspondan a la misma temporalidad y que, por coincidencia, hayan seleccionado el mismo hecho como información central. Como sabemos, esta congruencia no siempre se da (probablemente sea más corriente la diferencia); de tal forma que, cuando ocurre, la razón hay que buscarla en la fortaleza social del hecho, es decir, en su gran capacidad

de interpelar a la sociedad entera, que vence a las voluntades proclives a imponer sus intereses particulares y termina creando una (casi forzada) unanimidad selectiva. Las carátulas son las correspondientes a la edición 980 de la revista *Semana* (febrero 12 a 19 de 2001) y a la edición 399 de la revista *Cambio* (mismas fechas) (Ver Anexos 4 y 5). El hecho central al que ambas hacen referencia es el encuentro entre “Manuel Marulanda Vélez y Andrés Pastrana” con el fin de reanimar el proceso de paz entre el gobierno colombiano y las Farc en el Caguán que se hallaba estancado. En ambas revistas aparecen abrazándose estas dos personas, aunque se trata de dos fotos distintas y en momentos diferentes. Que la primera sea el dirigente más importante de las Farc y la segunda el presidente de Colombia no requiere ser informado pues, en virtud de ese “saber antropológico” ya arriba señalado, un lector colombiano de la época de la publicación de las revistas lo sabe perfectamente. Los textos de *Semana* son muy breves: un gran titular que dice “El abrazo del oso” y un subtítulo que dice “La diplomacia presidencial le dio un nuevo aire al proceso de paz. Ojalá dure”. En la revista *Cambio* el gran titular es “Segundo aire” y el subtítulo dice “La cumbre de Los Pozos no sólo oxigena el proceso de paz sino que le devuelve margen de maniobra a Pastrana. Y aunque pocos lo saben, también salva el liderazgo de Tirofijo”. En *Semana*, el abrazo del oso, ni qué decirlo, lo está dando Manuel Marulanda Vélez: Pastrana es, pues, víctima de un gesto que finge ser una cosa y es en realidad otra, perversa y mortal. La animalidad de Manuel Marulanda Vélez, con lo cual se subrayan sus rasgos “inhumanos” y al mismo tiempo su fuerza (la de la organización que él representa), viene dada por su asimilación a un oso. Todos lo sabemos: el abrazo de un oso mata. Es el encuentro de un asesino y su víctima. Es como la boca del lobo: nadie se va a meter en ella. Salvo que... He aquí que en virtud de la diplomacia presidencial, osadía de esa persona valiente que representando la legitimidad es capaz de desafiar el peligro y enfrentar al oso, ese proceso de paz que todos (los lectores, los colombianos) soñamos ha recibido “un nuevo aire”. Si muere, no es por su culpa; él ya lo intentó. Piadosa, pero al mismo tiempo escéptica, la revista comenta: “Ojalá dure”. Pues no hay que confiar demasiado en la contraparte; si el proceso de paz no llegara a durar, ya sabemos, la responsabilidad es del oso, no del príncipe valiente, que ha arriesgado todo para devolver al reino la paz que tanto deseamos. En *Cambio*, en cambio, si bien se trata de un nuevo aire (“Segundo aire”, “oxigena el proceso

de paz”), la atribución de la nobleza del gesto no está dada al presidente Pastrana sino a los dos cuyo abrazo une: Pastrana y Tirofijo. Ya aquí no se trata de “Manuel Marulanda Vélez” sino de “Tirofijo”, dicho sea de paso. Con lo cual la valoración de los dos no es equitativa; si en *Semana* la descalificación de Manuel Marulanda Vélez se da por su comparación con un animal, en *Cambio* se da a través del apodo. El abrazo se da entre “Pastrana” (no hay allí nada peyorativo) y un hombre que es identificado por su apodo. La comparación de las dos carátulas permite colegir que la revista *Semana* orienta de manera más declarada la lectura de ese encuentro hacia posiciones favorables al presidente colombiano, mientras que *Cambio* tiende más hacia Pastrana sin que por lo tanto infame a un hombre que sin embargo es llamado allí “Tirofijo”.

Que ambas carátulas adopten la metáfora del “nuevo aire” dice mucho sobre la percepción mediática en torno a la salud del proceso: moribundo.

Detalle final: mucho color amarillo en ambas carátulas: color simbólico de Colombia, lo que está en juego es el interés de la Patria (con mayúscula).

Persuasión

Las figuras retóricas son los recursos con los cuales los usuarios de la lengua damos a su uso una dimensión estética al tiempo que, simultáneamente, buscamos la persuasión en nuestros intercambios comunicativos. En su sentido primigenio, las figuras son “adornos” del lenguaje, pero esta dimensión debe entenderse estéticamente y no como un agregado cosmético y de fachada, en el fondo prescindible. Al contrario, las figuras juegan un papel preponderante en la evolución de la lengua, y su supresión, si es que semejante pretensión tuviera algún asidero racional, des-realizaría la lengua al dejarla convertida en un esqueleto de literalidad chamuscado. Jamás hay literalidad pura; las figuras circulan en la sociedad de manera profusa, fluida, permanente. Todos recurrimos a ellas, sin que importe nuestra condición social, nuestro nivel de formación, nuestras intenciones de lenguaje. Nuestra habla está inmersa en las figuras, se baña en ellas. Que con su uso, por añadidura, los usuarios de la lengua queramos persuadir a quienes ese lenguaje va dirigido es apenas coherente con la función atribuida desde sus orígenes. No es otra la función última de la retórica: persuadir. De allí la importancia que tiene en el funcionamiento de las sociedades, sobre todo en aquellas donde las decisiones se toman sobre la base de la razón.

La persuasión no tiene nada que ver con el aspecto verdadero o falso de las ideas persuasivas —ellas pueden ser una cosa o la otra; se puede persuadir a alguien de una idea verdadera o de una falsa— sino con el vínculo que se establece entre el autor del discurso y su destinatario, el que, si el trabajo retórico es eficiente, termina por aceptar (no por imposición, violentado, sino, justamente, por persuasión, por aquiescencia) las ideas del otro, convencido de su validez. Pero este efecto no tiene lugar en abstracto: puesto que los discursos (informativos, en este caso) circulan en sociedades concretas, con contradicciones y visiones enfrentadas, con proyectos políticos particulares y distintos, la persuasión hace parte de un engranaje en el que juega como parte de una estrategia para lograr la adhesión del destinatario al punto de vista ideológico implicado en el discurso, y con el cual el persuadido va a actuar en su vida, pública y privada. Se persuade con el fin de lograr la adhesión ideológica (y luego actuar como seres sociales): tal es la estrategia discursiva. Ahora bien, para Lamoure (Christophe Lamoure, 2006 : 80), apoyado en Protágoras, el “discurso fuerte (Protágoras, según Lamoure, distingue entre “Discurso fuerte” y “Discurso débil”) es aquel que logra llevarse la adhesión de la mayoría. El secreto de tal logro parece flaco y trivial: basta que la gente se reconozca en lo allí dicho para adherir”. El discurso fuerte no busca, pues, discutir o transformar las ideas del público sino simplemente reafirmarlas: decirle al público lo que éste quiere oír. De allí, por ejemplo, el éxito de los discursos que se multiplican asentados en los gustos predominantes, de los medios que abordan las temáticas que el público quiere ver, del rating y de la aceptación como medida de la calidad de los programas. Lamoure concluye: “La demagogia es el arma más eficaz para este fin” (Christophe Lamoure, 2006 : 81).

De todas las figuras, quizás la que juega un papel de mayor importancia en el universo de la información sea la metonimia. La metonimia⁷⁴, uno

⁷⁴ Pierre Fontanier (*Les Figures du Discours*, Flammarion, Paris, 1977) define la metonimia como “la designación de un objeto por el nombre de otro que constituye como él un todo absolutamente aparte, pero al que debe o quien le debe en mayor o menor grado ya sea por su existencia o por su manera de ser. (...) Se les llama metonimias, es decir, cambios de nombres, o nombres por otros nombres” (p. 79). Evoco esta definición por el peso de la autoridad de su autor, cuya obra, publicada originalmente en dos partes (1821 y 1827), según el criterio de Gérard Genette en la introducción de la edición citada, “puede ser considerada como el punto de llegada de toda la retórica francesa, su monumento más representativo y más acabado.” (p. 5).

de los grandes pilares en que se sostiene el complejo y antiquísimo edificio de la Retórica, no es exclusiva, por supuesto, de los discursos de la información, ni su uso se circunscribe (lo que quizás sea menos evidente) a los discursos verbales o a aquellos con componentes verbales fuertes. Tampoco la metonimia se limita, como lo presume el sentido común, a circular en ámbitos académicos cerrados, inscrita en lenguajes especializados o en boca de retóricos pensativos o de gramáticos polvorientos⁷⁵. Ya desde 1730, Du Marsais⁷⁶, considerado por los estudiosos de la retórica como su primer tratadista moderno, advertía, con una frase vuelta legendaria, que “más figuras retóricas se usan en una mañana en una plaza de mercado que en una semana de discusiones en la Academia francesa”: se encuentran (y en ellas la metonimia) en la lengua (institucional) de todo el que habla, sin importar su nivel de instrucción o su cultura específica. Sí, todos, al hablar, usamos figuras retóricas aun sin saberlo, así como ese personaje de Molière “hablaba en prosa sin darse cuenta”. Las figuras retóricas son, para decirlo con pocas palabras, un componente inherente a la lengua. No podemos sino hablar con figuras pues lo contrario sería hablar literalmente, idea más delirante imposible, si la hay. La metonimia se encuentra, pues, inextricablemente integrada a la lengua, pero lo que interesa mostrar en este texto es que también es constitutiva de los lenguajes informativos, en particular del televisivo, cuyo aspecto verbal es apenas una de las dimensiones de su lenguaje complejo⁷⁷. Dicho de otra manera, el discurso informativo de televisión significa con base en soportes materiales diversos, y su no reducción exclusiva a lo verbal no impide que la

⁷⁵ Hay que señalar de paso la ignorancia exhibida por aquellos que amalgaman retórica y mentira, o retórica y ligereza (al decir “eso es pura retórica” quieren significar que se trata de palabras huecas). Estas personas están blindadas al hecho evidente de que su propio lenguaje es un entramado de figuras; además, desconocen que la retórica es una disciplina cuyo prestigio se ha venido construyendo a lo largo de más de veinticinco siglos.

⁷⁶ Como toda frase entrada en la leyenda, su existencia prescinde de la obra en donde ha nacido y le sobrevive. Sabemos que el libro se llama *Traité des Tropes*, que fue publicado en 1730, y que, antes de Fontanier, era la referencia obligada en los estudios retóricos.

⁷⁷ Entiendo por “complejo” un lenguaje que, como el televisivo, está constituido por la convergencia de lenguajes de diversa naturaleza pero cuyo análisis no podría ser adelantado considerándolo un agregado mecánico de lenguajes (lo que autorizaría a analizarlos uno por uno, como si su coexistencia no los interdeterminara) sino como un lenguaje mestizo y de nueva estirpe (que plantea un objeto unitario y un análisis igualmente unitario).

metonimia, asociada por lo general sólo a este aspecto, también opere de manera plena, y quizás de forma más decisiva significativamente hablando, en aquellos componentes no verbales.

El uso (consciente o inconsciente) de la metonimia en los discursos informativos se inscribe socialmente en una estrategia política, también involuntaria o deliberada, de los grupos y de las personas responsables de la información, inscritos ellos y ellas, a su turno, en un círculo más amplio de intereses y de tensiones económicos e ideológicos. Como ha sido dicho aquí, en la sociedad se libra una descarnada batalla sin tregua por la representación de los acontecimientos, no sólo en cuanto a ocupar los espacios desde los cuales se puede ejercer esa representación (hablo de los medios) sino en cuanto al proyecto de legitimar como universales visiones que, por ser en realidad particulares, sólo tienen un valor restringido. El efecto de objetividad (no ser en verdad objetivas sino producir la ilusión de objetividad) que buscan estas informaciones, que supone un ajuste entre los discursos y los hechos, se apoya sobre todo en un efecto de verosimilitud de los discursos que las portan: las informaciones se consumen como si fuesen verdaderas. La verosimilitud, sin embargo, sólo tiene que ver de manera parcial con la verdad (la verdad, como se sabe, puede ser verosímil, pero, contra toda evidencia, en la mayor parte de los casos es inverosímil, y en muchos casos representaciones falsas de la realidad parecen verdaderas gracias a los mecanismos de verosimilitud que activan los discursos de la información (y otros discursos también: el efecto de verosimilitud no es exclusivo de los discursos de la información).

La metonimia se caracteriza por obrar siempre por substitución (por ejemplo, a un torero lo llama espada, a un chofer, timón; etc.). Pero este rasgo substitutivo no es exclusivo de la metonimia pues, en general, ese carácter está en la naturaleza de todas las figuras retóricas (si las figuras no fueran substitutivas –algo ocupa el lugar de otra cosa– no serían figuras, serían sólo expresiones literales). El padre que dirige una mirada de reconvención a un niño acompañada de la frase “¡Qué bonito, ¿no?!” queriendo decirle que no, justamente, que no es “bonito”, que es incorrecto lo que ha hecho (substituye incorrecto por bonito, así como la metonimia espada ha substituido a torero por ese nuevo término), está utilizando una figura retórica llamada ironía, también substitutiva. Que sea una expresión substitutiva no significa que sea forzosamente metonímica pues, como lo

hemos dicho, la substitución no es privativa del ejercicio metonímico sino extensiva a la totalidad de las figuras.

Tampoco la arbitrariedad de la metonimia podría servir para identificarla pues ese carácter es propio ya no sólo de las figuras retóricas en general sino uno de los elementos de identidad del lenguaje, como de manera concluyente lo expuso Ferdinand de Saussure en su *Curso de Lingüística General* (no hay relación necesaria entre significante y significado, hay sólo arbitrariedad; no hay ninguna necesidad entre el término árbol y el concepto árbol puesto que su vínculo es cultural). Nada une necesariamente la metonimia espada a la palabra torero: la atribución del nexo es puramente contingente, cultural, revocable (como lo podría probar, por ejemplo hipotético, la inexistencia de esa metonimia en un país donde la tauromaquia sea un dato cultural desconocido, exótico o brumosisísimo: en Nepal, digamos. Habría que hacer un encomiable esfuerzo de humor para imaginar a los monjes de un lamasterio discutiendo en los elevados y serenos contrafuertes del Himalaya acerca del espada César Rincón).

Si ni la substitución ni la arbitrariedad, así sean necesarias, bastan para establecer la identidad de la metonimia, habría que preguntarse por los rasgos adicionales, otros, que harían la diferencia y permitirían entonces distinguir a la metonimia de las otras figuras de la retórica. Es probable que esa diferencia radique en la adyacencia y en la eliminación de los conectores lógicos. Pues la metonimia, de una parte, siempre funciona por adyacencia, por yuxtaposición, por contigüidad, sea material, sea conceptual. En otras palabras, dos objetos o dos vocablos o dos elementos distintos pueden ser yuxtapuestos, y esa vecindad origina tensiones nuevas, provocadas por una circulación desconocida de fuerzas anteriormente inexistentes. Cuando los surrealistas definen la poesía como “el encuentro al azar de un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de disección”, ponen en marcha una metonimia al asociar por adyacencia tres objetos radicalmente diferentes (un paraguas, una máquina de coser y una mesa de disección). El intercambio de sentidos de esos términos relacionados por la voluntad de un ser humano, condenados sin embargo en la vida cotidiana a mantener entre sí una distancia juzgada “normal” (toda cercanía entre ellos sería subversiva), da nacimiento a significaciones hasta entonces desconocidas. Dicho sea al pasar, tal es la naturaleza de la poesía, tal su inextinguible vigor, tal la fuente de su eterna juventud. Ahora bien, esa adyacencia puede ser ya no material, como en lo que hemos visto, sino conceptual. Así, por ejemplo, el

núcleo de significación de la palabra torero se encuentra cerca del núcleo significativo de la palabra espada puesto que la espada es el instrumento de trabajo del torero (de la misma manera que el timón es lo que justifica que exista un chofer). Esta adyacencia conceptual facilita, de alguna manera, la emergencia del vínculo metonímico entre los dos términos.

De otra parte, la eliminación de los conectores lógicos podría ser una consecuencia de la prevalencia de la adyacencia como forma de relación dominante entre los términos o los objetos asociados en metonimia. Marshall McLuhan era proclive a la eliminación de los conectores entre los párrafos con el objeto de implicar más al lector en la tarea de construir el texto puesto que, de alguna manera, su inexistencia lo obligaba a establecerlos para recuperar la superficie plácida de la argumentación, que es el encadenamiento lógico. La letra de una hermosísima canción de Antonio Carlos Jobim (“Aguas de Março”) está hecha a pura metonimia (“Pan Piedra Fin Camino Pez Zoca Son las aguas de marzo cerrando el verano La promesa de vida en tu corazón Pan Piedra Fin Camino Pez Zoca”). ¿Pues qué relación, si no es la yuxtaposición desnuda, hay entre el pan, la piedra, el fin, el camino, el pez, la zoca, y todos estos términos puestos allí como planetas sueltos en una galaxia sin centro solar con las aguas de marzo cerrando el verano y con la promesa de vida en tu corazón?⁷⁸.

Los dispositivos que activa la metonimia se desarrollan por fuera de la lógica, si entendemos por ello mecanismos que no obedecen a un “encadenamiento coherente de las ideas”, como lo proclama una de sus definiciones, o el respeto riguroso a unas normas argumentativas y a unas estructuras de comunicación previamente aceptadas, fijadas y convenidas por la sociedad. A una casa cuya fachada exhibe signos nocturnos inequívocos debe corresponder lógicamente un cielo de noche, y no, como ocurre en ciertos cuadros de René Magritte, firmamentos diáfanos y despejados; un paraguas no tiene una relación lógica con una máquina de coser, como tampoco estos dos objetos tienen por qué encontrarse lógicamente sobre una mesa de disección

⁷⁸ Los aspectos relativos a la *substitución* pueden ser desarrollados de manera más amplia en Gérard Genette, *Figures III*, Seuil, Paris, 1972, en particular en los capítulos titulados “La Rhétorique restreinte” y “Métonymie chez Proust”; los relativos a la *adyacencia* en Roman Jakobson (“Deux aspects du langage et deux types d’aphasie” in *Essais de linguistique générale*. Éditions de minuit, Paris, 1963). Un excelente trabajo comparativo entre la metonimia y la metáfora se encuentra en el libro de Michel Le Guern titulado *La metáfora y la metonimia*, publicado por Cátedra, Madrid, 1985.

puesto que sobre una mesa de éstas lógicamente hay pinzas, bisturíes, en fin. Las plantas que contienen componentes narcóticos (hongos, peyote, yagué, marihuana, coca, etc.), desencadenan en sus consumidores, como lo relata Wade Davis en su extraordinario libro *El río*, visiones ilógicas, cuyo sentido solamente se alcanza reconociendo su naturaleza típicamente metonímica: “El cielo se abrió. Una bóveda del azul más profundo se tornó negra y con pequeños cristales de luz encendiéndose en todas partes. Miré hacia abajo, y vi que la tierra ocre se retiraba. Volábamos atados a las alas de los pájaros, atravesamos el espacio en el vacío, sobrevolando tierras de arena púrpura y ríos de cristales que fluían hacia el mar. Del desierto surgían formas, castillos y templos, lagartijas enormes sobre dunas, figuras totémicas dibujadas en la arena, semejanzas apenas de cosas conocidas. Volando ante la agreste faz de las montañas, sentíamos el toque de las nubes en las plumas, plumas que nos habían salido de la piel. Ojos de halcón. El viento nos llevaba lejos hacia el cielo nocturno y más allá de las estrellas dispersas. Nada que temer. De pronto llegó una voz desde abajo. Un pozo de oscuridad. La cara pálida de un niño sonriente. Me di vuelta y vi un ave de rapiña que planeaba en el cielo matinal, apuntando su pico hacia el centro del sol. No se oía nada, salvo la imagen de un ave que se remontaba hacia el olvido”⁷⁹. La indumentaria ritual de los indígenas, que a individuos de otras culturas les parece extraña (por decir lo menos) es, en el fondo, una escritura vestimentaria metonímica que se traza imitando las visiones también metonímicas que perciben en los momentos intensos de comunicación con las sagradas y poderosas fuerzas de la naturaleza: plumas multicolores, huesos, colmillos, pinturas, bastones, collares, etc. Los indígenas se visten como se ven en sus visiones metonímicas.

Los ejemplos artísticos donde predomina la metonimia de manera más categórica podrían ser las obras ejecutadas por los surrealistas, en las que la adyacencia estaba facilitada por la asociación libre de las ideas y la participación plena del inconsciente, cuyo funcionamiento, igual que el de los sueños y el de los discursos esquizofrénicos, está gobernado por fuerzas no lógicas. Pero podrían mencionarse también las novelas *Ulises* y *Finnegans Wake*, de James Joyce, *Rayuela*, de Julio Cortázar y, en cierta

⁷⁹ Davis, Wade. *El río*. Banco de la República y El Áncora Editores, Bogotá, 2001, p. 542

medida, *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez, obras, sobre todo la segunda de Joyce, en las que una frase o una palabra conducen a otras sin que exista entre ellas ni una causalidad ni una explicación, al menos no de manera manifiesta. Es posible, sí, que se encuentren conectadas por profundas corrientes subterráneas cuya visibilidad a los ojos lógicos se hallen ocultas. Porque la metonimia no se preocupa ni de la causalidad ni de la explicación: una cosa no aparece como consecuencia de otra, ni nada es un antecedente lógico de algún consecuente: simplemente emerge allí al lado de otras, se instala allí, rodeada de un halo de aparente gratuidad, y las fuerzas de la vecindad comienzan a operar para producir nuevas tensiones y nuevas significaciones.

En la adyacencia no hay ni siquiera fricciones tangenciales. Una cosa se encuentra al lado de la otra, y la distancia, por mínima que sea, las separa con un abismo, que puede ser infinitamente pequeño. Todo en la metonimia es fragmentación. Por ello no hay linealidad sino simultaneidad, coexistencia.

¿No es todo lo anterior, en rigor, también una referencia inequívoca a la pantalla televisiva, en particular cuando se trata de describir un noticiero? ¿O cuando se describe la portada de una revista informativa? ¿O cuando se describe la disposición física de los elementos (no sólo de diseño y diagramación) de un artículo analítico? En el momento discursivo extraordinariamente espeso de las informaciones televisivas, la pantalla es un mosaico móvil de lenguajes diversos que, en su entrecruzamiento, crean algo así como fuerzas magnéticas que electrizan y densifican el campo de la significación: textos leídos por presentadores, textos para ser leídos por los espectadores, imágenes de todo tipo (móviles, fijas, gráficos, mapas), música, colores, vestimentas, elementos proxémicos, gestualidades, cuerpos maduros, cuerpos deseables, cuerpos sanos, activos, bronceados, voces en off, luces, ángulos de las cámaras, pantallas de fondo, sets, equipos, aspectos particulares y actitudes variadísimas de los presentadores, de los reporteros... Todos esos elementos se ofrecen simultáneamente a la percepción de los espectadores y entre ellos no hay vínculos lineales sino entrecruzamiento azimutal metonímico, pero concurren, en un solo haz, a conferir verosimilitud a las informaciones que el noticiero entrega. Pues, por ser metonímica la relación entre todos ellos, el carácter considerado serio del vestido de un presentador es trasladado metonímicamente a la información que él nos presenta: la información, sin importar su naturaleza, es considerada entonces seria; lo urgido del flujo

de la voz del presentador y de una música grave es endosado metonímicamente al supuesto carácter urgente de la información; la aparición de una información en el primer bloque del noticiero produce la idea de que ella es, “naturalmente”, más importante que las posteriores (y ni qué decir de las que ni siquiera son publicadas). Pero no hay nada en la naturaleza del vestido, en la urgencia de la voz y en la gravedad de la música, o en el orden de aparición, para tomar los casos hipotéticos aleatoriamente citados, que legitime el traslado de los valores atribuidos a esos aspectos a la información que es presentada. Esa transferencia se da metonímicamente, de acuerdo con el mismo mecanismo que, a su escala, permite reemplazar la palabra torero por la palabra espada.

Que sea tan evidente en la televisión este despliegue de lenguajes disímiles no significa que lo sea menos en discursos radiales o de prensa escrita; sólo que los elementos que entran en juego en estos otros medios son en su mayoría distintos a los de la televisión, propios de sus lenguajes, aunque, sí, regidos por los mismos dispositivos metonímicos y la misma pretensión de verosimilitud señalada en los discursos informativos de televisión. Quizás lo que hace más llamativa la metonimia en los discursos televisivos sea la gran diversidad de materias significantes a través de las cuales ella se materializa, y, por lo tanto, la mayor complejidad que la caracteriza. Pero, en rigor, su existencia en medios impresos no es menos diversa. Una carátula de revista informativa, por ejemplo, es el lugar de copresencia de imágenes (que pueden ser fotografías, ilustraciones, montajes), de colores, de líneas, de textos (en diversos pesos tipográficos), de espacios vacíos, elementos todos que, como es lo propio de la metonimia, coexisten fragmentadamente en el espacio de la carátula. Pero también el espacio de cualquier página. Los artículos, por ejemplo, combinan de manera también fragmentada iconografías, colores, textos, líneas, vacíos. La metonimia los une y les da sentido.

Si no se cediera a la seducción metonímica, y el consumidor de informaciones no concediera validez a lo consumido sólo porque frente a sus ojos se ha representado esta especie de truco mágico gracias al cual se hace ver una cosa mostrando otra⁸⁰, podría entenderse que medios menos

⁸⁰ Si se mira con cuidado, hay en la metonimia algo muy parecido a la prestidigitación: un sombrero vacío se convierte (es substituído) en un sombrero lleno de conejos; mientras se muestra una cosa, se oculta otra.

aparatosos informan de manera más verdadera que otros cuya ostentación tecnológica deslumbra y enceguece. No que informen más verosímilmente sino más verdaderamente: lo que dicen es verdadero (aunque, como ya ha sido dicho, esta verdad puede parecer inverosímil y, por lo tanto, puede parecer falsa).

Sí, la maquinaria metonímica se pone en marcha para que las informaciones produzcan un efecto de verosimilitud; pero no hay que olvidar que la verosimilitud es apenas una primera batalla en el desarrollo de una compleja y sangrienta guerra de representaciones sociales cuyos vencedores son condecorados, ¡ay!, con la razón política⁸¹.

Las figuras retóricas se cuentan por centenares. No se trata en este trabajo de hacer un examen detallado de cada una de ellas (esa pretensión sería un delirio), sino de mostrar a través de una de ellas, la metonimia, acaso la de mayor incidencia en la operación del engranaje del lenguaje, su impacto en el sentido.

Nominación

La nominación es una operación presente a lo largo de la producción de un artículo, desde la carátula hasta el cuerpo mismo del texto. Nada distinto a nominar se hace cuando se da nombre (nominación/nombre: la relación es una evidencia) al artículo principal de la carátula, a las secciones o rúbricas en las que se divide el sumario (y que luego son desarrolladas en las páginas siguientes), a la totalidad de los artículos que componen una edición, a las subsecciones. Inclusive, se nomina desde el mismo nombre de la revista: el nombre de *Semana* no es el mismo de *Cambio*, valga la obviedad, pero la sola diferencia de nombres señala ya una diferencia de sentido. En rigor, el mismo texto de un artículo es ya una forma de nombrar una realidad.

El lugar por excelencia en donde la operación de nominación se expresa es en la titulación. Su ejecución comporta varias dimensiones, de cuya naturaleza se ocupará lo que viene enseguida.

⁸¹ Para una mejor comprensión del concepto de metonimia en el contexto de la historia de la retórica, consultar el texto de Roland Barthes llamado “L’ancienne rhétorique. Aide mémoire” in *Communications* 16, Seuil, Paris, 1970. Hay traducción al castellano: “La retórica antigua. Prontuario”, que se encuentra en *La aventura semiológica*, Paidós, Barcelona, 1990.

a. Conceptos básicos acerca de la titulación

El trasfondo teórico contra el cual se perfila este trabajo es la hipótesis de acuerdo con la cual los discursos de la información están elaborados de tal forma que buscan producir un efecto de sentido tendiente a la univocidad e impedir de esa manera que el lector flote y se disperse entre varias alternativas de sentido, siempre posibles por la naturaleza polisémica de los lenguajes, y quede entonces anclado, bajo el peso de esa restricción, al que trata de imponerle el texto. Estos discursos se inscriben en una amplia y abigarrada confrontación por el predominio de las representaciones ideológicas en torno a los acontecimientos que tienen ocurrencia en la sociedad. La lucha que se da en los medios, en particular en los informativos, es apenas una subclase de esta confrontación (la religión, la escuela, la familia son otros escenarios en los que se busca reducir el sentido y despojar de esa manera a los hechos de la complejidad semántica inherente a su condición), pero sin duda de un peso progresivamente mayor en la medida en que, como parece, juegan, cada vez más dueños de los espacios de la legibilidad social, un papel creciente y más determinante en la interpretación que los individuos nos hacemos de los hechos sociales. Los sectores que mantienen el control en la sociedad ponen al servicio de este proyecto de univocidad toda su diversísima y flexible y maleable maquinaria de producción de sentido puesto que la perpetuación de su representación del mundo es la garantía de su propia permanencia (y de los beneficios que conlleva la continuidad histórica de este control excluyente). Esta eternización de las condiciones de dominación en la sociedad de unos sectores sobre otros es posible gracias a que los valores que dan sustento a los actos de los individuos tienen el carácter de lo que Pierre Bourdieu llama una *doxa*: “La doxa es el conjunto de las creencias o de las prácticas sociales que son consideradas normales, como obvias, por lo que no deben ser objeto de ninguna impugnación”⁸². Barthes, dice que la “Doxa es la Opinión pública, el Espíritu mayoritario, el Consenso pequeño-burgués, la Voz de lo Natural, la Violencia del Prejuicio” (Roland Barthes, 1978 : 51). La perpetuación tiene entonces una vocación de aparente desinterés y de verdad indiscutible, y es sobre todo en el lenguaje, que es “la representación o forma simbólica de las relaciones de poder”⁸³, donde en primera instancia

⁸² Bourdieu, Pierre. “Au cœur de la domination masculine” in *Femmes, le mauvais genre? Manière de voir* 44, Paris, marzo-abril de 1999, p. 81.

⁸³ Callamard, Agnès. « Le sexisme à fleur de mots » in *Femmes, le mauvais genre? Manière de voir* 44, Paris, marzo-abril de 1999, p. 12.

se legitima y se hace perenne esa dominación. *A fortiori*, entonces, este texto plantea, en una escala microscópica, el problema de la dominación y del ejercicio del poder.

La titulación de los discursos informativos es apenas un recurso entre muchos otros de los que se dan los medios para proyectar el camino de la univocidad. En el momento de la producción de estos discursos, que sea adelantada por una persona o por un equipo, discreta o simultáneamente, esos recursos obran complementariamente en la búsqueda de un solo fin: la configuración de un texto cuya lectura confisque al lector la posibilidad de la divergencia. Sin embargo, ante la naturaleza polisémica de los lenguajes, es siempre posible que los lectores recusen en términos prácticos esa (en consecuencia falaz) fatalidad porque toda relación entre un lector y un texto es particular dado el carácter único del lector. Es posible que ese carácter único del lector intente ser diluido en una abstracción general, y que, en consecuencia, muchos lectores funcionen en el imaginario de los productores como si fueran uno solo. De hecho, el intento ocurre, y una de las características de los discursos informativos es dirigirse a un público ideal en el que las singularidades se desdibujan en provecho de una gran entidad masiva; es decir, en el que los rasgos de lo individual desaparecen a favor de lo colectivo. Sin embargo, en rigor, no hay dos lectores iguales; o mejor: todo lector está en capacidad de ser él y sólo él, escapar a la reducción homogenizadora, lo que multiplica hasta el vértigo las caras de ese gran poliedro multiforme construido por la suma de las infinitas relaciones singulares de lectores y texto⁸⁴.

⁸⁴ La narración titulada « Cada hombre es un mundo », tomada por J. L. Borges y A. Bioy Casares en *Cuentos Breves y Extraordinarios* (Losada, Buenos Aires, 1993) del *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano*, quizás ilustra de mejor manera esta unicidad de los seres humanos: “Don Miguel de los Santos Álvarez tiene motivos particulares para no creer en la riqueza. El resultado de sus meditaciones a este respecto es la convicción de que *andan por ahí* veinticinco duros y algunos diamantes que van dando la vuelta al mundo de mano en mano. Los primeros los ha tenido en la suya alguna vez, según asegura. A los segundos no los conoce más que de vista, todavía. Don Miguel es uno de los hombres más friolentos del Viejo Continente. Nadie puede jactarse de haberlo visto en la calle, como no sea en el mes de julio, sin levita, gabán, capa, bufanda y chanclos. Toma, sin embargo, en el estío sus *baños de bastón*, que consisten en hacer preparar la tina con agua templada, ponerse en mangas de camisa y meter en el líquido refrigerante el tercio inferior de su palo habitual. La impresión de la frescura absorbida por el bastón dice que le basta para tiritar un momento. En seguida se abriga convenientemente y sale del cuarto con las mayores precauciones. (A esto él lo llama hidroterapia).”

Si es verdad que cada lector es irreductible en otro o en una categoría más general en la cual su identidad individual se difumine, no sería menos cierto que, de su parte, todo texto no es jamás un objeto fijo, cuyos contornos, composición y funcionamientos hubiesen sido establecidos entonces de una vez y para siempre en virtud de no se sabe qué fuerza trascendente; al contrario, cualquier historia de la lectura podría demostrar sin mayores dificultades que los textos nacen y, por lo general, están condenados a muerte en razón justamente de su naturaleza cambiante. Sólo subsisten aquellos textos con capacidad de interpelar las grandes preocupaciones de los seres humanos (el amor, la muerte, el dolor, la solidaridad, la amistad, el deterioro...) –textos de los que hay que excluir, por supuesto, los discursos de la información, delicuescencia pura; pueden sobrevivir acaso en los estudios sobre la evolución de una lengua, o en la ejemplificación de los hábitos de una época, o en ejercicios semejantes, pero jamás como interlocutores de las urgencias más profundas de la condición humana–.

De manera pues que, de una parte, el lector es una entidad única y no puede por lo mismo convertirse en una entidad plural, y, de otra, los textos no son discursos invariables, con lo cual la relación entre uno y otro (lector y texto) estará siempre anudada sobre un terreno movedizo.

Los recursos al servicio de la univocidad de sentido mencionados merecen en realidad el nombre de operaciones puesto que contienen todos los elementos propios de este gesto: una materia prima sobre la cual un responsable opera para fabricar un producto final distinto a la simple aglomeración de los componentes originalmente presentes de la materia prima. Todo mundo conoce el ejemplo clásico: la tela, los botones y el hilo no son separadamente la camisa: es la operación⁸⁵ sobre esa materia prima la que produce la camisa, objeto sustancialmente distinto a la reunión aglomerada de la tela, los botones y el hilo.

El presente trabajo, con algunos acentos descriptivos, debe ser entonces considerado bajo la perspectiva anunciada para que se entienda su verdadera dimensión. Pero una descripción no es jamás autárquica: una descripción que pretenda ser autosuficiente carece de proyección pues es

⁸⁵ Equivalente al concepto de *trabajo* en K. Marx.

sólo en la integración a los fenómenos de sociedad en la que ella adquiere valor. Valor social, se entiende. La descripción no puede simplificarse a un puro juego de procedimientos formales. Se equivocaría entonces aquel eventual lector que vea en este trabajo el despliegue de una intención meramente descriptiva, así los vínculos con esos fenómenos de sociedad, que existen, no se hagan ostensiblemente explícitos.

b. Algunas hipótesis sobre el sentido de los títulos

Nada hay gratuito en la acción de titular, inclusive si la persona que lo hace escapa a la consciencia de haber realizado un acto interesado. Titular es, en un primer momento, un hecho de lenguaje, sujeto por lo tanto a las tensiones que se desatan y que se nuclean en torno a la palabra: control y pérdida, conocimiento y ceguera, saber e ignorancia, luz y opacidad. Construidos como sujetos a través del lenguaje⁸⁶, nadie escapa a las determinaciones de la lengua en el momento en que la ejecuta, así sea en las prácticas en apariencia más anodinas, en apariencia más descriptivas, en apariencia más fieles a la realidad que pretenden referir. Titular puede pasar por una práctica menor de significación en razón de la economía extrema de su gesto, puro fulgor, pero no encierra menos implicaciones que cualquier otro acto de lenguaje, inclusive los más complejos: es un ejercicio que conlleva tanta información como la que contiene sobre la totalidad de un animal una única célula retirada de su piel. Los efectos de sentido de la titulación de los discursos informativos rebasan de lejos la intención de quienes los conciben, y pasan a expresar entonces significaciones que desbordan el simple marco de la voluntad de sus autores. Las características de un medio se definen no a partir de sus propias declaraciones de política o de principios (procedimiento que equivaldría a aceptar automáticamente como ciertas sus propias autopercepciones o sus propios deseos) sino de su lenguaje y de sus contenidos ideológicos objetivamente circunscritos. Se parte entonces de los productos y no de los principios declarados. Acudir a quienes titulan para saber qué quieren decir sus titulares es un índice

⁸⁶ Benveniste, Emile. *De la subjetividad en el lenguaje* en Problemas de Lingüística General. Siglo XXI, México, 1981.

contundente de ingenuidad semiológica: todo está en el título, como todo está en la célula.

Titular es discriminar, en el sentido más puro del término: clasificar, distinguir. Titular es ya un principio de orden en el universo caótico de la incertidumbre puesto que separa y nombra: diferencia. Es verdad: la discriminación no siempre está cargada de una connotación negativa y no siempre titulamos discursos informativos. Titular es inevitable desde el mismo momento en que se trata de ordenar los hechos del mundo, cualquiera sea su complejidad, cualquiera sea su condición, y nuestra naturaleza humana (o mejor, nuestro carácter de seres sociales) nos obliga permanentemente a ello. Un mundo sin clasificaciones sería un mundo sin referentes, laberinto en el que los individuos nos sentiríamos perdidos. Nombrar, la roca que sin tregua ni respiro los poetas deben subir a lo alto de la montaña y dejar caer, es también clasificar puesto que al dar nombre a algo se le inscribe en la vasta cadena de las significaciones con una identidad propia. Si el oficio de los poetas es inextinguible, no habría razón distinta, ni más profunda ni más noble, que la necesidad permanente que sentimos los seres humanos de dar nombre a los hechos nuevos para no morir sepultados bajo la incertidumbre de lo desconocido y de la incompreensión y de la perplejidad que inevitablemente le siguen. Cuando los padres dan nombre a sus hijos, están al mismo tiempo confiriéndoles unos atributos de su imaginario cuya realización esperan en ellos.

Es fácil deducir la importancia simbólica de la costumbre judía de dar a sus hijos sólo nombres de parientes fallecidos, o la característica propia de muchas lenguas que contienen una partícula idiomática que significa ser hijo de alguien: –ez, en español, –son, en inglés; –ben, en árabe; –vich, en ruso, etc., sin mencionar el hecho de que a los hijos se les atribuye de oficio el apellido de sus progenitores: titulación obligatoria y jurídica. Dar nombre a un recién nacido es titularlo y rescatarlo por el mismo hecho de una existencia en la sombra. La fiebre del olvido, esa penosa enfermedad que en cierto momento aqueja a los personajes de Macondo en *Cien años de soledad*, la novela de Gabriel García Márquez, ejemplifica hasta el paroxismo la necesidad humana de nombrar, de titular: bajo los efectos de ese singular mal, a las vacas había que colocarles un cartelito que dijera “vaca” dado que la gente tendía a olvidar su nombre, pero luego, ante los interrogantes de sentido que suscitaba el nombre escueto, había que colgarles otro letrero que dijera “Sirve para dar leche”, y después otro: “Con la leche se hace el queso”, etc.

c. Dimensiones de la titulación. Una síntesis

Todo título se concibe ante todo como una síntesis. *Un día en la vida de Iván Denisovich* (A. Soljenitzin) es, en efecto, la narración de un día en la vida de Iván Denisovitch, como *Madame Bovary* (G. Flaubert) es la historia de madame Bovary, *Caperucita Roja* (Perrault) la de Caperucita Roja, y *La Metamorfosis* (F. Kafka) la de un hombre que se metamorfosea (en un insecto). Por más que se trate de una afirmación obvia, conviene recordarla porque esa síntesis, como toda síntesis, busca destacar los rasgos más distintivos y subrayar los núcleos identificatorios de la historia que refiere y, en consecuencia, dar la impresión de una cierta autosuficiencia de sentido: todo estaría dicho en el título. Pero está claro que es una perífrasis: no podría ser de otra manera.

Un título logrado desde el punto de vista de la síntesis (una perífrasis perfecta, entonces) irradia significación duraderamente: un título fracasado, al contrario, extingue su poder significativo tan pronto es consumido. La naturaleza poética que alcanzan algunos titulares hace que, gracias a la filiación consanguínea con esa dimensión de lo literario, éstos perduren en el universo de la significación; en cambio, un título sin otra aspiración que ser ejemplarmente referencial, muere tan pronto eclosiona, como las flores nocturnas de la pitaya (*Cactus grandiflora*) que, horrorizadas, fallecen ante el primer contacto con los rayos del sol.

Una tautología, un pleonismo, una redundancia

Si el título es una síntesis del cuerpo del texto, todo lo dicho en éste de alguna forma estaría ya en aquél, aunque no fuese sino como una promesa. Si la información sobre la totalidad del agua de los mares está contenida en una sola gota de sus aguas, la gota sería una tautología de todos los mares, de la misma forma que un título y su texto. El título crea una ecuación de equivalencias: el título vale por el texto entero. Puro pleonismo, pura redundancia. ¿Para qué leer entonces el cuerpo de un texto si ya toda la información está contenida en el título? Este razonamiento, por más absurdo que parezca, es el que sin embargo de alguna forma han adoptado muchos medios o, si todavía no lo han acogido, por lo menos avanzan hacia la congruencia con ese modelo: basta mirar, por ejemplo, en qué se ha transformado en Colombia el antes (por lo menos pasablemente) extenso periódico *El Tiempo*, la arrolladora tendencia mundial de los diarios gratuitos, caracterizados por informaciones compuestas por un

gran titular y una frase que se lee entera entre la apertura y el cierre de las puertas del vagón del metro, y la delgadez anoréxica de las informaciones televisivas aplastadas por las grandes algaradas de titulares escandalosos. Es probable que los noticieros televisivos tiendan cada día a reducirse (en el sentido culinario: una concentración) acercándose a ser titulares ligeramente ampliados. En efecto, crece cada vez más el número de noticias por emisión en una misma unidad de tiempo, de tal forma que estos noticieros, estimulados y respaldados en la imposible idea de la exhaustividad en el cubrimiento de los hechos sociales, podrían llegar a convertirse un día en un mero continuo de titulares. Los periódicos distribuidos gratuitamente en los metros de algunas ciudades europeas pueden ser una muestra de ello en el terreno de lo gráfico; los periódicos *Occidente* y *Q'ubo*, en Cali, otra⁸⁷.

Pura dependencia

Ningún título puede ser leído por fuera de su encuadre, es decir, por fuera de aquellos elementos que lo rodean precisándole, otorgándole y limitándole sentido. El título no significa en plenitud si se le toma aisladamente. No hay títulos solitarios; todos están en relación. Los elementos de encuadre son un ancla que fija el título y le impide su fragmentación o su volatilidad significativa. Esos elementos, que se encuentran en todas las publicaciones con variaciones menores, son, dentro de un primer círculo de inmediatez física, la Sección, la Subsección, el Antetítulo, la Bajada, el Peso tipográfico de las letras. Pero también, ubicados dentro de otro círculo menos próximo y por lo tanto más amplio, el cuerpo del artículo y el material gráfico con sus correspondientes textos de acompañamiento. Y aún, pertenecientes a un círculo todavía mayor, más distante y más difuso, el carácter que se autoatribuye la misma publicación y el que el imaginario del público le concede. Esta dependencia de sentido podría extenderse a círculos todavía más vastos, e ingresar de esa manera en los anchurosos espacios de la contextualización social que, a la larga y en rigor, determinan la legibilidad de los títulos. Nunca hay soledad en la lectura, por más que el lector se encuentre aislado: a su lado en el espacio y antes y

⁸⁷ Terminando la última revisión de este trabajo, aparece otro periódico gratuito: *ADN*. ¡Ay!

simultáneamente en el tiempo, lo acompañan los fantasmas de los otros seres humanos. En extremo, lo que estas afirmaciones quieren decir es que el concepto de estructura es aplicable a los discursos informativos en la medida en que la modificación de uno de sus elementos cambia su configuración total; siendo el título apenas uno de los elementos que conforman esa estructura de los discursos de la información, el análisis, por lo tanto, podría ser aplicado con semejante (supuesta) validez a cualquier otro de esos elementos: nada es verdaderamente legible sino en una lectura que tenga en consideración la situación de contexto.

Las operaciones de encuadre de los titulares obligan a lecturas metonímicas y azimutales. Nadie, en efecto, puede leer todos los elementos que convergen en torno a un titular sin apelar a la asociación de esos elementos por contigüidad metonímica, es decir, eliminando la continuidad horizontal y placentera y los vínculos lógicos que han caracterizado a la lectura occidental. El desplazamiento del ojo en todas las direcciones y la movilidad del espíritu a través de las diferentes asociaciones salvajes y racionales, involuntarias y conscientes a las que un lector se encuentra incitado en el acto de leer hacen de la lectura un ejercicio estallado, *sui generis*. Las experiencias sinestésicas que actualmente se adelantan a través de la lectura en computador (es decir, lecturas en las que ya no sólo interviene el sentido de la vista) harán de este ejercicio lector la aproximación más cercana a ese diálogo con Dios tan caro a san Agustín (mejor dicho, a Agustín⁸⁸). En el artículo “Sí hay guerra, señor presidente” (ver Anexo 10), por ejemplo, la lectura se desplaza indistintamente del nombre de la sección (“Nación”) hacia la rúbrica (“Portada”), hacia el titular mismo (“Sí hay guerra, señor presidente”), hacia la bajada (“Álvaro Uribe sostiene que en Colombia no hay conflicto armado sino amenaza terrorista. ¿Cuál es la diferencia y por qué es tan importante la controversia?”) de acuerdo con una trayectoria zigzagueante que, en últimas, obliga a un recorrido lector no lineal. Estos encuadres preparan la lectura, impiden desplazamientos laterales y, finalmente, ahogan las posibilidades azimutales.

De otra parte, la búsqueda por establecer un vínculo (en algunos casos manifiestamente cómplice) con el lector, extraído de su universo contextual, explica la naturaleza anafórica de algunos titulares⁸⁹, característica que

⁸⁸ A este propósito, ver el artículo ya referido de Anthony Sampson *Lectura y cuidado de sí*, aparecido en la revista de la Universidad del Valle N° 16, abril de 1997.

⁸⁹ Verón, Eliseo. *Materialité du sens (et son refoulement)*. CETSAS, Paris, 1978.

apela al conocimiento cultural y al acervo ideológico de los lectores para instaurar de inmediato un nexo complementario entre ambos. Lonzi dice que “Por anafóricos entendemos todas las formas lingüísticas que tienen el poder de relacionarse con concisión a menciones anteriores y alejadas: nombres de personas o de lugar, cuando el nombre del lugar ha sido presentado previamente, y al que se hace referencia (sin esta precisión, puede remitir a un conocimiento adquirido, extracontextual, según un principio que comparte con otras formas definidas) pronombres de tercera persona, demostrativos, indicadores de tiempo y de lugar, artículos definidos” (Lidia Lonzi, 1970 : 133-134). Más adelante (1970 : 135) dice que “Entenderemos por anáfora la remisión a un antecedente que precede realmente el término anafórico en el texto”. Titular, por ejemplo, *Cayó Fujimori*, supone que los lectores conocen quién es la persona evocada. De la misma manera, el uso del artículo definido (*Cayó el asesino de los Andes*) da a entender (el artículo definido *el* en el asesino) que los lectores saben a quién se refiere el titular; *a contrario*, el uso del artículo indefinido (*Cayó un asesino de los Andes*) presupone la ignorancia del lector. Otras expresiones anafóricas de los titulares se materializan a través de dichos (*Al que madruga...*), de nombres de películas (*Lo que el viento se llevó*), de expresiones vueltas corrientes (*Trabajar, trabajar y trabajar*), formas todas que (al menos en el contexto colombiano) reenvían al lector a un universo conocido y familiar del cual extrae de inmediato un nexo complementario de identificación con el discurso que consume.

Un escalofrío emocional

Es posible que cierta categoría de títulos esté más dirigida a la emoción que al intelecto. Los elementos paralingüísticos en la enunciación de los titulares en los noticieros televisivos y los grandes juegos gráficos y de colores con los que se tratan los titulares de los periódicos y de las revistas pueden ser un indicio de la validez de esta aseveración. De esa manera, el título buscaría la adhesión del lector a los valores contenidos en la información no a través de la razón sino del sentimiento. La prevalencia de la irracionalidad, en la que se encuentra sumergida la emoción, expulsa de las actitudes individuales la posibilidad del pensamiento, privilegiando del lector así tratado su dimensión animal más que su condición humana. A través del título, el lector es un animal.

El lector supuesto

El acto de titular supone un perfil de su futuro lector. O, lo que es lo mismo, el tipo de lenguaje utilizado en la titulación deja entrever la imagen que el medio tiene de su lector⁹⁰ y de alguna manera o le reafirma su identidad o atrae nuevos individuos identificados con esa sensibilidad. Titulares como *Farc se les metieron al rancho a los “paras”*, *Clásico en Bogotá, a “palo seco”*, *Ochenta invidentes por la “pole” de ortografía o Slim vino y “amarró” el negocio* apelan a un lenguaje degradado si se le compara con los virtuosos titulares ajustados a la gramática más estricta de los que se jactaba antes *El Tiempo* (medio de donde son tomados los titulares referidos). Lo que puede marcar ese viraje en la manera de titular es la pretensión de ese periódico de extender su influencia a sectores populares o juveniles, que son los usuarios de un lenguaje semejante (desarticulado, argótico, impropio), en detrimento de otros sectores que, a lo mejor, se encuentran ganados por otras razones. A través del lenguaje en los titulares se ejecuta una estrategia comercial, política e ideológica que pasa por configurar y prefigurar el perfil de los lectores.

De otra parte, aunque es posible que los títulos expresados en frases gramaticalmente completas y en frases gramaticalmente incompletas coexistan en una misma publicación, se puede observar cómo el uso tendencial de una o de otra frase está emparentado con una cierta idea de estatus que se quiere autoconferir un medio: las frases completas para los medios “serios”, las incompletas para los más anclados en sectores populares (menos “serios”, más informales, más caóticos, más dislocados, más carnavalescos). La frase completa (*El dólar bajó su cotización*) expresa lingüísticamente un sentido cerrado, en tanto que la incompleta (*Noche de perros*) deja abiertas compuertas de sentido, pasarelas al mundo equívoco de la polisemia. En ambos casos, lo que está en juego tras la manera de titular es la autoimagen del medio y el contorno de los lectores supuestos.

Una codificación

La codificación, que, como se sabe, requiere ser compartida para su desciframiento, adopta en el caso de los titulares formas particulares. Un

⁹⁰ El “narratorio”, en términos de la teoría estructuralista.

titular como *Uribe: iremos hasta el fin*, exige que el lector entienda los dos puntos (:) como equivalentes a un verbo y al giro de la frase en subjuntivo: *Uribe dice que iremos hasta el fin*. El signo de puntuación coma (,) opera en algunos casos también como equivalente a un verbo, como en el caso de *Licorera, en quiebra*, que el lector lee como La licorera está en quiebra. Las comillas son equivalentes a citas textuales: “*No nos vamos a quedar callados*”. Pero quizás donde esta codificación adquiere un nivel más sutil es en los titulares que apelan a un saber cultural más fino que el simple conocimiento de los signos de puntuación y sus equivalencias; por ejemplo, *El cementerio de los elefantes*, titular con el que se reseñó el triunfo de Holanda sobre Costa de Marfil en el pasado mundial de fútbol (2-0), implicaba estar al tanto de la idea de acuerdo con la cual nadie conoce dónde está el cementerio de esos animales, por una parte, y, por otra, asociar Costa de Marfil con los elefantes, dado que ese país toma su nombre del marfil de los colmillos de estos paquidermos, cuya (salvaje) explotación tenía lugar sobre todo allí.

Sobre el mismo registro juegan titulares como *Elefantes sin defensas* (Argentina vence a Costa de Marfil tras un partido en el que los jugadores de este país despliegan un erróneo planteamiento defensivo; “defensas” es el nombre que también reciben los colmillos de los elefantes); Los “*Black Stars*” *dan brillo al África* (titular que, a través del oxímoron “Estrellas Negras”, recuerda el apodo dado a los jugadores de Ghana; *Italianos y norteamericanos la ven roja* (cruce de significaciones entre “verla roja” como una forma de pasar dificultades y “ver tarjetas rojas” por el gran número de expulsados de ambas escuadras); *Túnez en el desierto* (la derrota de Túnez ante Arabia Saudita, dos países caracterizados por tener grandes desiertos); *Los gavilanes perdieron sus plumas* (los “gavilanes”, sobrenombre dado a los jugadores de Togo, vencidos por Suiza); *Ronaldo hace el peso* (superposición de sentidos entre el excesivo peso de Ronaldo y el peso decisivo de su prestación futbolística en la victoria de Brasil sobre Japón, 4-1); *Insípida Albión* (que, tras el soso triunfo de Inglaterra sobre Ecuador por un magro 1-0, evoca, con ironía, la “pérfida Albión” de W. Shakespeare)⁹¹.

⁹¹ Los ejemplos del párrafo que aquí termina han sido tomados del diario francés *Libération*.

Galería final

La siguiente es una pequeña muestra clasificada, según criterios coincidentes con los registrados en el numeral 3 de este texto, de titulares elegidos un poco al azar de diversas publicaciones: *Semana* y *Cambio* (Colombia), *El País* (España), *Le Monde* y *Libération* (Francia). Sólo duplican ejemplos ya dados en el texto, pero pueden ser útiles para un eventual estudio de estos temas. Como todos los titulares, los que vienen a continuación algo tienen de alusivo (aluden de una cierta manera al tema que prometen) y de elusivo (no son una referencia literal a lo que evocan de forma directa). Así, por ejemplo, el titular *A sangre fría* (anáfora que remite al título del reportaje canónico de Truman Capote *A sangre fría*, no habla del libro de este autor sino de la pena de muerte en los Estados Unidos. Otro ejemplo: el titular *Parranda vallenata* no habla de una fiesta con conjuntos vallenatos sino de la entrega del ahora llamado “Comandante” de las Autodefensas “Jorge 40”. Hay que precisar que los titulares comparten varias dimensiones de las que han servido para establecer la clasificación, de tal forma que uno de ellos puede hacer parte de varias categorías; se trata pues de una taxonomía cuyos límites se confunden y se invaden.

Anáfora por proverbios (adagios, refranes, dichos populares): Al que madruga...; Ver para creer; Más sabe el diablo por viejo...; Espejito, espejito...

Anáfora por títulos (generalmente de libros, de películas, de obras de teatro, de programas de televisión): Atrapados en Bagdad (Atrapados sin salida); Crimen y Preguntas (Crimen y Castigo); Cien años de rectitud (Cien años de soledad); Monólogos de la vagina (Monólogos de la vagina); Atraco a la italiana (Matrimonio a la italiana); El pastorcito mentiroso (El pastorcito mentiroso); Perder es cuestión de método (Perder es cuestión de método); El desafío 2006-2010 (El desafío 2006); Vivir con el virus (Vivir con el enemigo); Tres son compañía (Tres son compañía); Revivamos nuestra historia (Revivamos nuestra historia); Pulso de titanes (Guerra de titanes); El primer emperador (El último emperador); La otra verdad (La otra verdad); Juntos son dinamita (Juntos son dinamita); Hasta que la plata los separe (Hasta que la plata los separe); País de maravillas (Alicia en el país de las maravillas).

Anáfora por expresiones dadas: Negociar, negociar, negociar; La gata saca las uñas; Otro oso; Así de simple; Italia duerme en sus laureles; El pastor alemán; Vivitos y coleando; ¿Levántate y anda?; La fe mueve

millones; En la recta final; Sin pelos en la lengua; Hasta que la plata los separe; Con broche de oro.

Frases completas: El gobierno quiere pedir a la Iglesia la eliminación de los símbolos franquistas; Empeora el estado de salud de Sharon; Israel acepta una fuerza de interposición en el Líbano; El Supremo propina un revolcón a la Audiencia Nacional al anular la condena al ‘talibán español’.

Frases incompletas: U.S. 350 millones por Telecom; La difícil relación entre Damasco y Washington; Hasta pronto, capital del dolor; Bendición muy política para los emigrantes judíos en Francia; La CPI incompetente para juzgar los crímenes de guerra en Israel y en el Líbano; Primeros 6 juicios por robo a Cajanal.

Codificación por saber cultural: Italia pone a Ucrania bajo su bota (alusión a la silueta en forma de bota de Italia); La gata saca las uñas (en referencia a la mujer apodada La Gata); Lina se confiesa (alusivo a la esposa del presidente Uribe así llamada); Otra frontera caliente (exige conocer cuál es la otra frontera supuesta); La otra verdad (requiere saber cuál es la anterior verdad); El ventilador de Los Mellizos (el lector debe conocer la referencia al ventilador –que, por supuesto, no es el aparato que dispensa aire– y saber a cuáles “mellizos” evoca).

Codificación por comillas (‘’’): “No somos de segunda”; “Si mi hija tuvo un bebé, quiero tenerlo entre mis brazos”; “No nos vamos a quedar callados”; “Si a mí algo llega a pasarme, Bush sería el asesino”: Chávez; Saad Hariri favorable a una “solución global”.

Codificación por dos puntos (:): Si me matan, la culpa es de Bush: Chávez; “Si a mí algo llega a pasarme, Bush sería el asesino”: Chávez.

Codificación por coma (,) substituta de verbo: La licorera, en quiebra (La licorera está en quiebra); El “Comando Hubert”, en misión en Habbouch (El “Comando Hubert” se encuentra en misión en Habbouch).

CAPÍTULO 4

ESTRELLAS FUGACES

Las observaciones que aparecen enseguida han cruzado, como estrellas fugaces, el firmamento de este trabajo; por un instante (justamente fugaz) lo iluminan, pero su rápido paso les impide injertarse en alguna parte de su cuerpo. Es verdad que tal vez hubieran podido integrarse al acápite titulado “Restricciones contextuales”, o ser el embrión de un trabajo futuro. Este es, pues, un capítulo ambivalente: prescindible (en la medida en que no prende), conveniente (pues su luz algo inefable nos dice).

- a. La coda que cierra la mayor parte de los artículos analíticos (en *Semana*) pretende izarse, como las moralejas de las fábulas de La Fontaine, en generalización suprahistórica, con una validez entonces por encima de las circunstancias singulares que la vieron nacer. Su aplicación desborda el acontecimiento particular de donde surge para expandirse sobre todos los casos que le sean similares. Receta moral, recomendación de actitud frente a la vida, consejo de buen ciudadano, inferencia evidente, la moraleja, con su tono paternalista, habla siempre desde el paradigma del deber ser y del buen comportamiento. Si estos artículos se cierran por esta especie de verónica moral, el lector se deja arrastrar por la idea de que entre lo dicho antes de la moraleja y ésta sólo debe haber congruencia, por lo que entonces el cuerpo del artículo que ha precedido a la moraleja se nimba de una aureola de Bien, de Ejemplaridad, de Paradigma. Nada de lo leído puede ser malévolamente puesto que el espíritu de la moraleja, tan evidentemente positivo, tan indiscutible en su virtuosidad, baña por reflejo o por extensión la totalidad del texto.

- b. Hay una contradicción evidente entre una política informativa basada en la estricta constatación mediática de los hechos, condición de su supuesto vínculo objetivo con el mundo, y su representación discursiva, plagada de comentarios y de opiniones, prueba *a contrario* entonces de una relación subjetiva con la realidad, inclusive si estos últimos aparecen bajo formas maquilladas que ocultan su verdadera identidad. El discurso informativo es incapaz de deshacerse de una propensión a explicar todo lo que ocurre en la realidad y de autoconsiderarse por lo tanto omnisciente; y en el cumplimiento de esta autopromesa, justificativa ante sí mismo y ante la sociedad, no puede impedirse caer en la interpretación (es decir, en una visión subjetivizada de los acontecimientos) puesto que este tipo de discurso está imposibilitado, por su misma naturaleza, para alcanzar un estatus científico –único discurso con capacidad de establecer un vínculo objetivo con la realidad–. Salvo desde la ciencia, los otros discursos –artísticos, religiosos, políticos, ideológicos, filosóficos–, en cualesquiera de los formatos que adopten –artículos, libros, reportajes, documentales televisivos, películas, fotografías, noticieros de televisión, etc.– expresan una visión de la realidad que se encuentra inexorablemente ungida por las marcas de la subjetividad.
- c. “Ubicándose en el terreno de las comunicaciones, aceptando sus reglas como propias, el más radical de los discursos no será ni más subversivo ni más peligroso. Algunos siglos antes de Guy Debord, un tal Aristóteles afirmaba ya que toda puesta en forma implica una puesta en norma. Quien avala la una, avala la otra” (Aubenias y Benasayag, 1999 : 80). Dicho de otra manera, la aceptación de la forma, por más radicales y revolucionarios que sean los contenidos que ella vehicule, implica la aceptación de la norma que éstos supuestamente atacan. No hay norma que pueda ser discutida desde la aceptación de la forma en que ella se expresa. La impugnación de la norma debe realizarse desde otra forma. El radicalismo argumental de los artículos de Caballero y de Coronell en la revista *Semana*, o de Bejarano en *El Espectador*, para citar quizás los casos más representativos, termina siendo desactivado por la naturaleza global de los medios en los que ellos se publican –naturaleza que (hay que subrayarlo con fuerza) es funcional a los propósitos de las instancias criticadas por los articulistas.
- d. Al trivializar la vida social, los medios crean el olvido. Los acontecimientos que son tratados en ellos y la forma como son tratados no

responden a criterios de trascendencia social. La forma más expedita y eficiente es la invisibilización: simplemente, los acontecimientos no aparecen en el discurso: por lo tanto, no existen. O bien el acontecimiento presentado carece de toda importancia para la vida de una sociedad (temas anodinos, ligeros, entretenidos): su evocación es inocua. O, finalmente, acontecimientos trascendentes son desactivados al ser presentados livianamente. En todas las figuras anteriores, el resultado es el olvido puesto que lo que se rescata, cuando se rescata, es lo intrascendente y se desecha lo que realmente podría ser de interés para el avance de una sociedad. Un buen ejemplo es el olvido de las guerras: se recuerdan por lo más anecdótico, es decir, por lo que no fueron (Alejandra Toro Calonje, 1997).

- e. La pretendida exhaustividad de los discursos informativos produce la ilusión de conocimiento sobre todo lo que ocurre en la sociedad. No solamente se promete todo sino que todo lo que es presentado supone ser examinado hasta en sus más recónditas dimensiones. Por supuesto, esta pretensión desconoce las reglas más elementales del funcionamiento del lenguaje, de acuerdo con las cuales basta elegir un tema discursivo para desechar otros, y que no otra cosa es lo que siempre hace el hombre en el ejercicio del lenguaje. No puede proceder de otra manera. Pero esta noción de exhaustividad se deriva igualmente de la extraordinaria diversidad de temas que pueden ser abordados por los medios, posibilidad ultraexacerbada por las nuevas tecnologías: el encadenamiento entre medios de distinta naturaleza (televisión, prensa, radio, digitales) posibilitado por estas tecnologías ha terminado por crear una red sin límites en la que los asuntos abordables se han diversificado hasta el infinito.
- f. ¿Desde dónde habla la voz que habla? Obsesionadas por hacer aparecer como relato lo que no es más que un discurso, las publicaciones informativas, sin embargo, revelan de manera en oportunidades infrecuentemente ostensibles lo que quieren ocultar. Como esa carátula excepcional de la revista *Semana* (ver Anexo 12) en la que está escrito, contra el fondo de una fotografía en la que aparecen encadenados varios de los rehenes de las Farc, el titular “¡Rompamos estas cadenas!”. Rompamos: ¿quiénes? ¿La revista y sus lectores? ¿Hay, pues, una identidad entre la revista y sus lectores que autorice esa primera persona del plural? Generalmente, la revista habla a sus lectores en términos de “ustedes”. Curioso.

BIBLIOGRAFÍA

- Aquien, Michèle y Georges Molinié. *Dictionnaire de rhétorique et de poétique*. Librairie Générale Française, París, 1996.
- Aubenas, Florence y Miguel Benasayag. *La fabrication de l'information*. La Découverte, París, 1999.
- Bachelard, Gaston. *L'intuition de l'instant*. Stock, París, 1992.
- Barthes, Roland. *Mythologies*. París, Seuil, 1957.
- Barthes, Roland. "Rhétorique de l'image" in *Communications* 4. Seuil, París, 1964.
- Barthes, Roland. *L'ancienne rhétorique. Aide mémoire*. Communications 16. Seuil, París, 1970.
- Barthes Roland. *Roland Barthes por Roland Barthes*. Kayrós, Barcelona, 1978.
- Barthes, Roland. *Lo obvio y lo obtuso*. Paidós, Barcelona, 1986.
- Barthes, Roland. "La paz cultural" (pgs. 113-118) en *El susurro del lenguaje*. Paidós, Barcelona, 1987; "La división de los lenguajes" (pgs. 119-133) en *ídem*; "El estilo y su imagen" (pgs. 149-159) en *ídem*.
- Barthes, Roland. *La aventura semiológica*. Paidós, Barcelona, 1990.
- Benveniste, Emile (a). « *Les relations de temps dans le verb français* » en *Problèmes de linguistique générale*, 1. Gallimard, París, 1966.
- Benveniste, Emile (b). « *De la subjectivité dans le langage* » en *Problèmes de linguistique générale*, 1. Gallimard, París, 1966.
- Benveniste, Emile. "Forma y sentido en el lenguaje" in *Problemas de lingüística general II*. Siglo XXI editores, México, 1979.
- Bloom, Harold. *El canon occidental*. Anagrama, Barcelona, 1995.

- Borges, Jorge Luis. *Otras inquisiciones*. Emecé, Buenos Aires, 1960.
- Borges, Jorge Luis. “La biblioteca de Babel” en *Ficciones*. Alianza, Madrid, 1979.
- Bourdieu, Pierre. *Ce que parler veut dire. L’économie des échanges linguistiques*. Fayard, París, 1982.
- Bourdieu, Pierre. « L’emprise du journalisme » en *Actes de la recherche en Sciences Sociales* 101-102. París, 1994.
- Bourdieu, Pierre y Loïc J. D. Wacquant. *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. Grijalbo, México, 1995.
- Bourdieu, Pierre. «Au coeur de la domination masculine» en *Manière de voir* 44, París, marzo-abril de 1999.
- Breton, Stéphane. *Télévision*. Éditions Grasset & Fasquelle, París, 2005.
- Callamard, Agnès. « Le sexisme a fleur de mots » en *Manière de voir* 44, París, marzo-abril de 1999.
- Cassetti, Francesco. «Les yeux dans les yeux » en *Communications* 38. Seuil, París, 1983.
- Char, René. *Fureur et mystère*. Gallimard, Paris, 1962.
- Chartier, Roger. *El mundo como representación*. Gedisa, Barcelona, 1995.
- Davis, Wade. *El Río*. Banco de la República y El Áncora editores, Bogotá, 2001.
- Ducrot, Oswald. *Decir y no decir*. Anagrama, Barcelona, 1982.
- Ducrot, Oswald. *El decir y lo dicho*. Paidós, Barcelona, 1986.
- Eco, Umberto. “¿El público perjudica a la televisión?” en M. de Moragas (ed.). *Sociología de la comunicación de masas*. Tomo II. *Estructuras, funciones y efectos*. Gustavo Gili, Barcelona, 1985.
- Fontanier, Pierre. *Les Figures du Discours*. Flammarion, París, 1977.
- Foucault, Michel. *Hermenéutica del sujeto*. Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1987.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI editores, México, 1989.
- Genette, Gerard. *Figures III*. Seuil, París, 1972.
- González, Julián. *Repensar el periodismo*. Transformaciones y emergencias del periodismo actual. Programa Editorial Universidad del Valle, Cali, 2004.

- Havelock, Eric. “*La ecuación oral-escrito: una fórmula para la mentalidad moderna*” en Olson, David y Nancy Torrance (Comp.). *Cultura escrita y oralidad*. Gedisa, Barcelona, 1995.
- Hedayat, Sadeq. *La lechuza ciega*. Siruela, Madrid, 2003.
- Huser, France. *Frères Giacometti. Le Nouvel Observateur* 2244, noviembre de 2007.
- Huxley, Aldous. *Las puertas de la percepción*. Edhasa, Barcelona, 1992.
- Jakobson, Roman. «*Deux aspects du langage et deux types d’aphasie*» en *Essais de linguistique générale*. Minuit, París, 1963.
- Joyce, James. *Ulysse*. Flammarión, París, 2005.
- Kunzmann, Peter, Franz-Peter Burkard, Franz Wiedmann. *Atlas de la philosophie*. La Pochothèque, París, 1999.
- Lamoure, Christophe. *Petite philosophie de la télévision*. Éditions Milan, París, 2006.
- Legendre, Pierre. «*Le hors-temps du cinéma*» en *Cahiers du cinéma*, noviembre 2000, hors-série.
- Le Guern, Michel. *Metáfora y metonimia*. Cátedra, Madrid, 1985.
- Lonzi, Lidia. «*Anaphore et récit*» in *Communications* 16. París, Seuil, 1970.
- Manffrey, Annick, Isdey Cohen, Anne-Marie Lilti. *Grammaire française*. Hachette, París, 1983.
- Marechal, Leopoldo. *Adán Buenosayres*. Sudamericana, Buenos Aires, 1970.
- Martín Serrano, Manuel. “*La mediación de los medios de comunicación*” en M. de Moragas (ed.). *Sociología de la comunicación de masas. Tomo I. Escuelas y autores*. Gustavo Gili, Barcelona, 1985.
- Missika, Jean-Louis. *La fin de la télévision*. Éditions du Seuil et La République des Idées, París, 2006.
- Neveu, Érik. *Sociologie du journalisme*. Éditions La Découverte, París, 2004.
- Orwell, George. 1984. *Destino*, Buenos Aires, 2006.
- Pliskin, Fabrice. Katerine, dessine-nous un cochon. *Le Nouvel Observateur* 2245, noviembre de 2007.
- Rimbert, Pierre. *Libération, de Sartre a Rothschild*. Éditions Raisons d’agir, París, 2005.
- Sampson, Anthony. “*Lectura y cuidado de sí*”, en *Revista Universidad del Valle* 16, Cali, 1997.

- Searle, John. “¿Qué es un acto de habla?” en *Lenguaje y sociedad*. Centro de traducciones de la Universidad del Valle, Cali, 1983.
- Searle, John. *Actos de habla*. Cátedra, Madrid, 1986.
- Sófocles. *Edipo Rey*. Teatro griego. Aguilar, Madrid, 1978.
- Sófocles. *Edipo en Colona*. Teatro griego. Aguilar, Madrid, 1978.
- Todorov, Tzvetan. « Poétique » in *Qu'est-ce que c'est que le structuralisme*. Seuil, París, 1968.
- Toro Calonje, Alejandra. *De la disparition de la mémoire par le mensonge et la banalisation des informations pendant la Guerre du Golfe*. Edición universitaria, Escuela de Altos Estudios, París, 1997
- Toro, Hernán. *El efecto de objetividad en los discursos informativos de televisión*. Informe final de investigación, Universidad del Valle, 1989.
- Toro, Hernán. *La ilusión informativa*. Universidad del Valle, Cali, 1992.
- Toro, Hernán. *Los animales sólo viven en el presente*. Universidad del Valle, Cali, 1997.
- Toro, Hernán. *El reportaje: un género estallado*. Editorial Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, 2004.
- Verón, Eliseo. *Materialité du sens (et son refoulement)*. CETSAS, París, 1977.
- Verón, Eliseo (a). “Il est là, je le vois, il me parle » in *Communications* 38. Seuil, París, 1983.
- Verón, Eliseo (b). *Construir el acontecimiento*. Gedisa, Barcelona, 1983.
- Verón Eliseo. “L'analogique et le contigu (note sur les codes non digitaux) » in *Communications* 15. Seuil, París, 1970.
- Villafañe et al. *Fabricar noticias*. Las rutinas productivas en Radio y Televisión. Mitre, Barcelona, 1987.
- Virilio, Paul. *Vitesse et politique*. Galilée, París, 1977.
- Virilio, Paul. *L'écran du dessert*. Galilée, París, 1991.
- Virilio, Paul. *L'art du moteur*. Galilée, París, 1993.
- Virilio, Paul. *La vitesse de libération*. Galilée, París, 1995.
- Virilio, Paul (a). *Un paysage d'événements*. Galilée, París, 1996.
- Virilio, Paul (b). *Cybermonde, la politique du pire*. Textuel, París, 1996.
- Zuleta, Estanislao (a). “Idealización en la vida personal y colectiva” en *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Fundación Estanislao Zuleta, 1994.

Zuleta Estanislao (b). “*Sobre la lectura*” en *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Fundación Estanislao Zuleta, 1994.

Zuleta, Estanislao (c). “*Acerca de la ideología*” en *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. Fundación Estanislao Zuleta, 1994.

ANEXOS

ANEXO 1

DOMINGO, OCTUBRE 10, 2004



Ker Robertson/Getty Images

Pocos atletas de Camboya, con la mayor proporción de amputados del mundo, estuvieron en los juegos.

Competencia de camboyanos discapacitados es un triunfo

Por SETH MYDANS

Para Nhork Kimhor, el camino a Atenas empezó con un sonido que recuerda como "Pung!".

Estaba parado en medio de un campo minado, pero con la estupefacción que a veces acompaña a una conmoción, pensó que alguien le disparaba. "Empecé a arrodillarme y pensé, ¿qué me pasó? ¡He perdido mi pierna!". Y luego pensó, "debería estar muerto".

En lugar de ello, Nhork Kimhor, de 25 años, es uno de dos corredores camboyanos que compitieron en las Parao-limpiadas que concluyeron en Atenas el 29 de septiembre, el equivalente de los Juegos Olímpicos para atletas discapacitados. Compitió en la carrera de 200 metros para atletas con amputaciones debajo de la rodilla; terminó en el último lugar de los seis en su eliminatoria. También compite en los 100 metros.

Al igual que su entrenador, On Sok Eng, de 32 años, Nhork Kimhor perdió su pierna derecha mientras retiraba minas durante la guerra civil posterior al derrocamiento del Gobierno del Khmer Rouge en 1979. Ese reinado de terror de cuatro años resultó en la muerte de 1.7 millones de personas.

Para los atletas discapacitados de un país demasiado pobre para entrenarlos bien o equiparlos con prótesis deportivas especiales, su simple presencia en Atenas es una victoria.

No hay ningún programa establecido para atletas discapacitados en Camboya y los miembros de este minúsculo equipo fueron seleccionados en una competencia entre los pocos que se habían enterado de ella. Entrenaron irregularmente en el desvencijado Estadio Olímpico Nacional en Phnom Penh, sin prótesis especiales ni otro equipo.

Camboya tiene la proporción de amputados más alta per cápita en el mundo, cerca de una de cada 250 personas, afirman expertos de varias organizaciones, entre ellas el Banco Mundial. La mayoría de los amputados, alrededor de 40 mil, es víctima de minas terrestres.

Se estima que entre 4 y 10 millones de minas siguen dispersadas por el país porque es muy costoso y difícil quitarlas. El número de gente que matan o lesionan aumenta en unos 300 por año.

Muchos, como Nhork Kimhor y su entrenador, perdieron sus extremidades mientras servían como soldados. Como líder de un equipo que retiraba minas terrestres, Nhork Kimhor había visto a muchas víctimas lisiadas y vidas arruinadas y estaba resuelto a no unirse a ellas. "Me prometí que si pisaba una mina, inmediatamente me suicidaría", aseguró. "No temía morir, pero no quería ser un amputado".

"Me prometí que si pisaba una mina, me suicidaría".

El día en que perdió su pierna, la única arma que llevaba era un lanzacohetes y mientras estaba arrodillado y sangrando, lo apuntó contra sí mismo. Pero dudó. Había visto lo que los cohetes como éste podían hacerle a un cuerpo y quería asegurarse de que por lo menos algunos fragmentos de hueso quedaran para que sus padres los sepultaran. Así que apuntó al suelo y disparó, seguro que la explosión lo mataría. El misil simplemente se clavó en la tierra.

"Pensé, 'tengo que encontrar otra manera de ponerle fin a mi vida', pero no pude", comentó. "Había minas todo a mi alrededor. Podía ver sus puntas que salían del suelo. Pero mi mejor amigo simplemente caminó en medio de ellas y me llevó en sus brazos".

Nhork Kimhor recibió una pierna artificial y encontró una nueva vida en los deportes, al ganar medallas en competencias asiáticas regionales. Pero este éxito ha hecho poco para permitirle ganarse la vida, aunque el dinero de un premio que recibió en un evento en Corea del Sur sí le ayudó a comprarse una pequeña motoneta. Ahora, como miles de desempleados en Phnom Penh, trabaja como taxista de motoneta.

Su entrenador es uno de los más exitosos con los atletas discapacitados del país. También dirigía un equipo que retiraba minas cuando una destruyó su pie derecho. A diferencia de Nhork Kimhor, sin embargo, se sentía agradecido de estar vivo. "Pensé, 'podría estar muerto pero sólo soy un amputado'", expresó. "Todavía tenía la oportunidad de tratar de rehacer mi vida".

ANEXO 2

PAÍS: YIDIS SALPICA A MÁS FUNCIONARIOS

CUBA: LA OTRA REVOLUCIÓN

POR RICARDO SANTAMARÍA



8 AL 14 DE MAYO DE 2008 N°. 775

Cambio

**FIGURAS POLÍTICAS
DE TENDENCIAS
MUY DIVERSAS
SE OPONEN A UNA
NUEVA REELECCIÓN.
LA AMBIGÜEDAD DE
URIBE ENRARECE
EL AMBIENTE.**

UNIDOS
por
accidente



Antanas Mockus,
Gina Parody e
Iván Cepeda.

TARIFA POSTAL REDUCIDA N°.1334 / COLOMBIA: 3.900 PESOS / VENEZUELA: 25.000 BS / ECUADOR: 153,900

ANEXO 3

NUEVAS REVELACIONES DEL PC DE REYES

Semana

MAYO 12 A 19 DE 2008



GONZALO CÓRDOBA
PRESIDENTE

FIDEL CANO
DIRECTOR

DE REGRESO

Tras 121 años de existencia, siete de ellos como semanario, 'El Espectador' vuelve a ocupar su lugar en la información diaria de los colombianos.

COLOMBIA: 10.000 PESOS / VENEZUELA: 4.200 BS. / ECUADOR: US\$ 7 / EL VUL: US\$ 7 / PANAMÁ: 7 BALBOAS. PORTE AUTORIZADO: 9802

ISSN 0323-4637

01338

9 770323 463008

ANEXO 4

Semana

TermoRío: Grabaciones explosivas



INFORMACION DE COLOMBIA Y DEL MUNDO FEBRERO 12 - 19 DE 2001 EDICION No. 980

www.semana.com

TRABAJO: PINTURA, DISEÑO: No. 148 / PINTURA: DISEÑO: No. 148 / PINTURA: DISEÑO: No. 148

COLOMBIA: 6.500 PESOS / VENEZUELA: 3.000 BS. / ECUADOR: US\$4.50 / EL SALVADOR: US\$4.50 / PANAMA: 4.50 BALBOAS



El abrazo del oso

Manuel Marulanda Vélez y Andrés Pastrana

La diplomacia presidencial le dio un nuevo aire al proceso de paz. Ojalá dure.

ISSN 0121-4837

00980



9 770121 483006

ANEXO 5

INFORME ESPECIAL: Los fraudes electorales del 2000

Cambio



SEGUNDO AIRE

La cumbre de Los Pozos no sólo oxigena el proceso de paz sino que le devuelve margen de maniobra a Pastrana. Y aunque pocos lo saben, también salva el liderazgo de *Tirolfijo*.



12 - 10 DE FEBRERO / 2001 N.º 399 PORTE PAGADO N.º 008 COLOMBIA: 5.800 PESOS / VENEZUELA 2.500 BS. / EE.UU. \$54,00

REUTERS

ANEXO 6

Semana

Calentamiento global: en el punto de no retorno

INFORMACIÓN DE COLOMBIA Y DEL MUNDO FEBRERO 12 A 19 DE 2007 EDICIÓN No. 1.293 www.semana.com

COLOMBIA: 9.400 PESOS / VENEZUELA: 4.200 BS. / ECUADOR: US\$ 6. / EL UL.: US\$ 6. / PANAMÁ: 6 BALBOAS / TAJIKISTÁN: 1.000 TJS. / SERBIJA: 1.000 DYNARS. / A.R. VENEZUELA: 2000



ANEXO 7

GOBERNADOR DEL CESAR: UNA FOTO LO COMPROMETE

SEXO: DE DÓNDE AGARRAR



19 AL 25 DE MARZO DE 2007 N°. 716

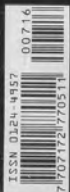
Cambio

ERRORES DE
MANEJO Y
PRESIONES
DE LA CASA
DE NARIÑO
TIENEN EN
CAPILLA AL
MINISTRO
DEL INTERIOR,
CARLOS
HOLGUÍN.

La MALA HORA

Carlos Holguín Sardi, ministro
del Interior y de Justicia.

Foto: Andrea Muroso / Cambio



TENDENCIAS: LA MODA RAPERA



TARIFA POSTAL REDUCIDA N°. 1334 / A COLOMBIA: 8.500 PESOS / A VENEZUELA: 10.000 BS / A EE.UU. US\$ 5.00

ANEXO 8

EL ESPECTADOR / DOMINGO 31 DE AGOSTO DE 2008

Salud y Bienestar / 53



El ejercicio es el factor de predicción más potente por sí solo de la longevidad saludable, tanto en mujeres como en varones. (A. Haple)

Vida más larga, salud hasta el final

El aumento en la longevidad de muchas vidas es cada vez más marcado. Estudios indican que para 2050 millones de personas habrán celebrado su cumpleaños número cien.

JANE E. BRODY
THE NEW YORK TIMES NEWS SERVICE

La forma como vive la gente representa más de la mitad de la diferencia del nivel de salud y firmeza que conservará hasta un punto muy cercano al final.

Muchas personas de edad avanzada han asumido "derechos de alarde" con respecto a su edad y lo que ellos aún pueden lograr pese a ella, como escribió Michael Kinsley en *The New Yorker* en abril.

En una piscina del centro de Los Ángeles, Kinsley se encontró ante un desconocido que interrumpió sus vueltas durante el tiempo suficiente para decir: "Tengo 90 años de edad". Este hombre, Richard Ibanez, juez retirado, murió en noviembre pasado a los 97 años, pero nadó cada mañana hasta la última semana de su vida, escribió su nieto, Christopher A. Karachale, en una carta dirigida a dicha revista.

Ejemplos como ese denotan un concepto propuesto en *The New England Journal of Medicine* (Revista de Medicina de Nueva Inglaterra) en 1980 por el Dr. James F. Fries de la Universidad de Stanford: el vigor adulto puede extenderse hasta bien entrada la novena década de vida, con enfermedades y discapacidades comprimidas en un período que precede brevemente a la muerte.

¿Quién vive más tiempo?

Muchos estudios han examinado los factores que predicen la duración de las vidas de las personas, con un acuerdo casi universal en cuanto a que aproximadamente 35% se determina por genes sobre los que tenemos muy poco o ningún control.

El Dr. Nir Barzilai y sus colegas en el Colegio de Medicina Albert Einstein encontraron, por ejemplo, que los individuos de "longevidad excepcional" y una baja incidencia de enfermedades relacionadas con el envejecimiento tienen partículas considerablemente mayores de HDL y LDL en su sangre, característica genética que re-

duce el riesgo de desarrollar enfermedades cardiovasculares.

Los científicos están en busca de formas para extender vidas saludables a través de la manipulación de "malos" genes, pero ahora existe el potencial de modificar muchos de los factores ambientales que representan el otro 65 por ciento de la longevidad. Yo sospecho, además, que a la mayoría de quienes esperamos sumarnos a las filas de los más viejos nos gustaría hacerlo mayormente en buena forma física y mental casi hasta el mismo final.

"La longevidad es una victoria pírrica si esos años adicionales se caracterizan por una morbilidad inexcusable a raíz de enfermedades crónicas, discapacidad asociada con fragilidad y una calidad de vida cada vez más baja", escribió el Dr. William J. Hall del Centro Hospitalario Highland para Envejecimiento Saludable, en Rochester, en los Archivos de Medicina Interna, en febrero.

Los nuevos hábitos son efectivos

El Dr. Richard S. Rivlin, internista y director del programa de desarrollo profesional sobre nutrición y prevención del cáncer en Weill Cornell Medical College, dijo en una entrevista que nunca era demasiado tarde para adoptar hábitos que promuevan una edad mayor saludable.

"Aun cuando las medidas que se empezaron a aplicar en las primeras etapas de la vida tienen mayores probabilidades de tener el mayor beneficio sobre la salud", dijo, "la gente de edad mayor nunca debería sentir que darle un nuevo y radical giro a su edad es otra cosa que sumamente efectivo".

Señaló que existía clara evidencia en el sentido de que las medidas tomadas alre-

dedor de los 70 años de edad podrían contribuir a prevenir "varias categorías importantes de enfermedades, como la hipertensión, males cardíacos, osteoporosis e incluso cáncer". El año pasado, en *The American Journal of Clinical Nutrition* (Revista Estadounidense de Nutrición Clínica), el Dr. Rivlin notó que los cambios en la composición corporal, como la pérdida de hueso y músculo y la acumulación de grasa, típicamente acompañan al envejecimiento y pueden afectar la salud en una diversidad de formas: mala postura que afecta la respiración; caídas y fracturas; pérdida de movilidad; tasa metabólica reducida; así como aumento de peso que puede dar origen a diabetes, males cardíacos y de los vasos sanguíneos, añadido a algunas formas de cáncer. Sin embargo, estos cambios en composición del cuerpo, agregó, "no van acompañados invariablemente del envejecimiento". Se puede hacer mucho para limitarlos e incluso revertirlos, dijo, incluida una reducción de calorías y seguir una dieta con proteína de alta calidad y cantidades limitadas de grasa saturada y el reemplazo de azúcares simples por granos integrales, ricos en fibra.

La importancia del ejercicio

La segunda medida crucial para los "ancianos jóvenes", como les llama él a los septuagenarios, consiste en "hacer del ejercicio regular una parte de su estilo de vida cotidiano", incluidas actividades aeróbicas que elevan el ritmo cardíaco, movimientos en los que se cargue peso, que fortalecen músculos y huesos, y ejercicios de estiramiento que reducen la rigidez y mejoran la flexibilidad y el equilibrio. Otra inquietud relacionada con el envejecimiento

es una declinación cognitiva, la cual es más probable en personas con síndrome metabólico, un racimo de factores de riesgo modificables que incluye obesidad abdominal, hipertensión arterial, resistencia a la insulina y niveles anormales de colesterol. El Dr. Hall aconsejó que no se siga una actitud de nihilismo terapéutico para la atención de personas mayores con dichos factores de riesgo. "La edad cronológica es un determinante sumamente imperfecto sobre el cual fundamentar la toma de decisiones médicas", escribió.

Los comentarios de Hall se fundamentaron en un estudio a lo largo de 25 años por la Dra. Laurel B. Yates, de Birmingham y el Hospital de la Mujer, así como sus colegas de Boston, sobre 2.357 hombres que estuvieron saludables hasta la edad promedio de 72 años de edad, cuando empezó este estudio. De los 970 varones que sobrevivieron cuando menos hasta los 90 años de edad, los principales factores de pronóstico de longevidad que eran modificables fueron no fumar, prevención de la diabetes, obesidad e hipertensión arterial, así como ejercicio de manera regular. "En comparación con quienes no sobrevivieron, los hombres que tuvieron longevidad excepcional llevaban un estilo de vida más saludable, tuvieron menor incidencia de enfermedades crónicas y eran de tres a cinco años mayores cuando se presentaron algunas enfermedades", informó el equipo de Boston en febrero en los Archivos de Medicina Interna. "Ellos presentaron una mejor función física y bienestar mental. Más de 68% calificó su salud en la vejez avanzada como excelente o muy buena, y menos de 8% informó de salud aceptable o pobre".

Otros estudios en el largo plazo también han destacado el ejercicio como el factor de predicción más potente por sí solo de la longevidad saludable, tanto en mujeres como en varones. No es que personas muy viejas como Ibanez puedan hacer ejercicio porque tienen buena salud, indican estos hallazgos. Más bien, ellos alcanzan una saludable edad madura porque hacen ejercicio.



Redacción principal:
Calle 13 No. 1000, Ciudad de Panamá, Panamá
Teléfono: (507) 430-1000

Redacción (Caracas): Avenida Francisco
de Miranda, Caracas
Teléfono: (58) 212-4000000

Redacción (México): Carretera México-Toluca 123

México: Redacción: Tel. (52) 55 51 51 51, Fax: (52) 55 51 51 51, Correo: redaccion@elcomercio.com.mx

Redacción (Venezuela): Tel. (58) 212 4000000, Fax: (58) 212 4000000

© 2008 El Espectador S.A.
Todos los derechos reservados.
Avenida 45, Panamá 9000, Tel. (507) 430-1000
Redacción: 430-1000

ANEXO 9

NACIÓN: EL COMLOT DE LOS PARAS

Semana

INFORMACIÓN DE COLOMBIA Y DEL MUNDO

www.semana.com

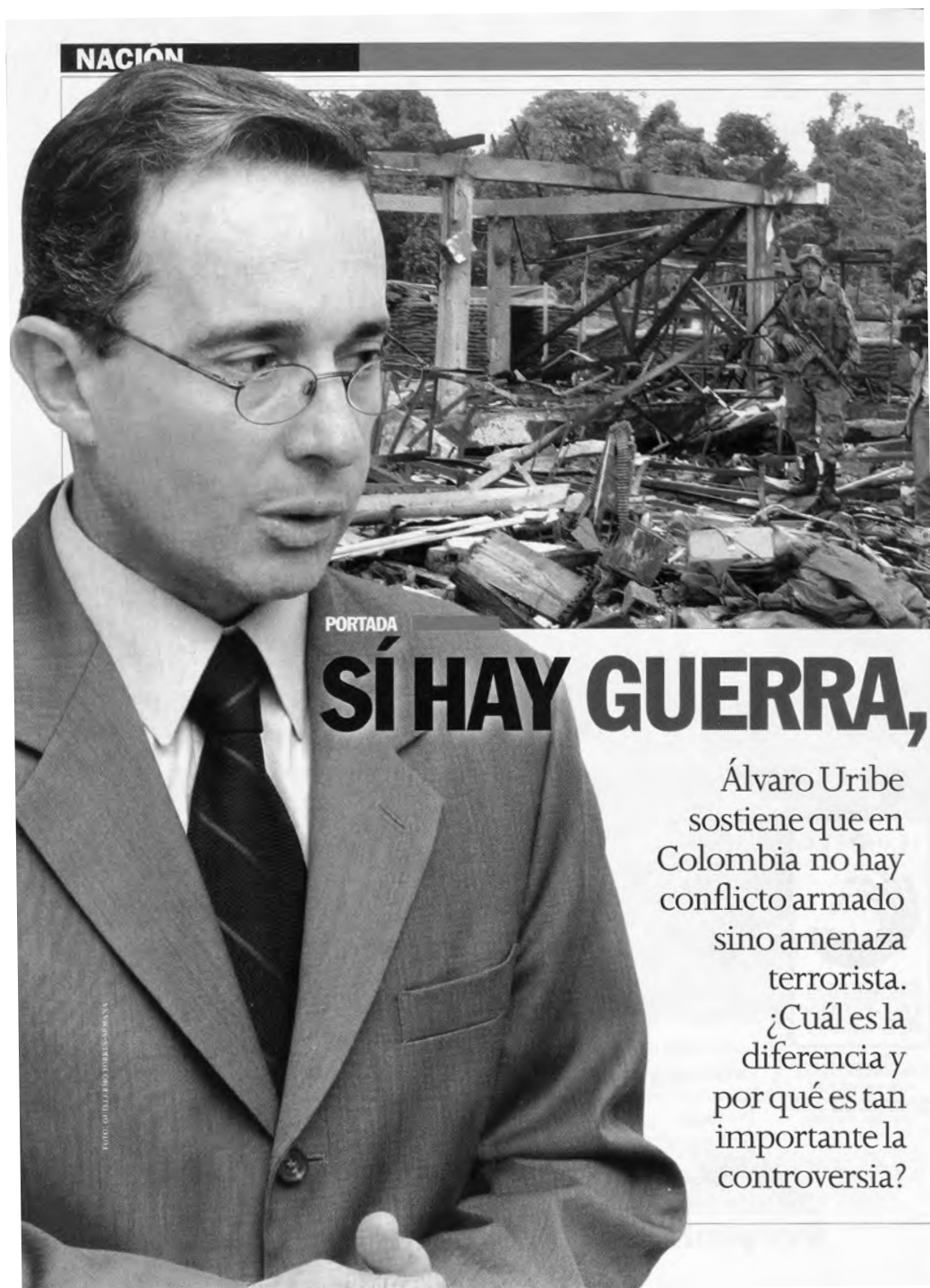
Con Roberto Pombo como director, el diario de los Santos y de Planeta entra en una nueva era.

**RELEVO EN
'EL TIEMPO'**

COLOMBIA: 10.000 PSCS / VENEZUELA: 4.200 BS. / ECUADOR: US\$ 7 / EL GUAY: US\$ 7 / PANAMÁ: 7 BALBOAS - PORTE AUTORIZADO#02



ANEXO 10



PORTADA

SÍ HAY GUERRA,

Álvaro Uribe sostiene que en Colombia no hay conflicto armado sino amenaza terrorista. ¿Cuál es la diferencia y por qué es tan importante la controversia?



◀ El ministro de Defensa Jorge Uribe visitó las ruinas de la base de la Armada en Iscuandé, Nariño, después del ataque de las Farc la semana anterior. ¿Acto de guerra o terrorismo?

SEÑOR PRESIDENTE

EL LUNES 31 DE ENERO EL presidente Álvaro Uribe se reunió con todo el cuerpo diplomático acreditado en Colombia en el Palacio de Nariño. En el majestuoso Salón Bolívar, el Presidente tomó la palabra y en un tono pausado pero firme se dirigió a una treintena de embajadores. Después de agradecer las palabras del nuncio apostólico y hacer un completo diagnóstico sobre la problemática nacional, Uribe remató su discurso advirtiendo que en Colombia no había un conflicto armado sino una amenaza terrorista. Palabras que repitió tres días después en Cartagena, durante la reunión de los 24 países y las organizaciones multilaterales que conforman la mesa de donantes (G24). No es la primera vez que Uribe lo dice. Pero sí es cada vez más evidente que no se trata de un capricho lingüístico del primer mandatario sino de una concepción de cómo enfrentar el tema de la violencia que azota el país.

A esa misma hora, a 800 kilómetros de distancia del solemne ambiente diplomático,

en medio de la selva húmeda de las costas pacíficas se estaba gestando lo que sería uno de los ataques militares más sangrientos de la guerrilla contra el gobierno de Uribe. A las 2:10 de la madrugada del día siguiente, cerca de un centenar de hombres de las Farc atacaron a Iscuandé, un pequeño puerto incrustado en las costas de Nariño que ha sido estratégico para el tráfico de drogas. Mimetizados en el espeso follaje de la selva y ayudados por una lluvia pertinaz, los guerrilleros abrieron fuego contra la base donde dormían 60 militares, la mitad de los cuales eran soldados campesinos. La guerrilla no escatimó en su artillería de fuego: pipetas de gas, ametralladoras, fusiles... "En ese momento la noche se volvió día y todo se cubrió de un rojo intenso", dijo a *El Tiempo* uno de los pobladores que vive al frente de la base. Al despuntar el día, y después de cuatro horas de intenso fuego cruzado, la escena no podía ser más dantesca: hombres calcinados, cadáveres ensangrentados, gritos de ayuda, hierros retorcidos, y lo que había sido la noche anterior la base militar de Iscuandé

no era más que unas ruinas humeantes con olor a pólvora y muerte. El saldo final: 15 infantes muertos y 26 heridos.

Esa mañana la noticia sonó como de otra época. La mayoría de los colombianos ya no recordaba cómo era levantarse, prender el radio y encontrar el relato de una toma violenta a un pueblo como ocurría con tanta frecuencia hace unos años. Sobre todo cuando aún estaban frescos los recuerdos de unas vacaciones decembrinas en que los colombianos salieron a disfrutar el país de manera tranquila, cuando el flujo vehicular en carretera aumentó 30 por ciento, y cuando en 2004 los homicidios se redujeron en 15 por ciento, los secuestros en 42 por ciento y el desplazamiento forzado en 37 por ciento.

Después de los hechos de Iscuandé se alzaron voces diciendo que era el fin del repliegue de las Farc. Y es que el ataque en Nariño cerró un enero negro que empezó con una masacre de 16 campesinos de Tame (Arauca), la muerte de siete soldados en un campo minado en Tolima y la fuga masiva de 20 guerrilleros en la

NACIÓN



« La semana pasada el presidente Álvaro Uribe se encontró con el cuerpo diplomático en Bogotá y con la mesa de donantes en Cartagena. En ambas ocasiones dijo que en Colombia no hay conflicto armado sino un desafío terrorista a la democracia. Pocos comparten su posición.



cárcel Picalaña de Ibagué, luego de un ataque con dinamita a esa prisión que dejó seis muertos y cuatro heridos. Y febrero empezó con la emboscada a una caravana militar en Putumayo con un saldo de siete soldados y un civil muertos.

Estos ataques le corroboraban a la comunidad internacional, a las ONG, a la Iglesia y los gremios económicos reunidos en Cartagena que, a pesar de los avances en seguridad, en Colombia hay un conflicto armado interno y que de él se desprende una crisis humanitaria. En una declaración histórica por la pluralidad de organizaciones que la firman, dijeron que "observamos con preocupación la persistencia de la crisis humanitaria, graves violaciones a los derechos humanos y al Derecho Internacional Humanitario" y que "la solución política negociada es el instrumento idóneo para terminar con el conflicto armado interno". Pero los mismos hechos le dieron a Uribe el argumento contrario: este no es un conflicto ni una guerra interna sino una lucha antiterrorista.

A pesar de que para el colombiano de a pie esta discusión no pasa de ser una disyuntiva semántica sin efectos prácticos, lo cierto es que caracterizar la realidad colombiana como un conflicto armado interno o como un desafío terrorista tiene enormes implicaciones sobre la población civil, los combatientes, la comunidad internacional, la ayuda humanitaria o la mediación política, todos aspectos fundamentales para ponerle punto final a la violencia que desde hace tantos años viene flagelando al país.

LA DOCTRINA URIBE

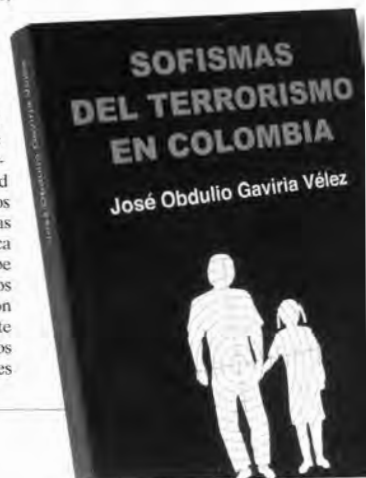
¿Por qué Uribe insiste con tanta vehemencia en que no hay conflicto interno

armado ni guerra en Colombia? José Obdulio Gaviria, el hombre más cercano a Uribe que hace las veces de ideólogo y asesor político, acaba de publicar un libro de 284 páginas para explicar por qué no hay una guerra. El libro titulado *Sofismas del terrorismo en Colombia* se extiende en los mismos argumentos que ha expresado el Presidente en diversos foros. El primero es que no existe un conflicto porque Colombia es una democracia legítima y no una dictadura ni un régimen opresivo. Por lo tanto no hay justificación para que un puñado de violentos continúen en armas. Segundo, porque después de la caída del muro de Berlín la guerrilla colombiana ya no luchan por un ideal político sino que actúan como mafias vinculadas al narcotráfico y a la captura de rentas como la gasolina, la coca y el oro. En consecuencia, más que revolucionarios en busca de un nuevo régimen son bandas criminales con poderosos aparatos militares. Y por último, porque en su lógica criminal la principal víctima son los civiles. En síntesis, son simples terroristas que no respetan las normas humanitarias.

Uribe usa este artilugio del lenguaje como un arma para devaluar políticamente a las Farc y al ELN y quitarles toda aura de romanticismo frente a la comunidad internacional y toda pretensión de legitimidad a sus acciones armadas. Quiere mostrarlos como un Pablo Escobar que pone bombas y no como un Che Guevara que reivindica con su fusil al hombro causas sociales. Uribe se apoya en el nuevo paradigma del pos 11 de septiembre y alinea su discurso con la cruzada antiterrorista del presidente George W. Bush, que aunque con menos furor también ha calado en algunos países de la Unión Europea.

En esta dirección, el gobierno ha manifestado su interés en que la ayuda humanitaria de organismos internacionales como la ONU no se destine solamente a aliviar la crisis humanitaria—si no hay guerra no hay crisis humanitaria—sino que también se apoye la reinserción de los desmovilizados.

Y con este giro Uribe busca romper con la idea de que la población debe ser neutral frente a las acciones de la guerrilla. "En las sociedades democráticas no hay neutralidad de los ciudadanos frente al delito", ha dicho en varios discursos. "No hay distinción entre policías y ciudadanos". Desde su posesión Uribe ha insistido en que dado que los civiles son las principales víctimas de las guerrillas ellos deben tomar partido y una posición activa contra los grupos armados. Por ejemplo, sirviendo como cooperantes o informantes.





► Decir que en Colombia no hay conflicto es sobre todo un argumento para quitarle aire político a la guerrilla. Pero puede tener efectos como que las organizaciones humanitarias disminuyan su apoyo y se vayan a países donde sí se reconoce la guerra



Este discurso fue recibido con recelo por delegados de varios países en Cartagena y de hecho fue el punto más difícil de conciliar para la declaración final. La comunidad internacional no ve las cosas de manera tan simple. Ver la problemática colombiana como una simple lucha antiterrorista puede tener preocupantes implicaciones en el mediano y largo plazo.

En el plano jurídico, la consecuencia práctica de que no haya un conflicto armado interno sino una amenaza terrorista es que dejaría de regir el Protocolo II de Ginebra. Si no hay guerra sino la persecución de criminales, no se aplicaría el Derecho Internacional Humanitario que la regula y que busca humanizarla. Es decir, se diluye la obligación de respetarle la vida al enemigo cuando se rinde, de proteger los bienes y la vida de los civiles, de respetar las misiones médicas, de diferenciar entre civiles y combatientes. Esto último significaría

que el Estado no reconoce la distinción entre combatientes y civiles y por esa vía podría ponerles a los ciudadanos mayores obligaciones respecto de la política de seguridad democrática que a la postre los podría convertir en objetivo militar.

En el terreno diplomático podría significar el retiro de varios organismos humanitarios. Estos por un lado son los ojos del mundo en Colombia y supervisan al gobierno en temas como el cumplimiento de los derechos humanos—por ejemplo, la Oficina del Alto Comisionado de los Derechos Humanos—. Pero a la vez cumplen una misión humanitaria imprescindible para las víctimas de la guerra. Organizaciones como Aenur, cuya misión es prestar ayuda de emergencia a los desplazados, y el Comité Internacional de la Cruz Roja, cuya misión en Colombia es la tercera más grande del mundo, bien podrían empacar sus maletas e irse a otros lugares del planeta igual de necesitados. ¿Para qué continuar con las brigadas médicas en los Montes de María si el gobierno tiene acceso a todos los rincones del país? ¿Cómo llevarles cartas a los secuestrados de la guerrilla si se les niega la posibilidad de que busquen contacto con los grupos armados?

En el terreno político, significaría cerrar el margen de maniobra para una negociación política con los grupos armados. Con terroristas no se negocia. Se les somete por la fuerza. No obstante, Uribe deja abierta la posibilidad de llevar a cabo procesos de desmovilización con la condición de un cese del fuego. Procesos que, como en el caso del que se sigue en Santa Fe de Ralito con los paramilitares, no incluyan ninguna agenda política.

¿TIENE RAZÓN URIBE?

El Presidente tiene razón en que las guerrillas y los paramilitares carecen de justificación para su lucha armada y sus coletazos sangrientos. Es cierto que la guerrilla comete a diario actos terroristas y arremete contra los civiles, vive del narcotráfico y además no representa a casi nadie. Sin embargo, la falta de legitimidad de los grupos armados no niega la existencia del conflicto.

Es más, la definición de si existe un conflicto no depende del capricho o de la apreciación del presidente de turno sino de unas condiciones objetivas. El Protocolo II de Ginebra se aplica cuando en un territorio las Fuerzas Armadas se enfrentan a "fuerzas armadas disidentes o grupos armados organizados que, bajo la dirección de un mando responsable, ejercen sobre una parte de dicho territorio un control tal que les permita realizar operaciones militares sostenidas y concertadas y aplicar el presente Protocolo". En Colombia es difícil negar—aunque José Obdulio Gaviria lo intenta—que las Farc tienen un mando responsable como es el Secretariado. También es indudable que aún ejercen control sobre fracciones del territorio. Lejano, a veces ocasional, pero lo ejercen. ¿Cómo explicar de otra manera que puedan tener campos de concentración donde llevan secuestrados soldados y policías más de cinco años? Aunque el gobierno de Uribe ha avanzado muchísimo en arrebatarles su retaguardia en el sur del país, conservan todavía la capacidad para realizar operaciones militares como lo demostró el ataque a Iscuandé.

Por todo lo anterior, la Corte Constitucional ha reconocido en sus sentencias que existe un conflicto armado, el Congreso de la República ha desarrollado



◀ El asesor del gobierno José Obdulio Gaviria defiende en su reciente libro la tesis del presidente Uribe de que en Colombia no hay un conflicto armado interno



FOTO: J. L. GARCÍA / A. GARCÍA

Si no existe conflicto armado sino desafío terrorista, negociar con los grupos armados reformas estructurales es imposible. Solo se puede negociar su desmovilización

leyes como la de los desplazados a raíz del conflicto y la gran mayoría de colombianos cree que en Colombia existe una guerra. Es más, eligieron a Álvaro Uribe porque fue el único candidato que prometió ganarla. Más aún: las Fuerzas Armadas piensan, se preparan y actúan para la guerra. "Estamos en guerra y vamos ganando", entonan al unísono los soldados al formar.

En conclusión, es entendible que el Presidente utilice el eslogan de la lucha antiterrorista para deslegitimar políticamente a la guerrilla y a los paramilitares. Y ojalá ese discurso de criminalizar la lucha armada logre cerrar los pocos espacios políticos que todavía le quedan a la guerrilla colombiana en la comunidad internacional. Lo que sería muy grave es que este discurso trascienda el terreno simbólico y termine orientando la estrategia de seguridad del gobierno. Porque si bien los guerrilleros y los paramilitares son terroristas, no se circunscriben a eso. También es cierto que ambos grupos son

narcotraficantes. Y tienen motivaciones políticas. Las Farc, cuyo origen es sin duda político, insisten en que quieren tomarse el poder y enarbolar una agenda de 10 reformas para el país. Los paramilitares cuentan con una sólida base social en ciertas regiones del país, tienen representación indirecta en el Congreso e hicieron una verdadera 'operación avispa armada' para controlar por medio del terror y la intimidación gran parte de los gobiernos locales en regiones como la Costa y los Llanos Orientales, entre otras.

En el terreno militar la confusión es aún mayor. "No reconocer el trasfondo político de la confrontación puede llevar a un error de mayores consecuencias: menospreciar y subestimar al oponente", dice el

coronel retirado Carlos Alfonso Velásquez. "Si nos atenemos a la posición del gobierno, las Fuerzas Militares estarían ubicando el centro de gravedad donde no está". En el libro *On Strategy*, el coronel Harry G. Summers Jr. demuestra que por ubicar mal ese 'centro de gravedad', Estados Unidos perdió la guerra en Vietnam. Mientras que los norvietnamitas y sus apoyados, los vietcong, acertaron en identificar el centro de gravedad de Estados Unidos en "la personalidad de sus líderes políticos sensibilizada por la opinión pública, lo que además obstaculizaba la alianza con el gobierno de Vietnam del Sur", la potencia mundial creyó que el centro de gravedad eran las guerrillas del vietcong en sí mismas.

Si el gobierno realmente piensa que las guerrillas son esencialmente terroristas, entonces la única acción realmente consecuente sería reforzar la Policía, que es la encargada de capturar a los delincuentes; reforzar la persecución de los bienes y dineros de guerrilleros y paramilitares, y crear un servicio de inteligencia exterior o por lo menos enviar a Interpol la lista de los terroristas para evitar situaciones tipo Granda.

Pero si reconoce que las guerrillas y los paramilitares, además de cometer acciones terroristas, tienen motivaciones políticas y controlan territorios quizá pondría su centro de gravedad en reforzar la legitimidad del Estado en el país marginal, donde transcurre la mayor parte del conflicto armado. Así está redactado en la Política de Seguridad elaborada por el



FOTO: J. L. GARCÍA / A. GARCÍA

Ministerio de Defensa al comienzo de este gobierno. Se haría entonces menos énfasis en la política de capturas masivas, que ha alienado a la población en contra de las Fuerzas Armadas en muchos pueblos, y se haría más énfasis, por ejemplo, en cortar todo vínculo entre militares y autodefensas. Pero, sobre todo, se esforzaría menos por atacar en sus discursos –y ahora en sus libros– a sus opositores políticos, incluidos los defensores de los derechos humanos, y más por llevar al Estado a las regiones abandonadas de país. Llevar jueces, fiscales, colegios y alternativas económicas a las zonas donde los soldados están peleando con tanto esfuerzo y sacrificio el Plan Patriota. Detrás del fusil tiene que venir la legitimidad.

Porque si bien José Obdulio tiene razón en que en Colombia existe un Estado legítimo y que después de la Constitución del 91 hay una democracia mucho más plural e incluyente, es una realidad que se vive sobre todo en el país de los centros urbanos. Ahí funciona el Estado, se mueve la economía, la vida es cosmopolita y los colombianos viven en el siglo XXI. Pero a medida que se alejan de ese país urbano se entra a otro país. Un país marginal, rural, abandonado, anclado en el siglo XVII y controlado por los señores de la guerra.

En varias regiones hay decenas de municipios donde el Estado está controlado por los paramilitares. Tampoco se conoce mucho del Estado legítimo en Cartagena del Chairá o Calamar, en el Guaviare. Tiene razón el ex guerrillero salvadoreño Joaquín Villalobos cuando dice que la guerra en Colombia se ha prolongado por décadas no tanto porque la guerrilla sea fuerte, sino por la debilidad del Estado. El verdadero desafío del gobierno es comprender que esta es una guerra con muchas caras. Simplificarla sólo es un ejercicio de propaganda y haría bien el Presidente en encomendarle esa labor sólo a José Obdulio. ■

Si bien en Colombia existe un Estado legítimo, en varias regiones del país está controlado por los paramilitares

ANEXO 11

FÚTBOL: ESCÁNDALO EN EL DIM

Semana

INFORMACIÓN DE COLOMBIA Y DEL MUNDO FEBRERO 11 A 18 DE 2008 EDICIÓN No. 1345 www.semana.com

Daniel Ortega condecora
a 'Tirofijo' el 7 de enero
de 1999 en el Caguán.

Y AHORA NICARAGUA

Daniel Ortega comienza a hacer el juego de Chávez.
No hay que subestimar sus provocaciones.

COLOMBIA: 10.000 PESOS / VENEZUELA: 4.200 Bs. / ECUADOR: US\$ 6 / EL SALVADOR: US\$ 6 / PANAMÁ: 6 BALBOAS - PORTE AUTORIZADO#02

01345

ISSN 0123-4637

9770121483006

ANEXO 12

ECONOMÍA: ¿LLEGÓ LA RECESIÓN?

Semana

INFORMACIÓN DE COLOMBIA Y DEL MUNDO | 15 DE ABRIL DE 2008 | EDICIÓN No. 1.500 | www.semana.com



¡ROMPAMOS ESTAS CADENAS!

El sufrimiento de los secuestrados y las agresiones de Chávez han unido al país. Ahora se requiere un consenso nacional para buscarle una salida al acuerdo humanitario.





Programa Editorial

Ciudad Universitaria, Meléndez

Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227

321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>

programa.editorial@correounivalle.edu.co